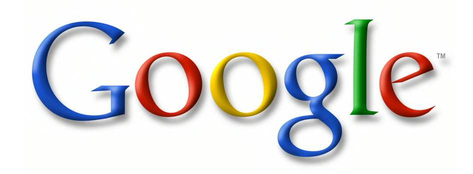
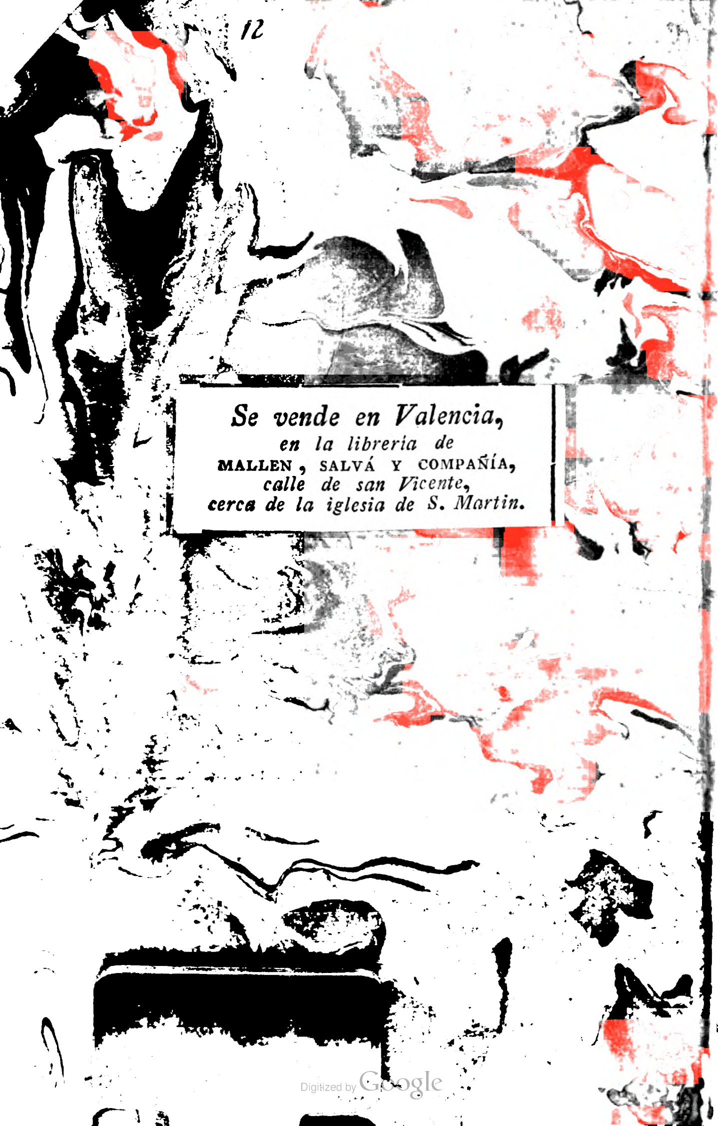





12
Se vende en Valencia,
en la libreria de
MALLEN, SALVÁ Y COMPAÑÍA,
calle de san Vicente,
cerca de la iglesia de S. Martin.
Digitized by Google



Espona. 1823.

EL ESPÍRITU
DEL TELEMACO:
ó
MAXIMAS Y REFLEXIONES POLITICAS Y MORALES

DEL CELEBRE POEMA INTITULADO

LAS AVENTURAS DE TELEMACO:

Sacadas fielmente, dispuestas por órden alfabetico de materias, é ilustradas con varias Notas, para su mejor inteligencia,

POR DON AGUSTIN GARCIA DE ARRIETA.



CON LICENCIA DEL CONSEJO.

MADRID
EN LA IMPRENTA DE D. BENITO CANO.
Año de 1796.

El presente mas útil que las Musas han hecho á los mortales es el *Poema de Telémaco*; pues si la felicidad del género humano pudiera nacer de un Poema, naceria seguramente de este,

Mr. Terrasson;
Crítica de Homero.

DISCURSO PRELIMINAR.

Si el Público mira con singular estimacion á un Pintor hábil que sabe mezclar con arte los colores que toma de la Naturaleza, para representarla con propiedad y expresion; es de esperar no niegue su aprecio á un Compilador que sabe reunir con órden y discernimiento las máximas y reflexiones de un Sabio, en obsequio de la instruccion y utilidad pública. Este es precisamente el fin que me propuse al formar el presente *Espíritu* del célebre Poema de Telémaco.

Todas las Naciones cultas han

admirado y celebrado esta obra maestra del entendimiento humano, la han traducido en todos sus idiomas, y no han cesado de leerla desde que salió de las manos de su sabio Autor. Los hombres mas doctos de toda Europa no han dudado darle la preferencia sobre los mas excelentes modelos de la Antigüedad, ya por su mérito poético y ya, lo que es mas, por su mayor utilidad y por la suma importancia de su objeto. Así es que se la mira y estudia en todas partes como la obra mas completa de educacion y mas útil para toda clase de personas, empezando por el Gefe de la Sociedad, para cuya instruccion la compuso determinadamente su Autor, y con-

cluyendo en el mas ínfimo ciudadano. En una palabra; es el Poema de todas las Naciones, de todos los siglos y de todas las personas.

No es para este lugar hacer una exâcta demostracion de esta verdad en todas sus partes; así porque son muy pocos los que en el dia dudan de ella, como porque está completamente hecha en el Analísis que de él hace el sabio *Mr. Ramsay* en su *Discurso sobre la Poesía Epica, y las excelencias del Poema de Telémaco.* Así que, solo me ceñiré á hablar de su Moral y Política, por ser las partes que comprehende el presente *Espíritu.*

"*Mr. Fenelon*, dice el citado Autor del Discurso, ha reunido en su

Telémaco las grandes instrucciones con los egemplos heroicos; la Moral de la Odysea y la Ilyada de *Homero*, con las costumbres de la Eneida de *Virgilio*. Aun hay mas; su Moral tiene tres qualidades que faltan á la de los Antiguos, ya sean Poetas ó ya Filósofos. Ella es *sublime* en sus principios, *noble* en sus motivos, y *universal* en su uso.

„Es sublime en sus principios; porque nace de un profundo conocimiento del hombre á quien introduce en su propio fondo, descubriéndole los secretos resortes de sus pasiones, los ocultos dobleces de su amor propio, la diferencia de las virtudes sólidas de las falsas ó aparentes; y de este conocimiento asciende hasta el mismo Dios.

En todo hace conocer y sentir al Sér supremo que obra incesantemente en nosotros para hacernos buenos y felices; que es el orígen inmediato de todas nuestras luces, y de todas nuestras virtudes; que de él nos viene no ménos la razon que la vida; que su verdad soberana debe ser nuestra única luz, y su voluntad suprema la regla de nuestro amor: que por no escuchar y consultar el hombre á esta sabiduría universal é inmutable no vé mas que fantasmas seductivas, ni oye mas que el confuso rumor de las pasiones; que las virtudes sólidas no son efecto de nuestros propios esfuerzos, sino de una potencia superior al hombre, la qual obra en nosotros quando no

la ponemos obstáculo por nuestra parte, y cuya accion no distinguimos siempre á causa de su delicado modo de obrar. En fin, nos hace ver; que sin este poder primero y soberano, que eleva al hombre sobre sí mismo, no son las virtudes mas brillantes sino unos refinamientos del amor propio que se encierra dentro de sí, se hace su propia divinidad, y es á un mismo tiempo ídolo é idólatra de sí propio. Nada es mas admirable que el retrato de aquel Filósofo á quien *Telémaco* vió en los Infiernos, y cuyo solo delito era haber sido idólatra de su misma virtud (*a*).

(*a*) Véase en este *Espíritu*, artículo *Virtud*.

»De este modo la Moral de nuestro Autor se reduce á hacernos olvidar nuestro propio sér, para dirigirle todo entero al Sér supremo y hacernos sus adoradores; así como el objeto de su Política es hacernos preferir el bien p úblico a particular, y amar fraternalmente á los hombres. Débese por tanto mirar tambien como original al Autor del *Telémaco*, por haber unido en él la política mas perfecta con las ideas de la virtud mas consumada. El gran principio sobre que gira todo su sistema es; que el mundo entero no es mas que una República universal, y cada pueblo una gran familia. De esta bella y luminosa idea nacen las que los Políticos llaman *Leyes de la Naturale-*

za y de las Naciones, leyes equitativas, generosas y llenas de humanidad. Supuesto este verdadero principio, ya no se mira á cada pais como independiente de los demas; por el contrario, se mira al género humano como un todo indivisible. No se limita ya el hombre al solo amor de su patria; su corazon se explaya y hace inmenso por medio de una amistad universal que dicta la Naturaleza, y abraza á todos los hombres. De aquí nace el amor á los extrangeros; la mutua confianza entre las Naciones vecinas; la buena fe, la justicia y la paz entre los Soberanos del Universo, como entre los particulares de cada Estado. Nuestro Autor nos hace ver asimismo,

que la gloria de la potestad Real consiste en gobernar á los hombres para hacerlos buenos y felices: que nunca está mejor afirmada la autoridad de los Príncipes que quando se apoya en el amor de los pueblos, y que la verdadera riqueza de un Estado consiste en cercenar todas las falsas necesidades de la vida, contentarse solo con lo necesario, y con gozar de los sencillos é inocentes placeres: nos hace ver, que la virtud contribuye no solo á disponer al hombre para una felicidad venidera, sino que tambien hace feliz en esta vida á la Sociedad en lo que le cabe serlo.

» La Moral del *Telémaco* es noble en sus motivos. Su gran principio es, que debe preferirse el amor de

lo *honesto* al de lo *agradable*; y he aquí el orígen de los nobles sentimientos, de la grandeza de alma, y de todas las virtudes heroicas. Por medio de estas ideas puras y sublimes destruye, de un modo mucho mas victorioso y persuasivo que el de la disputa, la falsa filosofia de los que hacen del placer el único resorte del corazon humano. Nuestro Poeta hace ver, por medio de la excelente moral que pone en boca de sus héroes y las acciones generosas que les hace hacer, quanto puede el amor de lo honesto y lo perfecto en un corazon noble, para hacerle sacrificar sus placeres á los penosos deberes de la virtud.

»Bien sé que esta virtud he-

roica es tenida entre las almas vulgares por un fantasma, y que los que solo piensan con la imaginacion se, han levantado contra esta verdad sólida y sublime, satirizándola con invectivas frívolas y despreciables. Esto consiste en que, no hallando en sí mismos cosa que sea comparable con estos grandes sentimientos, concluyen; que la humanidad es incapaz de ellos: semejantes á los pigmeos que juzgan de la fuerza de los gigantes por la suya propia. Las almas débiles, ceñidas á rastrear continuamente entre los estrechos límites del amor propio, jamas comprehenden el poder y extension de una virtud que eleva al hombre sobre sí mismo. Algunos

Filósofos, que por otra parte han hecho muy buenos descubrimientos en la Filosofia, se han dexado sin embargo llevar en este punto de sus preocupaciones hasta el extremo de no hacer distincion, como es debido, entre el amor del órden y el del placer, y negar que la voluntad pueda ser movida con tanta fuerza por el claro conocimiento de la verdad, como por el gusto natural del placer. No se puede leer seriamente el *Telémaco* sin quedar convencido de este gran principio. En él se ven los generosos sentimientos de un alma noble que nada conoce sino lo grande; de un corazon desinteresado que se olvida incesantemente de sí mismo; de un Filóso-

so que no se limita á sí, ni á su Nacion, ni á cosa alguna en particular; sino que todo lo refiere al bien comun del género humano, y éste al Sér supremo.

»La Moral del *Telémaco* es universal en su uso, extensa, fecunda proporcionada á todos los tiempos, á todas las Naciones, y á todas las condiciones. En ella se enseñan los debéres de un Príncipe que es á un mismo tiempo Rey, Guerrero, Filósofo y Legislador; el arte de gobernar diferentes Naciones; el modo de conservar la paz exterior con sus vecinos, y tener, sin embargo, dentro del Reino una juventud aguerrida y pronta á defenderle en qualquier evento; de enriquecer sus Estados, sin dar en

el luxo ; de hallar el medio entre los excesos de un poder despótico y los desórdenes de la anarquía. En ella se dan preceptos para la Agricultura, para el Comercio, para las Artes, para la Policía y para la Educacion de la juventud. Nuestro Autor hace entrar en su Poema no solo las virtudes heroicas y reales, sino tambien las que son propias de todas clases de personas. En una palabra, formando el corazon de su Príncipe, instruye igualmente en sus deberes á cada particular.

» La Ilyada tiene por objeto manifestar las funestas conseqüencias de la desunion entre los Gefes de un egército. La Odysea nos hace ver lo que puede en un Rey la pru-

dencia junta con el valor. La Eneida pinta las acciones de un héroe pio y valiente; mas todas estas virtudes particulares no forman la felicidad del género humano. El Poema de *Telémaco* sobrepuja á todos estos Poemas por la grandeza, el número y la extension de sus miras políticas y morales; de suerte que puede decirse sin exâgeracion con el Filósofo crítico de *Homero* (*): que el presente mas útil que las Musas han hecho á los mortales es el Poema de *Telémaco*; pues si la felicidad del género humano pudiera nacer de un Poema, naceria seguramente de este."

A pesar de todas estas excelen-

(*) *Mr. Terrassón*; Crítica de *Homero.*

cias y ventajas he notado, y oigo quejarse á muchas personas instruidas, sino de lo poco que se conoce, por lo ménos de lo muy poco que se lee entre nosotros el *Poema de Telémaco*, quando deberia andar continuamente en manos de todos, y ser uno de los libros que mas debe manejar la juventud en su educacion. Se le mira, quando mas, por un gran número de personas como una excelente Novela, digna de compararse con la de nuestro *Quijote*; mas no por eso logra ser tan leida como esta, quando debiera serlo mucho mas, á proporcion de las mucho mayores utilidades que trae consigo su lectura: pues, en efecto, miradas por esta parte ambas obras ¿es compara-

ble la Novela Española con el Poema Frances?

¿Quál, pues, podrá ser la causa de que este sea tan poco leido en España, quando todas las Naciones cultas de Europa hacen gloria de estudiarle con tanto afan? ¿Consistirá en la mala traduccion que de él tenemos? No se puede negar que es malísima (*), que nos hace muy poco honor, y necesitamos una que corresponda al gran mérito del original. Mas digámoslo todo de una vez: generalmente no se lee entre nosotros lo

(*) Ignorò por quién está hecha. Lo que á mi me parece es que el Traductor pudo ser algun Español que no entendia el Frances; ó algun Frances que no entendia el Español; pues sus muchos defectos indican uno y otro.

que se debe aún de lo mas excelente. Esta es, entre otras, la principal causa de que no esté tan extendida, como es debido, la lectura del *Poema de Telémaco*, de esta obra tan completa de educacion, preferible en el sentir general de los Sabios á todas las de su especie, y á la qual se llama, con mucha justicia, el *Libro de educacion de las Monarquías.*

Para facilitar y propagar por un medio mas corto, mas metódico y ménos penoso toda la instruccion, que solo podria adquirirse á costa de una muy seria y continuada lectura de esta obra, me he propuesto entresacar todas las Máximas y Reflexiones Políticas y Morales que se hallan esparcidas en

toda ella, es decir, toda su parte instructiva; ó para explicarme en pocas palabras, su *Espíritu*: imitando en esto á muchos Sabios de Europa, que han formado y publicado igualmente el de casi todas las obras célebres y maestras de los varios ramos de Literatura.

Las obras de esta clase son muy útiles quando estan trabajadas con juicio, exâctitud y discernimiento. Ellas son parto de una prolixa meditacion sobre las originales, y por consiguiente unos análysis exâctos en los quales se presentan reunidas, baxo un corto punto de vista, todas sus máxîmas y reflexîones importantes: ellas contienen en pocas páginas todo quanto se debe y desea retener des-

pues de la atenta lectura de una obra. Son, si se quiere, un prontuario, ó libro de memoria en que está apuntado, para alivio de esta, todo lo mas selecto é interesante. Se puede decir con propiedad; que el Autor del Espíritu de una obra se toma por todos los lectores el trabajo de leerla con el exámen y atencion debida, y que despues les presenta en él lo que deben estudiar, y desean retener para hacer fructuosa su lectura. En una palabra; hace por ellos lo que por lo comun hacen para sí solos todos los hombres estudiosos, quando leen una obra importante, á saber, el extracto, el *Espíritu* de ella.

Oxalá que este trabajo se hiciese con todas las obras útiles; en es-

pecial con aquellas que no son por su naturaleza rigorosamente metódicas ó systemáticas. Así se ahorraria mucho tiempo á un gran número de personas, á quienes su destino y ocupaciones no les permiten dedicarse de propósito á una larga lectura; y lo que es mas, se facilitaria y generalizaria la instruccion entre todas las clases del Estado, especialmente en aquellas materias que comprende una culta y sana educacion.

Tal es el medio de que se han valido las Naciones ilustradas de Europa para difundir los conocimientos necesarios en todas las clases del Estado; y esto lo que ha contribuido á sus mayores adelantamientos y prosperidad.

Esta consideracion me movió á formar el presente *Espíritu del Poema de Telémaco*, cuya lectura he creido podrá ser muy útil á un gran número de personas de todas clases.

La forma de Diccionario que le he dado me ha parecido preferible á qualquiera otra, así por ser la mas ordenada y metódica en cierto modo, como porque las obras de esta naturaleza no son susceptibles de otra mejor. Por otra parte, ella es en sí la mas variada y agradable, y facilita al Lector el poder ver de una sola ojeada las materias que mas le interesan, sin tener la precision de recorrer todo un libro para fixar su atencion en el punto que le ocurre. Además la he

hallado adoptada por célebres Escritores en este género á quienes he procurado imitar.

Por lo que hace á las Máxîmas y Reflexîones de que se compone, debo advertir para satisfaccion de todos los Lectores; que las he sacado y traducido fielmente del Poema original, guardando sus mismas palabras y su propio estilo. Por tanto no es éste siempre uniforme; pues unas veces se hallan las máxîmas dichas en general; otras personalizadas ó en Diálogo, y ha sido indispensable guardar la forma de éste, por estar de tal suerte envuelta en él la Moral que se le quitaria toda el alma y energía si se la quisiese presentar en estilo didáctico. Además de que,

esto contribuye mucho á amenizar y dar á las reflexîones cierta alma, cierta graduacion y cierto contraste que conducen, por el órden mas natural, á la demostracion de las grandes verdades que allí se enseñan é inculcan.

En los puntos que me han parecido mas importantes he añadido varias observaciones que he contemplado necesarias para ilustrar y confirmar las máxîmas del Autor: pues aunque éste los trata todos en su Poema con la perfeccion y acierto de un Filósofo profundo, y de un Legislador sabio y juicioso; sin embargo habla siempre como Poeta, es decir, en estilo lacónico y sentencioso; y no todos entienden igualmente la fuerza y

extension de una sentencia. Por otra parte se tocan á veces materias tan importantes de Moral y Política, que no se puede dexar de hecer algunas reflexiones sobre las mas notables, para su perfecta inteligencia.

Acaso se hecharán de ménos algunos pasages del Poema que podrian haberse incluido en este *Espíritu*, por contener pinturas de varios caracteres, en los quales se encuentra mucha instruccion y muy sabias observaciones sobre los vicios y defectos de ciertos personages, como Reyes, Ministros, Cortesanos &c. Mas estos quadros de contraste, aunque tan útiles é importantes en aquel, no los he juzgado tales en su Espíritu. En ellos

lo que mas sobresale es la crítica, la sátira, la declamacion y la invectiva; y yo solo me he propuesto extraer los que contienen é inculcan expresa y directamente las grandes máxímas de Moral y Política, cuya enseñanza tuvo *Mr. Fenelon* por principal objeto de su Poema. En una palabra; solo he tenido por conveniente copiar aquellos quadros en que se pinta todo quanto bueno y laudable se ha hecho, y se debe ó puede hacer; no los que representan lo malo y odioso que se ha obrado ó se puede obrar. Esta es la principal razon que me ha movido á omitir estos últimos en mi *Espíritu.*

Restame solo hablar de mi traduccion, y de la edicion que he se-

guido para este efecto. Confesando, como he confesado atras, que la traduccion Española que tenemos del *Poema de Telémaco* es muy defectuosa, he dado á entender por consiguiente, que no me he servido de ella. En efecto, ni aun siquiera la he tenido á mano al formar este *Espíritu*. Además de esto, todos saben que aquella está hecha por una de las primeras ediciones que publicó en un principio *Mr. Fenelon*; que éste retocó despues mucho su obra, dándola otra nueva division en XXIV. Libros, y que de los manuscritos originales que dejó al tiempo de su muerte, se han hecho despues muchas impresiones en París, Lóndres, Amsterdam y otras varias partes. La edicion de

que yo me he valido es una de ellas; está hecha en *Lausana*, en dos tomos en octavo, en el año de 1790: y ella es á la que me refiero en todas las citas. Es bastante comun, y acaso la mas moderna que hay hasta el presente.

EL ESPÍRITU DEL TELÉMACO.

ADULACION.

Pintura de los aduladores.

Uno de los principales del concurso recordaba con ridículas exâgeraciones al Ministro *Protesilas* quanto éste habia hecho en servicio del Rey. Otro le aseguraba que *Júpiter*, engañando á su madre, le habia dado el sér, y que era hijo del padre de los Dioses. Un Poeta le recitó unos versos suyos en que decia; que *Protesilas*, instruido por las Musas, habia igualado á *Apolo* en todas las obras de espíritu. Otro, mas vil aun y mas impudente, le llamaba en sus versos el inventor de las Bellas Artes, y el padre de los pueblos, á quienes hacia felices, pintándole con la cornucopia de Amaltea en la mano (*a*).

Hallábase allí un adulador, que se tomó la libertad de decirle alguna agudeza contra la policía que *Mentor* trataba de es-

(*a*) Mr. Fenelon pinta y ridiculiza muy finamente en este pasage á la turba de Escritores adocenados y lisongeros, que en sus versos y dedicatorias prodigan con la mas grosera impudencia tantos elogios desmedidos á sus *Mecenas*, tegiendo en ellas esas ri-

tablecer en Salento: sonrióse *Protesilas*, y todo el concurso se echó tambien á reir, sin embargo de que la mayor parte ignoraba aun lo que aquel habia dicho. Pero habiendo el Ministro tomado inmediatamente su aire altivo y severo, cada uno volvió á su antiguo silencio y temor. Aguardaban muchos Nobles el momento en que *Protesilas* se volviese ácia ellos y los quisiese escuchar; manifestaban estar conmovidos y confusos, y es que tenian que pedirle alguna gracia; hablaba por ellos su actitud suplicante, y estaban tan sumisos como una madre que, prosternada al pie de los altares, pide á los Dioses la salud de su unico hijo (*b*). Todos ellos aparentaban estar contentos, apasionados y llenos de admiracion por *Protesilas*; aunque todos abrigaban en su corazon un odio implacable

dículas genealogías que no pueden leerse sin fastidio y enojo. A la verdad es necesario que estos sean muy estúpidos ó muy vanos, para no conocer que los adulan por miras interesadas. Deberian, pues, detestarlos, en vez de protegerlos y premiarlos; pues manifiestan tener un alma venal y engañosa.

(*b*) *Adulationi fœdum crimen servitutis inest.*

TAC.

La adulacion y la baxeza, son dos compañeras inseparables.

contra él. *Lib. XIV. pág. 39 y 40.*

Habia en el egército de los Reyes aliados un Dolopes, llamado *Eurimaco*, adulador insinuante, y que sabia acomodarse á todos los gustos é inclinaciones de los Príncipes; inventivo é industrioso para hallar nuevos medios de complacerles. Al oirle nada habia dificil. ¿Se le pedia consejo? Adivinaba el que mas habia de agradar. Era placentero, mofador de los desvalidos, condescendiente con aquellos á quienes temia, y hábil para sazonar una alabanza delicada de suerte que pudiese ser bien recibida de las personas mas modestas. Era grave con los graves, jocoso con los de buen humor, nada le costaba revestirse de todas las formas, y tomar todos los caracteres (*c*). Los hombres sinceros y virtuosos, que siempre son los mismos y se someten á las reglas de la virtud, jamas sabrán agradar tan fácilmente á los Príncipes, como los que lisonjean sus pasiones dominantes. *Lib. XVI. pág. 110.*

(*c*) ¡A quantos Cortesanos se podria conocer por este retrato, y quán importante seria conocerlos á todos! Dichoso el Príncipe que tiene bastante penetracion para distinguirlos, y harto valor para despreciarlos.

AGRICULTURA.

Su invencion, necesidad y preferencia. Modo de dedicar los pueblos á ella.

Poco tiempo despues logró ver la Grecia al famoso *Triptolemo*, á quien *Ceres* habia enseñado el arte de cultivar las tierras y cubrirlas todos los años de doradas mieses. No es esto decir que no conociesen todavía los hombres el trigo y el modo de multiplicarlo por medio de la siembra; sino que ignoraban el de perfeccionar esta labor. Vino, pues, *Triptolemo*, enviado por *Ceres*, con el arado en la mano, á ofrecer los dones de esta Diosa á todos los pueblos que tuviesen valor para vencer su natural pereza, y dedicarse á un continuado trabajo. Pronto enseñó á los Griegos á arar la tierra y fertilizarla abriendo su seno. Los ardientes é infatigables labradores viéron presto caer al golpe de sus cortantes hoces las altas espigas que cubrian la campiña. Los pueblos mas salvages de Epiro y Etolia, que andaban errantes por las florestas buscando

bellotas y frutos silvestres con que alimentarse, dulcificáron sus costumbres, y se sometiéron á las leyes luego que aprendiéron á labrar la tierra y empezáron á alimentarse con pan. Hizo *Triptolemo* conocer á los Griegos el placer que causa no deber el hombre sus riquezas sino á su propio trabajo, y hallar cada qual en sus campos todo quanto es necesario para pasar cómoda y felizmente la vida. Esta sencilla é inocente abundancia, que está anexa á la agricultura, los hizo acordarse de los sabios consejos de *Ericton*. Despreciáron el oro y todas las riquezas artificiales, que no lo son sino en la imaginacion y provocan á los hombres á que busquen los placeres peligrosos que los distraen del trabajo, en el qual hallarán todos los bienes reales, junto con las buenas costumbres y una plena libertad. Conociéron que un campo fértil y bien cultivado es el verdadero tesoro de una familia que tiene la cordura de vivir frugalmente como viviéron sus padres. Dichosos los Griegos, si se hubiesen mantenido firmemente adheridos á estas máxîmas tan propias para hacerlos poderosos, libres, felices y dig-

nos de serlo por medio de una sólida virtud. ¡Mas ay! Ellos empiezan á admirar las falsas riquezas, abandonan poco á poco las verdaderas, y van degenerando de aquella maravillosa y primitiva sencillez. ¡Oh hijo mio! tú reynarás un dia; acuérdate entónces de aficionar los hombres á la agricultura, de honrar este arte, de proteger á los que se dedican á él, y no permitas que vivan ociosos, ú ocupados en las artes que solo sirven de mantener el luxo y la afeminacion. Estos dos hombres que han sido tan sabios en la tierra, son aquí estimados de los Dioses. Advierte, hijo mio, que su gloria excede tanto á la de *Aquiles* y otros Héroes, que solo se han señalado en los combates, quanto la dulce y alegre primavera al melancólico y helado invierno, y la luz del sol resplandeciente á la de la opaca luna. *Lib. XIX. pág. 197 y 98.*

Salió despues *Mentor* de la ciudad con *Ydomeneo*, y vió un gran distrito de tierras fértiles, pero valdías; otras que solo estaban cultivadas á medias, por la negligencia y pobreza de los labradores, faltos de hombres y por consiguiente de acti-

vidad y de brazos para llevar la agricultura á su perfeccion (*a*). Viendo *Mentor* la campiña tan herial, le dixo al Rey: la tierra no pide aquí sino enriquecer á los habitantes, mas los habitantes faltan á la tierra. Recoged todos los artesanos superfluos que hay en la Ciudad, y cuyas manufacturas solo contribuyen á desarreglar las costumbres, y hacedles cultivar estas vastas colinas. Esto ciertamente será duro para unos hombres que, egercitados en las artes que exîgen una vida sedentaria, no estan acostumbrados al trabajo; pero hé aquí un medio de remediar este mal. Es preciso dividir entre ellos las tierras valdías, y llamar en su auxîlio los pueblos vecinos, quienes harán baxo su direccion

(*a*) Las Provincias fronterizas de los Persas eran gobernadas por dos Sátrapas, de los quales el uno tenia el mando de las tropas, y el otro la inspeccion de la agricultura. Si la tierra, por mal cultivada, no producia abundantemente para la subsistencia de los pueblos y del egército, era depuesto el Sátrapa que presidia á la agricultura. Si un enemigo asolaba las campiñas con sus incursiones, era depuesto el Sátrapa Militar. De este modo lograban que se cuidase de tener siempre florecientes la milicia y la agricultura, que son los dos brazos del Estado.

las labores mas penosas, si se les ofrecen recompensas convenientes de los mismos frutos de las tierras que cultiven. En lo sucesivo podrán poseer una parte de ellas, y quedár de este modo incorporados en vuestro pueblo, el qual no es aun bastante numeroso. Siempre que sean laboriosos y dóciles á las leyes no tendreis mejores vasallos que ellos, y aumentarán considerablemente vuestro poder. Los artesanos trasladados de la ciudad á la campaña educarán á sus hijos acostumbrándolos al trabajo y á la vida campestre. De este modo se verá todo el pais poblado con el tiempo de familias vigorosas y dedicadas á la agricultura. *Lib. XII. pág. 377. y sig.*

ALABANZAS.

Sus malos efectos; corrompen á los hombres. ¿Quáles son las buenas? Las mejores se parecen á las falsas.

Entró *Telémaco* en la asamblea de los Reyes aliados quienes, luego que le viéron, guardáron un profundo silencio para escucharle: mas él se sonrojó, y no pudiéron hacerle hablar palabra. Las alabanzas

que le diéron con aclamaciones públicas por lo que acababa de hacer aumentáron su vergüenza. Quisiera haberse podido ocultar, y ésta fué la vez primera que se mostró embarazado é indeciso. Al fin pidió por gracia que no se le diese alabanza alguna. No hago esto, dixo él, porque no las estime, y mas siendo tributadas por unos Jueces tan buenos de la virtud; sino porque temo apreciarlas demasiado (a). Ellas corrompen á los hombres, les inspiran mucha satisfaccion de sí mismos, y los hacen vanos y presuntuosos. Se las debe merecer; pero tambien se las debe huir. Las mejores alabanzas se parecen á las falsas. Los mas perversos de todos los hombres, que lo son los Tiranos, son los que mas freqüentemente se hacen alabar por los lisonjeros: ¿qué placer, pues, puede haber en ser alabado como ellos? Las alabanzas apreciables para mí serán las que me deis en mi ausencia, si es que soy tan afortunado que haya sabido merecerlas (b). Si creeis que soy verdaderamente

(a) Para estimar las alabanzas basta ser hombre; mas para temerlas es necesario ser sabio.

(b) El deseo de merecer las alabanzas que se nos dan fortifica nuestra virtud y las que se dan al

bueno, debeis creer igualmente que deseo ser modesto, y que temo la vanidad. Ahorrad, pues, las alabanzas, si me estimais, y no me alabeis como á un hombre amante de ellas. *Lib. XXI. pág. 249.*

Miéntras *Telémaco* visitaba por la noche los quarteles de campaña, para prevenir las astucias de *Adrasto*, oia aquellas alabanzas que no son sospechosas de adulacion, como las que los aduladores dan á los Príncipes en su presencia, suponiendo que estos no tienen modestia ni delicadeza, y que no hay sino alabarlos desmedidamente para apoderarse de su favor. El hijo de *Ulyses* no podia gustar sino de lo verdadero, ni sufrir mas alabanzas que las que se le tributaban en secreto y léjos de su presencia, y las que habia merecido verdaderamente (*c*). A estas no era insensible

talento y al valor, contribuyen á aumentarlos. Este honesto y laudable amor de la gloria es el que hizo decir á *Horacio*:

Exegi monumentum aere perennius....
Non omnis moriar, multaque pars mei.
Vitabit libitinam. Lib. III. Od. 30.

(*c*) Muchos grandes Príncipes, como el Emperador *Cárlos V.*, el Rey *Francisco I.*, y otros muchos famosos Capitanes han tenido un delicado placer en ir á recoger en secreto el fruto de sus vic-

su corazon; sentia aquel placer tan dulce y puro que los Dioses han unido solo á la virtud y que los malvados, por no haberle gustado jamas, no aciertan á concebir ni creer. Sin embargo no se abandonaba á este placer. Acudian de repente y en tropel á su espíritu todas las faltas que habia cometido. No olvidaba su altivez natural y su indiferencia por los hombres; se avergonzaba secretamente de haber nacido tan duro de corazon y de parecer tan inhumano (*d*); y atribuia á la sabia

torias y virtudes. El gran *Germánico*, segun nos refiere *Tácito*, iba por la noche á escuchar lo que decian de él los soldados en sus tiendas. Estas alabanzas son mucho mas gloriosas que las que graba la adulacion sobre el mármol y el bronce. El célebre *Anthioco* al salir de una choza, en la qual habia estado razonando algun tiempo con unas pobres gentes que no le conocian, ha dexado dicho; *que jamas oyó la verdad sino aquel dia.*

(*d*) *Cum te laudet aliquis judex tuus esse memento.*
Cato.

Quando alguno te alabare, acuérdate de juzgarte á tí mismo. Por lo comun hacemos todo lo contrario. ¿Quién, dice Séneca, ha tenido jamas valor para decirse la verdad. ¿Quién no se ha adulado á sí mismo quando los demas le han alabado? Miramos con demasiada aficion todo quanto nos toca, y el favor que nos hacemos impide que nos juzguemos con rectitud. *Cap. I. de Tranq. An.*

Minerva toda quanta gloria le daban y él creia no merecer (*e*). Vos sois, decia, ó gran Diosa, quien me habeis dado á *Mentor* para instruirme, y corregir mi perverso natural: vos quien me dais la prudencia para saber desconfiar de mí mismo; vos la que conteneis mis pasiones impetuosas, y me haceis sentir el placer de consolar á los desgraciados. Sin vos yo seria odiado y digno de serlo; cometeria faltas irreparables; seria como el niño que, no conociendo su debilidad, se aparta de su madre y cae al primer paso que da. *Lib. XVII. pág. 135.*

ALEGRIA.

La que proviene de la virtud es diferente de la que proviene del vicio; carácter de una y otra.

Dixo; y al instante me pareció sentir que se disipaba una nube, la qual habia tenido cubierta mi vista y no me dexaba

(*e*) Todos saben que *Minerva* es la Diosa de la sabiduría. A esta, que nos viene de Dios, es á quien somos deudores de todos nuestros aciertos y virtudes, y por consiguiente ella es á quien debemos referirlo todo.

ver la luz pura. Una dulce y vigorosa alegría renació en mi corazon. Era esta bien distinta de aquella alegría loca y voluptuosa que habia emponzoñado mis sentidos. La una es una alegría de embriaguez y turbulencia, é interrumpida de furiosas pasiones y crueles remordimientos; la otra es una alegría de razon que tiene cierta cosa de bienaventurada y celestial. Ella es siempre pura, igual é inagotable; quanto mas se entrega el hombre á ella, tanto mas dulce es, y alegra el alma sin turbarla. Derramé entónces lágrimas de alegría, y conocí que nada hay tan dulce como un llanto semejante (*a*). ¡Dichosos los hombres, decia yo, á quienes se manifiesta la virtud con toda su belleza! ¿Se la podrá ver sin amarla? ¿Podrásela amar sin ser feliz? *Lib. IV. pág. 114.*

(*a*) Aquellos que estan convencidos de su virtud é integridad, satisfechos de sí mismos y de su estado, llenos de confianza en el Sér Supremo, y de la esperanza de una inmortalidad gloriosa, ven todo quanto los rodea con un aspecto risueño, y con ojos llenos de benevolencia. Semejantes á los árboles plantados en un terreno fértil, estan siempre lozanos y cargados de frutos, los quales parece que ofrecen á quantos quieren cogerlos.

EXPECT. INGLES.

Carácter de los altaneros en las desgracias.

Los hombres altaneros é insolentes en la prosperidad son siempre débiles y tímidos en la desgracia. Se les trastorna la cabeza al paso que les falta su autoridad absoluta (*a*). Véseles tan vilmente abatidos, como ántes altaneros, y en un solo momento pasan de un extremo á otro (*b*). *Lib XIII. pág.* 25.

A este mismo tiempo entra *Hegesipo*, toma la espada de *Protesilas*, y le dice de

(*a*) Solo los hombres grandes saben soportar una desgracia y exâltar su gloria, sosteniéndose con firmeza y serenidad en las adversidades. El grande *Escipion* hizo ver en su retiro que no pendia su felicidad de los caprichos del pueblo.

(*b*) *Tácito* dice; que *Mucio* era de un temperamento mixto de dulzura y arrogancia; y que el Orador *Piseno* decia de *Calígula*, el qual habia sido el mas perverso adulador de *Tiberio*, que jamas habia visto mejor esclavo, ni peor Señor. *Neque meliorem unquam servum, neque deteriorem dominum fuisse. Plutarco* dice igualmente; que el cruel *Syla* se humilló á aquellos que necesitaba, y se hizo adorar de los que le habian menester; de suerte que no se puede decir si fué mas orgulloso que adulador.

parte del Rey, que va á llevarle desterrado á la Isla de Samos. A estas palabras toda la arrogancia del favorito cae como un peñasco desgajado de lo alto de una montaña escarpada. Arrójase temblando á los pies de *Hegesipo*, llora, vacila, tiembla, tartamudea, y abraza las rodillas de un hombre á quien no se dignaba honrar poco ántes con una de sus miradas. Quantos le habian tributado adoraciones, viéndole ya caido, mudáron sus expresiones lisonjeras en desapiadados insultos. *Lib. XIV. pág. 41.*

AMISTAD.

Quán buena y útil es esta.

Entre tanto *Filoctetes* abrazaba tambien al gran hijo de *Tideo.* Despues que se contáron sus tristes aventuras, le dixo *Filoctetes*: Sin duda os alegraréis de volver á ver al sabio *Nestor*: acaba de perder á *Pisistrato*, el último de sus hijos; no le resta ya en la vida sino dias de lágrimas y de amargura, que le conducirán al sepulcro. Venid á consolarle. Un amigo desgraciado es el mas á propósito para

consolar su corazon (*a*). Fuéronse ambos á la tienda de *Nestor*, quien apénas conoció á *Diomedes*; tal era la tristeza que abatia su alma, y sus sentidos. Lloráron ambos, y su vista sirvió de redoblar el dolor al anciano: mas poco á poco le fué tranquilizando el corazon la presencia de su amigo. Vióse palpablemente que sus males calmáron algun tanto con el placer de referirle quanto le habia pasado, y de oir contar á *Diomedes* quanto le habia sucedido. *Lib. XXI. pág.* 262.

Seguidme, dixó *Hazael*, mirándome con ayre de ternura y compasion, seguidme, ó hijo de *Ulyses*, yo os serviré de padre hasta que halleis al que os ha dado

(*a*) *Solamen est miseris socios habere malorum.* Los desgraciados se consuelan con tener compañeros en sus males. Este consuelo parece á la verdad bien mezquino, cruel, é indigno de la humanidad, pues se funda en la desgracia agena. Sin embargo es innegable que experimentamos todos los hombres, por lo comun y sin poderlo remediar, cierto consuelo quando tenemos compañeros en nuestros males. ¿En qué podrá consistir esto? Yo creo que en nuestro amor propio. Este hace que el hombre no quiera ser inferior en nada á su semejante, y que aun reciba consuelo en sus mismos males quando vé que la suerte le nivela con él.

la vida. Quando no me movieran á ello la gloria de vuestro padre, sus desgracias y las vuestras, la amistad que profesó á *Mentor* me empeñarian en cuidar de vos. Es cierto que le he adquirido como esclavo; mas le conservo como un fiel amigo. El dinero que me ha costado, me ha proporcionado el mas caro y mas precioso tesoro que hay sobre la tierra (*a*). Yo he hallado en él la sabiduría, y á él debo el

(*a*) Tal es el valor de la verdadera amistad. Yo no sé, dice *Ciceron* (*in Lel.*) que, á excepcion de la sabiduría, hayan dado mejor cosa al hombre los Dioses inmortales. Antepongámosla, pues, á todas las cosas humanas, puesto que nada es tan análogo y conveniente á nuestra naturaleza así en la próspera como en la adversa fortuna. La amistad, prosigue, contiene en sí innumerables cosas. Donde quiera que vaya el hombre la encuentra al instante; de ningun lugar está excluida, nunca es intempestiva, nunca molesta. Ni el agua, ni el ayre, ni el fuego son, por decirlo así, tan comunes como la amistad; porque á la próspera fortuna la hace mucho mas grata y satisfactoria; á la adversa, comunicada con el amigo, mas suave y llevadera; por ella los ausentes estan presentes; abundan los menesterosos; tienen poder los imbeciles y, lo que parece mas extraño, viven los mismos muertos. Con ella es feliz nuestra vida, y sin ella no puede serlo; pues quitada del trato humano la caridad y la benevolencia, se quita todo el gusto y consuelo.

amor que profeso á la virtud. Desde este momento queda libre, y vos lo quedais tambien. No exîjo de ambos, sino vuestro corazon. *Lib. IV. pág. 118.*

AMOR.

Carácter, atractivos, naturaleza y efectos del amor criminal; medios de vencerle. Naturaleza y propiedades del amor lícito y honesto.

El amor reposa entre los brazos de *Calipso.* No obstante ser Deidad siente la llama que discurre por su pecho. Por aliviarse algun rato se le entrega á la Ninfa *Eucharis* que estaba á su lado; ¡ mas ay! ¡ quánto le pesó despues haberlo hecho! Nada le parecia mas inocente, mas dulce, mas amable, mas ingenuo, ni mas gracioso que el niño. Qualquiera al verle siempre tan festivo, tan cariñoso y risueño, creeria que no podia causar sino placeres: mas apénas el hombre se entrega á sus caricias, siente no sé qué de ponzoñoso en el corazon. El maligno y engañoso niño no acaricia sino para hacer traicion, y jamas se rie sino de los males que ha he-

cho ó quiere hacer. No se atrevia á acercarse á *Mentor*, cuya severidad le asustaba; veia que este incógnito era invulnerable á sus flechas (*a*). Por lo que hace á las Ninfas bien presto sintiéron el fuego que suele encender este engañoso niño; mas ocultaban cuidadosamente la profunda llaga que envenenaba sus corazones.

Viendo *Telémaco* que el niño se regocijaba con ellas, quedó sorprehendido de su dulzura y belleza. Le abraza y pone tan pronto sobre sus rodillas, como entre sus brazos. Siente dentro de sí una inquietud cuya causa no puede explicar. Quanto mas se empeña en alegrarse inocentemente, tanto mas se turba y afemina. ¿No veis estas Ninfas? dice á *Mentor*, ¿qué diferentes son de las mugeres de Chi-

(*a*) *Mentor*, como todos saben, representa en este Poema á *Minerva*, y por consiguiente á la sabiduría. Miéntras el hombre se gobierna por ésta, es en efecto invulnerable á las flechas engañosas del amor. Por eso se dice, que quando el hombre se enamora se vuelve loco, pues en este caso le abandona su razon, y se vé dominado y agitado por esta pasion tan violenta que le obceca y casi enfurece. Lo mas funesto que tiene este mal, dice un Sabio, es que quando dexa de ser locura, ya no es un placer.

pre, cuya belleza hacia tan chocante su inmodestia? Estas inmortales bellezas manifiestan una inocencia, una modestia y una sencillez que encantan. Así hablaba *Telémaco*, y al mismo tiempo se ruborizaba sin saber por qué. No podia dexar de hablar; mas apénas empezaba á articular las palabras ya no podia continuar. Sus expresiones eran interrumpidas, obscuras, y á veces no tenian sentido alguno (*b*). ¡Oh, *Telémaco*! le respondió *Mentor*, los peligros de la Isla de Chipre son nada comparados con los presentes de que recelais tan poco. El vicio grosero causa horror; la impudencia brutal indignacion; mas la belleza modesta es mucho mas peligrosa. Quando el hombre la ama cree no amar sino la virtud, y se dexa arrastrar insensiblemente de los engañosos encantos de una pasion que no se siente hasta que ya no es tiempo de extinguirla. Huid, mi amado *Telémaco*, huid de estas Ninfas que no son tan discretas sino para mejor engañaros. Huid de los peligros de vuestra juventud,

(*b*) Este es el vivo retrato de un jóven que, conservando en su corazon el pudor y la sencillez, se vé agitado de la pasion de amor por la primera vez.

y sobre todo de este Niño á quien no conoceis. Este es el *Amor* á quien *Venus*, su madre, ha venido á traer á esta Isla para vengarse del desprecio que manifestasteis hacer del culto que se le da en Citherea. Ella ha herido el corazon de la Diosa *Calipso* la qual está apasionada de vos; ha encendido en amor el de las Ninfas que la rodean; y vos, jóven infeliz, ardeis tambien en él sin conocerlo.

Telémaco interrumpia freqüentemente á *Mentor*, diciéndole: ¿por qué no nos quedamos en esta Isla? *Ulyses* ya no exîste; él debe estar mucho tiempo ha sepultado en las olas del mar. *Penelope*, viendo que ni él ni yo volvemos á Itaca, no habrá podido resistir á las instancias de tantos pretendientes. Su padre la habrá precisado á que elija un nuevo esposo. ¿Volveré yo á Itaca para verla estrechada en nuevos lazos, faltando á la fe que tiene prometida á mi padre? Los Itacenses han olvidado á *Ulyses*; nosotros no podemos volver sino para buscar una muerte segura, porque los amantes de *Penelope* tienen tomados todos los caminos y guaridas del Puerto para mejor asegurar nuestra ruina quando volvamos.

Hé aquí, le respondió *Mentor*, el efecto de una ciega pasion: busca el hombre con sutileza todas quantas razones la favorecen, y procura alejar de sí las que la condenan. Solo es ingenioso para engañarse y sofocar sus remordimientos. ¿Habeis por ventura olvidado quanto los Dioses han hecho por vos á fin de volveros á vuestra patria? ¿Las desgracias que habeis experimentado en el Egipto no se os han convertido inmediatamente en prosperidades? ¿Qué incógnita mano os ha librado de todos los peligros que amenazaban vuestra vida en la Ciudad de Tiro? ¿Despues de tantas maravillas ignorais aun lo que os tienen preparado los hados? ¿Mas qué digo? Vos sois indigno de todo esto. Yo, por lo que á mí hace, parto de aquí y sabré bien salir de esta Isla peligrosa. Hijo vil y cobarde de un padre tan sabio y generoso; quedaos á pasar una vida afeminada é infame entre las mugeres; haced contra la voluntad de los Dioses lo que vuestro padre creyó ser indigno de él.

Estas palabras de desprecio hiriéron á *Telémaco* en el fondo de su corazon. Sentíase enternecido con los discursos de

Mentor; atormentábanle el dolor y la vergüenza, y temia la indignacion y la ausencia de un hombre tan sabio y á quien tanto debia. Pero una pasion naciente, que él no conocia, le habia transformado en otro hombre. ¿Pues qué, decia á *Mentor* derramando lágrimas, teneis en nada la inmortalidad que esta Diosa me ofrece? Yo tengo en nada, respondió *Mentor*, quanto es contra la virtud y las órdenes de los Dioses. La virtud os llama á vuestra patria para que volvais á ver á *Penelope* y á *Ulyses*. La virtud os prohibe abandonaros á una loca é ilícita pasion. Los Dioses que os han librado de tantos peligros, por prepararos una gloria igual á la de vuestro padre, os mandan que dexeis esta Isla. El *Amor*, solo este vergonzoso tirano, puede deteneros en ella. ¡Hé! ¿qué hareis con una vida inmortal, sin libertad, sin virtud y sin gloria? Esta vida será tanto mas infeliz, quanto que será eterna.

Telémaco no respondia sino con suspiros á estos razonamientos. A veces habria querido que *Mentor* le hubiese sacado de la Isla á pesar suyo; otras le parecia que tardaba en ausentarse, por no tener á su

vista este severo amigo que condenaba su debilidad. Estos contrarios pensamientos agitaban á porfia su corazon, sin ser ninguno constante, y estaba como la mar que es juguete de todos los vientos contrarios (c). Quedábase unas veces inmóvil y recostado sobre la ribera del mar; otras en el centro de algun bosque espeso y sombrío, derramando amargas lágrimas y dando gritos semejantes á los rugidos de un leon. Enflaquecióse considerablemente, y sus ojos hundidos estaban llenos de un fuego deborador. Al verle pálido, abatido y desfigurado nadie creeria que era *Telémaco*. Ya no se veia en él su antigua belleza, su alegría y su noble fiereza: semejante á una flor que, abriendo sus hojas á la mañana, esparce sus dulces perfumes por la campaña, pero que se marchita poco á poco al caer la tarde, pierde la viveza de sus colores, se aja, se

(c) Tal es el estado de un hombre vivamente apasionado. Su situacion es la mas violenta y miserable quanto mas procura combatir contra sí mismo. Una pasion naciente, quando es combatida, entónces se manifiesta con mayor fuerza y estrépito; al paso que un amor satisfecho se sabe bien ocultar.

seca y dexa caer su hermosa corona, no pudiendo ya sostenerse; así el hijo de *Ulyses* llegó desde el extremo de su bizarra lozanía, hasta tocar en los umbrales de la muerte (*d*).

Viendo *Mentor* que *Telémaco* no podia resistir á la violencia de su pasion, concibió el sabio y acertado designio de librarle de tan gran peligro. Habia observado que *Calipso* amaba ciegamente á *Telémaco*, y que éste no estaba menos apasionado de la Ninfa *Eucaris*; porque el cruel amor hace, para atormentar á los mortales, que estos no amen por lo comun á aquellas personas qne les manifiestan mas amor (*e*). Resolvió *Mentor* excitar en *Ca-*

(*d*) *Antiocho I.* se vió reducido á este extremo por una igual enfermedad. *Rasistrato*, su Médico, la descubrió observando la violenta emocion del pulso del Príncipe siempre que veia á *Estratonice*, su futura madrastra. Curóle la fiebre quien se la ocasionó. Su padre *Nicanor* le cedió la Reyna *Estratonice*.

(*e*) El hombre aspira naturalmente á ser amado; mas quando lo consigue sin esfuerzo ni oposicion, suele ya mirar con indiferencia á la persona que le manifiesta amor, y estar al mismo tiempo pérdidamente enamorado de otra que le trata con desden. ¿Cual es la causa de este fenómeno? Yo juzgo que su natural orgullo.

lipso la pasion de los zelos. *Eucaris* tenia dispuesto llevar á *Telémaco* á una cazería. He notado en *Telémaco*, dixo *Mentor* á *Calipso*, una pasion por la caza que jamas he advertido en él. Esta diversion empieza ya á hacerle mirar con disgusto todas las demas; solo le gustan las florestas y las montañas incultas. ¿Sois vos, ó Diosa, quien le inspirais esta ardiente inclinacion?

Al oir *Calipso* estas palabras sintió un cruel disgusto el qual no pudo disimular. Este *Telémaco*, respondió ella, que ha despreciado todos los placeres de la Isla de Chipre no puede resistir á la mediana belleza de una de mis Ninfas. ¿Cómo osa este jóven alabarse de haber hecho tan maravillosas acciones, quando su corazon

Aquello que mas se le resiste es lo que mas se empeña en conseguir. Esto se verifica mas comunmente en la muger. Naturalmente vana y acostumbrada al obsequio y al imperio, se pica mas de conquistar á un hombre que se la manifiesta desdeñoso y aun ingrato, que de tener á sus pies una turba de rendidos amantes que la tributen inciensos; y es que con estos ya está su altanería satisfecha: solo anhela y le da pena lo que se resiste á su dominacion, y por conseguirlo suele su mismo orgullo hacerla cometer mil abatimientos y bagezas.

se afemina vilmente con el deleite y parece que no ha nacido sino para vivir una vida obscura en medio de las mugeres? Advirtiendo *Mentor*, con placer suyo, que la pasion de los zelos tenia turbado el corazon de *Calipso*, no quiso hablar mas por temor de inspirarle desconfianza ácia su persona; y así solo la manifestó un semblante triste y abatido. Descubríale la Diosa sus penas sobre quantas cosas veia, y le daba continuamente nuevas quejas. La partida de caza, de que *Mentor* le dió noticia, la acabó de enfurecer. Supo que *Telémaco* no hizo en ella otra cosa que ocultarse de las demas Ninfas por hablar con *Eucharis* á solas. Tenian ya dispuesta otra la qual preveia *Calipso* que seria como la primera. Por desconcertar los proyectos de *Telémaco* declara la Diosa que quiere asistir á ella. Mas, no pudiendo moderar su resentimiento, le dixo inmediatamente estas palabras: ¿No te acuerdas, jóven temerario, qne has llegado á mi Isla por librarte del justo naufragio que te preparaba *Neptuno* y de la venganza de los Dioses? ¿No has arribado á esta Isla, inaccesible á algun otro mortal, sino para

despreciar mi poder y el amor que te he manifestado? ¡Oh divinidades del Olimpo y de la Estigia! Escuchad á una Deidad desgraciada. Apresuraos á confundir á este pérfido, á este impio, á este ingrato. Sufra mas largos y grandes males que los de su padre *Ulyses*, puesto que es mas duro aun y mas injusto que él: jamas vuelva á ver á su patria, esa pobre y miserable Itaca, la qual no se ha avergonzado de preferir á la inmortalidad; ó, mas bien, perezca á vista suya en medio del mar, y su cuerpo, despues de haber sido juguete de las olas, sea arrojado sobre esta ribera sin esperanza alguna de lograr sepultura; véanle mis ojos hecho presa de los buytres; véale tambien su amada; despedace su corazon este espectáculo; su desesperacion será mi mayor dicha.

Al proferir *Calipso* estas palabras, tenia sus ojos inflamados; no miraban á parte alguna determinada y se veia en ellos no sé qué de sombrío y feroz. Sus trémulas megillas estaban cubiertas de ciertas manchas líbidas y negras. A cada momento mudaba de color. Una mortal palidez cubria á menudo su semblante.

Sus lágrimas no corrian con abundancia, como otras veces, porque la rabia y la desesperacion habian agotado su manantial. Su voz era ronca, trémula é interrumpida. Observaba *Mentor* todos sus movimientos, y no hablaba palabra á *Telémaco*; tratábale como á un enfermo, á quien se abandona por desauciado, y echaba freqüentemente sobre él ciertas miradas de compasion.

Conocia *Telémaco* quán culpable é indigno era de la amistad de *Mentor*. No osaba alzar los ojos, por no encontrarse con los de su amigo, cuyo mismo silencio lo condenaba. Dábanle á veces impulsos de arrojarse á su cuello, y protestarle lo muy arrepentido que estaba de su delito; mas se contenia, ya por un efecto de vergüenza perjudicial y mal entendida, y ya por temor de apartarse mas de lo que él quisiera del peligro; pues éste le parecia dulce y amable, y aun no tenia valor para vencer su pasion vergonzosa.

Los Dioses y Diosas del Olimpo, juntos todos en su asamblea y guardando el mas profundo silencio, tenian fixa la vista

sobre la Isla de *Calipso*, por ver quien de los dos quedaria victorioso si *Minerva* ó el *Amor*. Este, divirtiéndose con las Ninfas, habia encendido con su fuego toda la Isla. *Minerva*, baxo la figura de *Mentor*, se valia de la pasion de los zelos, tan inseparable del *Amor*, contra el *Amor* mismo. *Júpiter* habia resuelto ser expectador de este combate y mantenerse neutral.

Entre tanto *Eucharis*, temerosa de perder á *Telémaco*, usaba de mil artificios para tenerle aprisionado en sus amorosas cadenas. Fué por fin con él por la segunda vez á la cazería, é iba vestida en trage de Diana. Habian derramado sobre ella en esta ocasion *Venus* y *Cupido* tan nuevos hechizos y gracias atractivas, que excedia su hermosura á la de la Diosa *Calipso*. Al verla esta se mira inmediatamente en una de las mas claras fuentes y se avergüenza de verse: retírase al centro de su gruta, y empieza á hablar consigo de esta suerte. ¿Con qué de nada me ha servido querer turbar los placeres de estos dos amantes declarando que queria asistir á la cazería? ¿Y qué, iré á ella? ¿Iré á hacer triunfar á *Eucharis* y á que sirva mi

belleza para realzar la suya? ¿Con qué será preciso que el verme *Telémaco* sirva para apasionarse mas de su amada Ninfa? ¡Desgraciada de mí! ¿Qué es lo que he hecho? No, no iré; ni tampoco ellos irán; yo sabré bien impedirlo. Voy á buscar á *Mentor* para pedirle que saque de aquí á *Telêmaco* y le restituia á Itaca. ¿Mas qué he dicho? ¿Qué será de mí si se ausenta *Telémaco*? ¿Dónde estoy? ¿Qué deberé hacer? ¡Oh cruel *Venus*, y como me has engañado! ¡Oh, qué presente tan fatal me has hecho! ¡Pernicioso niño! ¡Ponzoñoso amor! No te dí yo entrada en mi corazon, sino con la esperanza de vivir feliz en compañía de *Telémaco*; y tú no has introducido en mi pecho sino desórden y desesperacion. Mis Ninfas se han vuelto contra mí; y mi inmortalidad tan solo sirve de hacer eterna mi desdicha. ¡Oh, quién pudiera darse la muerte para acabar con tantas penas! Es preciso, ó *Telémaco*, que mueras ya que yo no puedo morir. Me vengaré de tus ingratitudes, lo verá tu Ninfa, y á vista suya te pasaré el corazon... Pero yo me enageno. ¡Oh desgraciada *Calipso*! ¿Qué es lo

que quieres? ¿Hacer morir á un inocente á quien tú misma has precipitado en este abismo de males? Yo soy quien ha encendido el fuego en el casto pecho de *Telémaco*. ¡Qué inocencia la suya! ¡Qué virtud! ¡Qué horror al vicio! ¡Qué valor contra los placeres vergonzosos!... Y bien ¿será mejor que se ausente, ó que yo le vea despreciarme de continuo y vivir tan solo para mi rival?... No, no; tengo bien merecido quanto padezco. Parte, *Telémaco*, vete de la otra parte de los mares; dexa á *Calipso* desconsolada y sin poder soportar la vida, ni hallar tampoco la muerte: dexa á esta inconsolable, cubierta de vergüenza y desesperada, con tu orgullosa *Eucharis*.

Así hablaba la Diosa á solas en su gruta: mas de allí á un instante sale de ella impetuosamente, mas furiosa que una leona á quien han robado sus cachorros, y corre al traves de la floresta sin saber adonde ni por donde; hállase otra vez, sin saber como, á la entrada de su gruta, donde *Mentor* la estaba aguardando. Salid de mi Isla, dice, ó extrangeros, que solo habeis venido para turbar mi reposo. Lé-

jos de mí ese jóven insensato; y vos, imprudente anciano, si no le sacais de aquí al momento, pronto conocereis quanto puede la ira de una Diosa. No quiero verle mas, ni sufrir que le vea ni hable alguna de mis Ninfas: lo he jurado por las aguas de la Estigia, juramento que hace estremecer á los mismos Dioses. Pero sabe, ó *Telemaco*, que no se han acabado tus males: ¡Ingrato! no saldrás de mi Isla, sino para ser presa de nuevas desgracias; yo me vengaré; tú te quejarás á *Calipso*, mas en vano. *Neptuno*, irritado aun contra tu padre que le ofendió en Sicilia, y movido por *Venus* á quien tú has despreciado en la Isla de Chipre, te prepara otras tempestades. Verás á tu padre el qual vive todavía; pero le verás sin conocerle. No volverás á unirte con él en Itaca, sino despues de haber sido juguete de la mas cruel fortuna. Vete; yo conjuro á las potestades celestiales para que me venguen. Plegue al Cielo te veas en medio de los mares, pendiente de la punta de un peñasco, acosado de la tempestad,

y herido de los rayos; en vano invocarás entónces á *Calipso*; tu tormento la llenará de alegría (*f*).

Al decir la Diosa estas palabras sentia su espíritu agitado y propenso á tomar resoluciones contrarias. El *Amor* avivaba en su corazon el deseo de detener á *Telémaco*. Viva, se decia á sí misma, y permanezca aquí, puede que llegue á conocer quanto he hecho por él. *Eucharis* no podrá, como yo, darle la inmortalidad::: ¡O ciega y apasionada *Calipso*! Te has hecho traicion á tí misma por medio de tu juramento; mírate ya empeñada. Las ondas de la Estigia, por las quales has jurado, no te permiten ya tener esperanza alguna. Nadie percibia estas palabras, pero se veian en su semblante retratadas las furias, y parecia que exhalaba su corazon todo el pestífero veneno del negro Cocyto.

(*f*) *Aut amat, aut odit mulier; nil est medium.*
Pub. Syr. Mim.

Ama ó detesta la muger; no hay medio.
Quando esta llega á verificar sus zelos, su amor se convierte en furor.

Horrorizóse con esto *Telémaco*: conociólo *Calipso*, (porque ¿qué no adivina el amor zeloso?) y el horror de aquel redobló los transportes de la Diosa. Qual furiosa Bachante, que llena el ayre con sus alaridos y hace resonar con ellos las altas montañas de Tracia, corria al traves de los bosques con un dardo en la mano, llamando á todas las Ninfas y amenazando de muerte á las que no la siguiesen. Todas corrian en tropas tras de ella asustadas con tan terrible amenaza. Adelántase *Eucharis* llorosa y mirando de léjos á *Telémaco*, al qual no osaba hablar. Encolerízase la Diosa al verla cerca de sí y, léjos de templarse con la sumision de la Ninfa, sintió un nuevo furor, viendo que la afliccion aumentaba su belleza.

Quedó á solas *Telémaco* con *Mentor*; abrázale por las rodillas, no atreviéndose á hacerlo de otro modo, ni aun á mirarle siquiera. Quiere hablar, pero le falta la voz y las palabras. Estaba de suerte que ni sabia lo que queria, ni lo que debia hacer. Al fin exclamó, diciendo: ¡O mi ver-

dadero padre, ó amado *Mentor*! Libradme de tantos males; yo no puedo abandonaros, ni seguiros. Libradme de tantos males; libradme de mí mismo; dadme la muerte. *Mentor* le abraza, le consuela y le anima con sabios consejos á soportar sus males, sin lisonjear su pasion. Hijo del sabio *Ulyses*, le dice, los Dioses os han amado y os aman todavía; esos horribles males que sufrís son un efecto de su amor. Quien no ha llegado á sentir su debilidad y la violencia de sus pasiones no es sabio todavía, porque no se conoce aun, ni sabe desconfiar de sí mismo. Los Dioses os han conducido, como por la mano, hasta el borde del abismo, para manifestaros toda su profundidad, sin dexaros caer en él. Conoced ahora lo que nunca hubierais conocido, sino lo hubieseis experimentado. En vano os habrian hablado de las traiciones del amor, el cual acaricia al hombre para perderle, y oculta baxo una falsa apariencia de dulzura las amarguras mas horribles (*g*). Huid, mi

(*g*) El amor, dice un Filósofo de nuestro siglo,

amado *Telémaco*, huid: el amor tan solo se puede vencer huyendo. Contra un enemigo semejante el valor consiste en temer y huir; pero en huir sin tomarse tiempo para deliberar ni pensar en sí mismo. Bien sabeis los cuidados que me habeis costado desde vuestra infancia y los peligros de que habeis salido por mis consejos. Si la sabiduría triunfa del amor en vuestro corazon, yo vivo y vivo feliz: mas si el amor os arrastra, á pesar de la sabiduría, *Menton* no puede vivir por mas tiempo. *Lib. VII. pág. 181 y sig.*

Descubrió *Telémaco* su corazon á su amigo *Mentor*, y le declaró, aunque con trabajo, el motivo que le hacia mirar á *Salento* con alguna inclinacion. Acaso, le dixo, me reprehenderéis la demasiada facilidad con que me apasiono en los paises por

es el mas grande de todos los males quando no es el mas grande de todos los bienes. No fué necesario mas que el amor de una cautiva para introducir la discordia entre *Agamemnon* y *Aquiles*, y desconcertar todo el poder de la Grecia. De este modo quiso dar á entender *Homero* que los mas grandes y ruidosos acontecimientos son, por lo comun, juegos del amor ó de la fortuna.

dondo transito; pero mi corazon me estaria reprehendiendo continuamente, si os ocultase que amo á *Antiope*, hija de *Idomeneo*. No, mi amado *Mentor*, no es esta una ciega pasion como aquella de que me curasteis en la Isla de Calipso. Bien he conocido despues la profunda y peligrosa llaga que el amor me hizo quando vivia al lado de *Eucharis*; aun no puedo pronunciar su nombre sin turbarme. El tiempo, y la ausencia no han podido borrarla de mi memoria. Esta funesta experiencia me ha enseñado á desconfiar de mí mismo. Mas la pasion que siento por *Antiope* en nada se parece á aquella. No es este un amor de pasion; es una inclinacion razonable, é hija de la persuasion. Yo seria feliz si viviese en su compañía. Si algun dia me vuelven los Dioses á mi amado Padre, y me permiten elegir una muger, *Antiope* será mi esposa. Lo que me prenda en ella es su silencio, su modestia, su retiro, su continua laboriosidad, su habilidad para las obras de lana y de bordado, su constante aplicacion al gobierno de la casa de su pa-

dre, desde que murió su madre amada; su desprecio á los atavíos y galanuras; el olvido, y aun la ignorancia misma que demuestra tener de su belleza. Todo el mundo la admira, y ella sola parece que lo ignora. Quando entra en el Templo de los Dioses, y lleva sobre su cabeza las sagradas ofrendas, qualquiera creerá que es ella la Deidad que habita en el Templo. ¡Con qué temor y religion se la ve ofrecer los sacrificios, y aplacar la cólera de los Dioses quando hay que hacer alguna expiacion, ó pedir la revocacion de algun funesto presagio! En fin, quando se la ve rodeada de tiernas doncellas con la aguja de oro en la mano, no parece sino la misma *Minerva* que ha baxado á la tierra en forma humana para inspirar á los mortales el gusto á las Bellas Artes. Ella anima á las demas al trabajo, y las suaviza el disgusto con los encantadores ecos de su harmoniosa voz quando se pone á cantar las maravillosas historias de los Dioses. Sus bordados exceden en delicadeza á las mas exquisitas pinturas. ¡Dichoso el hombre á

quien un dulce hymeneo le una con ella! Nada debe temer sino perderla y sobrevivirla. Pongo á los Dioses por testigos de que estoy pronto á partir. Amaré á *Antiope* mientras viva; pero este amor no retardará un momento mi vuelta á Itaca. Si es que otro la ha de poseer, pasaré el resto de mis dias en la tristeza y amargura: pero al fin me apartaré de ella aunque sepa que la ausencia puede hacermela perder. No quiero hablarla de mi amor, ni tampoco á su padre; porque no debo hablar de esto sino á vos solo hasta que *Ulyses*, despues de haber vuelto á ocupar su Trono, me dé su consentimiento para ello. Por aquí podreis conocer, mi amado *Mentor*, quan diferente es esta pasion de aquella á que me visteis rendido por la Ninfa *Eucharis*.

Convengo en esta diferencia, respondió *Mentor* á *Telémaco*. *Antiope* es dulce, amable, sencilla y cuerda. Sus manos no desprecian, ni huyen el trabajo: ella prevée las cosas; á todo atiende; sabe callar, y obrar con desembarazo. Continuamente

está ocupada; no acelera las cosas, porque sabe hacerlas todas á su tiempo. El buen órden de la casa de su padre es su mayor gloria. No gasta mas adorno que el de su belleza. Aunque tiene que cuidar de todo, y está encargada del órden, gobierno y economía doméstica (cosas que aborrecen casi todas las mugeres nobles) ella sabe hacerse amar de toda la familia. No se vé en ella pasion, capricho, altanería, terquedad, ligereza ni mal humor, como en las otras mugeres. Con una sola mirada se hace entender, y todos temen desagradarla. Sabe dar las órdenes precisas, y jamas manda sino lo que se puede hacer buenamente. Reprehende con bondad, y anima con sus mismas reprehensiones. El corazon de su padre descansa sobre ella como un viagero, fatigado del cansancio y los ardores del sol, á la sombra de un árbol sobre la blanda yerva... Teneis razon, *Telémaco*; *Antiope* es un tesoro digno de ser buscado en las tierras mas lejanas. Su espíritu, lo mismo que su cuerpo, jamas se paga de vanos adornos. Su

imaginacion, aunque viva, es moderada; no habla sino quando hay necesidad, y si abre la boca se ven salir de sus labios la dulce persuasion y las inocentes gracias. Quando habla todos callan; ella entónces se ruboriza, y suele suprimir lo que queria decir quando advierte que la escuchan con demasiada atencion. ¿Os acordais, *Telémaco*, de un dia que su padre la hizo venir á su presencia? Presentóse á él con los ojos baxos y cubierta de un gran velo: no habló sino para moderar la cólera de *Idomeneo*, el qual queria castigar rigorosamente á uno de sus esclavos. Inmediatamente se pone de su parte, alega quanto podia excusar á este desgraciado, y sin dar á entender al Rey abiertamente que se habia alterado demasiado, le inspira sentimientos de justicia y compasion. Quando *Thetis* acaricia al viejo *Nereo* no apacigua con mas dulzura las olas irritadas. Así *Antiope*, sin tomarse ninguna autoridad, ni valerse de sus atractivos, dirigirá algun dia el corazon de su esposo con la misma dulzura que ahora

toca en la lira los mas acordados sones. Lo vuelvo á repetir, *Telémaco*, es justo el amor que la profesais. Los Dioses os la destinan porque la amais con un amor razonable. Es preciso aguardar á que *Ulyses* os la conceda. Os aplaudo el que no la hayais manifestado vuestros sentimientos, y sabed que si hubierais intentado participarla vuestros designios los habria desechado y hubiera dexado de estimaros. Ella no se prometerá á persona alguna; dexará que lo haga su padre, y jamas tomará por esposo sino á un hombre que tema á los Dioses y cumpla con todas las obligaciones. ¿Habeis observado, como yo, que desde que habeis vuelto se dexa ver ménos y siempre con los ojos baxos: ella sabe todo quanto os há pasado y habeis hecho de glorioso en la guerra; no ignora vuestro nacimiento, vuestras aventuras, ni quanto los Dioses han hecho por vos. Esto es lo que la hace tan modesta y reservada. Vamos, *Telémaco*, vamos á Itaca; ya no me resta sino hacer porque halleis á vuestro padre, y

poneros en estado de obtener una esposa digna de la edad de oro. Si como es hija del Rey de Salento, fuera pastora del frio Algido, seriais siempre demasiado feliz en poseerla (h). *Lib. XXII. pág. 289 y sig.*

ARBITROS.

Son necesarios para decidir las desavenencias de las Naciones.

No es justo, dixo *Mentor* á *Idomeneo*, dar crédito á los Sybaritas en su propia causa; pero tampoco lo es creeros á vosotras en la vuestra. ¿A quién, pues, se deberá creer preguntó *Idomeneo*? No debe creerse, respondió *Mentor*, á ninguna de las dos partes; pero se debe nombrar por árbitro á un pueblo vecino que no sea sospechoso á una ni á otra. Tales

(h) El retrato que *Mr. Fenelon* hace en este paisage de la bella *Antiope*, está fundado en los principios que tiene establecidos en su excelente obra intitulada; *De l'educacion des filles*: es una completa y juiciosa pintura de todas las cualidades que deben adornar á una doncella para hacerse digna del amor, respeto y aprecio de un hombre sensato.

son los Sipontinos ; ellos no tienen interes alguno contrario al vuestro. ¿Y qué estoy yo obligado, replicó Idomeneo, á creer á qualquiera árbitro? ¿No soy Rey? ¿Está obligado un Soberano á someterse al juicio de los extrangeros en órden á la extension de sus dominios? Supuesto, respondió *Mentor*, que os resolveis á manteneros firme, preciso es juzgueis que vuestro derecho es legítimo. Los Sybaritas por otra parte en nada quieren ceder, y sostienen que el suyo es efectivo. En esta oposicion de sentimientos es necesario que medie un árbitro, elegido por ambas partes, el qual os conforme ; ó sino que haya de decidir la suerte de las armas. No hay otro medio. Si entraseis en una República donde no hubiese Magistrados, ni Jueces, y en donde cada familia se creyese con derecho de hacerse justicia á sí misma por medio de la violencia en todas sus pretensiones contra sus vecinos, os lamentaríais sin duda de la desgracia de una Nacion semejante, y os horrorizariais de este monstruoso desórden, en virtud del

cual unas familias se armarian contra otras. ¿Creeis que los Dioses miran con ménos horror al mundo entero, que es la República universal, si cada pueblo, que no es mas que como una gran familia, se cree con pleno derecho para hacerse justicia á sí mismo por medio de la violencia en todas sus pretensiones contra los pueblos vecinos? El particular que posee un campo, como herencia de sus mayores, no puede mantenerse en posesion de él sino por medio de la autoridad de las leyes y el juicio de los Magistrados; y seria castigado severamente como sedicioso si quisiese conservar por medio de la fuerza lo que solo le puede dar la justicia.

¿Creeis, pues, que los Reyes pueden apelar inmediatamente á la violencia para sostener sus pretensiones, sin haber probado primero todos los medios de la dulzura y la humanidad? ¿Acaso la justicia no es aun mas sagrada é inviolable para los Reyes, con respecto á los paises enteros, que para las familias por lo tocante á sus campos y heredades? ¿Será un hom-

bre injusto y desolador quando se apodera de algunas aranzadas de tierra, y será justo, será héroe, quando toma Provincias enteras? Si el hombre se preocupa, se adula y engaña á sí mismo en los pequeños intereses, ¿no se deberá temer mas que se engañe y preocupe sobre los grandes intereses de un Estado? ¿O deberia creerse á sí mismo en una materia en que hay tantas razones para que deba desconfiar? ¿No deberá temer engañarse en un asunto en que el error de un solo hombre produce tan funestas conseqüencias? El error de un Soberano, que se engaña en órden á sus pretensiones, causa por lo comun hambres, desolaciones, derramamiento de sangre, pérdidas y depravaciones de las costumbres, cuyos funestos efectos trascienden hasta los siglos mas remotos. ¿Un Rey, á quien por lo comun rodean tantos aduladores, no deberá temer ser engañado en semejantes ocasiones? El Rey justo conviene desde luego en tales casos en la eleccion de un árbitro que termine pacificamente las diferencias;

de este modo hace ver al mundo entero su equidad, su buena fe, su moderacion, y publíca las razones sólidas en que se funda su causa. El árbitro elegido es mas bien y debe ser un mediador amable que un rígido Juez. No es necesario someterse débilmente á sus decisiones; pero debe guardarse con él la mayor deferencia posible. No pronuncia éste una sentencia, como Juez soberano, sino que hace algunas proposiciones; y en tal caso se sacrifica, por consejo suyo, qualquiera cosa en obsequio de la paz. Si, á pesar de todas estas medidas que un Rey justo debe tomar para conservar la paz en sus Estados, se vé precisado á acudir á la guerra, tiene por lo ménos en abono suyo el testimonio de su conciencia, la estimacion de sus vecinos, y la justa proteccion de los Dioses. *Lib. XXIII. pág. 302 y sig.*

Su carácter, y en su persona el de un buen ciudadano y un buen Rey.

¡O tú el mas sabio de los mortales! clamaban los Cretenses á *Mentor*; dinos á quién podrémos elegir por nuestro Rey? No te dexaremos partir hasta que nos digas sobre quién debe recaer nuestra eleccion para tan importante ministerio. *Mentor* les respondió de esta suerte: miéntras he estado entre la turba de los expectadores me ha llevado la atencion un hombre que manifestaba en su semblante la mayor tranquilidad. Este es un anciano bastante vigoroso; he preguntado quién es, y me han dicho que se llama *Aristodemo*. Sé que habiéndole dicho, que sus dos hijos eran del número de los combatientes, no manifestó alegría alguna. Por lo que hace al uno, respondió, estoy bien léjos de desear verle expuesto á ser Rey; y amò demasiado á mi patria para consentir que lo sea el otro. De lo qual infiero; que este buen padre profesa un amor razonable á

uno de sus dos hijos, que es virtuoso, y no aprueba en modo alguno los desarreglos del otro. Aumentóse con esto mi curiosidad y pregunté qual habia sido la vida del anciano: ha servido largo tiempo, me dixo uno de vuestros ciudadanos, en la carrera de las armas y tiene su cuerpo lleno de cicatrices; pero su virtud sincera y enemiga de la adulacion le hizo incómodo á *Idomeneo*, por lo qual no quiso este valerse de él durante el sitio de Troya. Temia á un hombre que le daria sabios consejos los cuales no tendria valor para seguir. A mismo tiempo tenia zelos de la gloria que podria adquirirse bien pronto; y así, olvidando todos sus servicios, le dexo aquí abandonado á la indigencia y expuesto al desprecio de los hombres groseros, que no estiman sino las riquezas. Mas él, contento en medio de su pobreza, vive alegremente en un parage retirado de la Isla, donde cultiva un campo con sus propias manos. Uno de sus hijos trabaja en su compañía: ámanse los dos tiernamente, son felices por su frugalidad, y su trabajo

les proporciona la abundancia de todas las cosas necesarias para pasar una vida sencilla. El sabio anciano da á los pobres enfermos de su vecindad quanto le sobra despues de haber satisfecho sus necesidades y las de su hijo. Hace trabajar á todos los jóvenes, los exhorta é instruye; juzga de todas las desavenencias de sus vecinos y es el Padre de todas las familias. La desgracia de la suya es tener un segundo hijo que no ha querido seguir alguno de sus consejos. El Padre, despues de haberle tolerado largo tiempo por ver si podia corregirle sus vicios, le ha apartado al fin de sí. El se ha abandonado á una loca ambicion y á todos los placeres criminales.

Esto es, ó Cretenses, lo que me han referido. Vosotros debeis saber si es fiel esta narracion. Mas si este hombre es tal como me le pintan, ¿para qué celebrar juegos y convocar á ellos tantos hombres desconocidos? Entre vosotros teneis uno que os conoce y á quien conoceis; que sabe el arte de la guerra; que ha hecho ver su valor no solo contra las fle-

chas y los dardos, sino tambien contra la abatida y temible pobreza: que ha sabido despreciar las riquezas que se adquieren por medio de la lisonja: que ama el trabajo, y sabe quán útil es la agricultura á un Pueblo que detesta el luxo: que no se dexa arrastrar por un amor indiscreto ácia sus hijos: que ama la virtud del uno y condena el vicio del otro: en una palabra, un hombre que es ya el Padre del Pueblo. Ved aquí quien debe ser vuestro Rey, si es que deseais hacer reinar entre vosotros las leyes del sabio *Minos*.

Al oir esto exclamó todo el Pueblo; es verdad, *Aristodemo* es tal qual nos le habeis pintado: él es el digno de reinar sobre nosotros. Hácenle llamar los Ancianos que presidian al congreso, búscasele entre la turba de la ínfima plebe, con la qual estaba confundido, y se le halla tranquilo en medio de ella. Decláranle que se le ha nombrado por Rey, él responde, que no puede consentir en serlo, sino con tres condiciones. La primera es, dice, que yo he de dexar el

mando dentro de dos años, si en todo este tiempo no consigo haceros mejores de lo que sois ahora, y resistis á mis leyes. La segunda, que he de quedar en libertad para continuar una vida frugal y sencilla. La tercera, que mis hijos no han de formar rango alguno separado, y despues de mi muerte se los ha de tratar sin distincion alguna, conforme á su mérito y como á los demas ciudadanos. *Lib. VI. pág.* 163.

ARTES

Su arreglo en un Estado. ¿Cómo se deben cultivar las Bellas Artes?

Desterró *Mentor* inmediatamente de Salento la Música mole y afeminada que corrompe á toda la juventud (*a*). Condenó

(*a*) Los Poetas han dicho todo lo contrario de la Músíca: *Emollit mores*; *nec sinit esse feros*. Dicen que la Música es un presente de los Dioses propicios el qual proporciona al hombre un recreo inocente, el medio de disipar los disgustos y mitigar la tristeza que le suele causar su humor ó el funesto recuerdo de sus males. Sin embargo, siendo como es tan cierto y palpable el gran influxo que tiene la Música sobre nuestros corazones, lo es tam-

con la misma severidad la Música bacanal la qual no embriaga ménos que el vino, y engendra costumbres impúdicas y feroces. Reduxo toda la Música á las festividades de los Templos para cantar las alabanzas de los Dioses y de los Heroes que hayan dado egemplos de las mas raras virtudes (*b*). Solo permitia que se empleasen en los Templos los grandes adornos de Arquitectura, como las colunas, los frontones y los pórticos. Dió planes de una Arquitectura graciosa y sencilla para poder hacer en moderado espacio casas alegres y cómodas para familias numerosas; que tuviesen situacion y aires saludables, con habitaciones separadas unas de otras; guardasen órden

bien que la voluptuosa y afeminada inspira la molicie y voluptuosidad, en especial á la juventud naturalmente mas propensa á los placeres.

(*b*) Estos son los límites á que quiso *Platon* reducir la Música en su República. Digan lo que quieran los enemigos de la Antigüedad, lo cierto es que la Música ha perdido mucho de su fuerza, sencillez y energía, y que á sus tonos animados y sencillos se han substituido muchos ridículos y superfluos adornos que solo sirven de hacerla mole y recargada, no quedándole acaso sino lo que tiene de peligrosa por su atractiva dulzura.

y propiedad, y se construyesen á poca costa. Queria que cada casa de consideracion tuviese un salon, un pequeño patio, en forma de peristilo, y habitaciones pequeñas para las personas libres: mas prohibió severamente la superflua multitud y magnificencia de las habitaciones. Estos diversos modelos de edificios, hechos con arreglo al número de cada familia, servian de adornar á poca costa una parte de la ciudad y hacerla regular, en vez de que la otra, ya acabada conforme al fausto y capricho de los particulares, tenia, á pesar de su magnificencia, una disposicion ménos regular, cómoda y agradable.

La Escultura y la Pintura le parecian á *Mentor* unas Artes que no se deben abandonar; mas no queria que se tolerasen en Salento muchos hombres dedicados á ellas (c). Estableció una escuela, en la qual

(c) Léjos de ser útil al Estado que muchas personas se dediquen á las Artes de mero adorno y recreo, es perjudicial á las costumbres. La Pintura, la Escultura, la Música, la Poesia (dice el Abate *S. Pierre*) prueban las riquezas presentes de una Nacion; pero no su aumento, ni la duracion de su felicidad: por el contrario, prueban el número de los

presidian Maestros de un exquisito gusto, que exâminaban á los jóvenes educados en ella. En las Artes, decia, que no son absolutamente necesarias, nada debe haber ínfimo y humilde; por tanto no se han de admitir á ellas sino jóvenes de un genio que prometa mucho y que sean capaces de caminar á la perfeccion. Los que descubran talento para las Artes ménos nobles serán empleados con mucha utilidad en las necesidades ordinarias de la República. Los Escultores y Pintores no deben emplearse sino en conservar por medio de sus obras

ociosos y el gusto por la ociosidad. No es esto decir que no trabajen esos ilustres artesanos, y no hagan obras dificiles en las quales se emplean demasiado talento y aplicacion; pero es un verdadero daño ocuparse y gastar tanto en obras tan poco útiles para la sólida felicidad del Estado. ¿Qué es al presente la Nacion Italiana, prosigue el citado Autor, en donde estas Artes se han llevado á una alta perfeccion? Sus habitantes son miserables, ociosos, vanos, poltrones, moles, afeminados, y viven ocupados en vagatelas y frivolidades. Tales han venido á ser poco á poco, por causa de la debilidad de su gobierno, los miserables sucesores de los Romanos, de aquellos hombres tan respetables y que fuéron dignos de gobernar á las demas Naciones.

la memoria de los grandes hombres y de las grandes acciones. Solo en los edificios públicos y en los Mausoleos es donde se deben colocar y conservar los monumentos ó representaciones de todo quanto se ha obrado en servicio de la Patria por un efecto de virtud extraordinaria (*d*).

Por lo demas aprobó *Mentor*, no obstante su frugalidad y moderacion, los grandes edificios destinados para la carrera de los caballos, de los carros y demas egercicios que sirven de egercitar los cuerpos y contribuyen á hacerlos mas ágiles y vigorosos. *Lib. XII. pag. 372. y sig.*

AVARICIA.

Sus funestos efectos.

Pigmaleon, atormentado por una sed insaciable de riquezas, se hace cada dia mas

(*d*) Es bien sabido que las Artes floreciéron en Atenas con toda la perfeccion y esplendor que recibiéron baxo el gobierno de *Pericles*. Este grande hombre hizo construir edificios públicos que arrebatáron la admiracion de toda la Grecia; pero jamas permitió en su casa algun adorno que la distinguiese de la de un simple particular.

miserable y odioso á su vasallos. En Tiro es un crímen tener muchos bienes. La avaricia le hace desconfiado, cruel y suspicaz; persigue á los ricos, y teme al mismo tiempo á los pobres. *Lib. III. pag. 68.*

La ambicion (*a*) y la avaricia (*b*) de los hombres son solas el orígen de su infelicidad. Los hombres quieren poseerlo todo

(*a*) Si se exâmina la naturaleza y efectos de la ambicion, se conocerá fácilmente la verdad de esta máxîma. La ambicion es inquieta y distraida; siempre está llena de proyectos quiméricos y dificiles, y va mas allá de los deseos. Ella tiene un término, pero jamas arriva á él, y éste nunca es aquel á que ha llegado, sino al que jamas podrá llegar. Así el ambicioso es siempre el hombre mas infeliz, y su situacion mas miserable que la de un esclavo. Este no tiene mas que un Señor, y el ambicioso tiene tantos quantos hombres contempla que le pueden ser útiles para lograr sus proyectos.

(*b*) El solo vicio que yo conozco, dice un Sabio, es la avaricia. Todos los demas vicios, déseles el nombre que se quiera, no son mas que como unos tonos ó grados de éste. El es el Protheo, el Mercurio, la base y el vehículo de todos los vicios. Analícese la vanidad, la fatuidad, el orgullo, la ambicion, el fraude, la hypocresía y la perfidia; descompónganse la mayor parte de nuestras virtudes sofísticas: todo se resuelve en este sutil y pernicioso elemento, *el deseo de tener.* Se le hallará hasta en el seno mismo del desinteres.

y se hacen infelices deseando lo superfluo. Si ellos quisieran vivir sencilla y frugalmente y se contentasen con satisfacer sus verdaderas necesidades, se veria por todas partes la abundancia, la alegría, la paz y la union (*c*) *Lib. V. pag. 126.*

Bancarrotas.

Medios de precaverlas en un Estado.

Queria *Mentor* que se castigasen severamente todas las bancarrotas; pues aun aquellas en que no tiene parte la mala fe no estan exêntas de temeridad. Dió asimismo los reglamentos convenientes para impedir que nunca las hubiese, y creó Magistrados á quienes debiesen dar cuenta los Comerciantes de sus efectos, ganancias, gastos y empresas. Prohibióles que jamas arriesgasen los bienes de ninguno y que

(*c*) Esta es la principal leccion que nos han dado los Poetas antiguos; y puede decirse que á este solo artículo se reduce toda la Moral de *Homero.* Así *Horacio*, que la habia penetrado bien, no tuvo reparo en colocarla sobre la de *Crisipo*, la de *Crantor* y la del severo *Zenon.*

tampoco pudiesen aventurar mas que la mitad de los suyos. Además debian hacer en compañías las empresas que no pudiesen por sí solos; la policía de estas era inviolable por el rigor de las penas que se imponian á los transgresores. *Lib. XII. pág. 365.*

Betica.

Era una parte de la España. Descripcion de este hermoso pais, y de las admirables costumbres de sus habitantes, dignas de mirarse y proponerse como un excelente modelo.

Os haré con mucho gusto, dixo *Adoam*, la pintura del famoso pais de la Bética (*a*), digno de vuestra curiosidad, y superior á todo quanto de él publíca la fama.

(*a*) La Bética era una parte de la España que comprendia las Provincias, llamadas hoy Andalucía y Granada. Estaba á la otra parte de todos los mares, segun los Antiguos, que no conocian otros que el Mediterraneo y las partes del Océano que bañan á la Europa.

El rio Betis corre por un país fértil, y baxo un cielo siempre sereno. El pais ha tomado el nombre del rio, el qual desagua en el grande Océano, muy cerca de las colunas de Hercules y del Estrecho donde el mar furioso, rompiendo sus diques, separa el Tarsis de la grande Africa (*b*). Este pais parece que ha conservado las delicias de la edad de oro (*c*). El Invierno es allí benigno, y jamas soplan los rigorosos Aquilones. El ardor del Estío es siempre templado por los frescos zéfiros, que vienen al Mediodia á dulcificar el ayre. Así todo el año es allí un perpetuo maridage entre Primavera y Otoño que parece se dan la mano. La tierra lleva cada año dos cosechas en los valles y campiñas unidas. Los caminos estan guarnecidos de

(*b*) Todo esto se entiende á la letra de España, de la qual se leen iguales descripciones en los Autores antiguos.

(*c*) La edad de oro se atribuye en la Mytologia á *Saturno*, porque en su tiempo traxo *Jano* al mundo el siglo venturoso en que la tierra, sin ser cultivada, producia toda clase de bienes. En ella reinó entónces *Astrea*, es decir, la Justicia, y todos los hombres vivian en comun y en una perfecta amistad.

jazmines, laureles, granados y otros árboles siempre verdes y floridos. Las montañas estan siempre cubiertas de rebaños, que la proveen de lanas finas, buscadas de todas las Naciones conocidas. Hay en este delicioso pais muchas minas de oro y plata; pero sus habitantes sencillos, y felices en su misma sencillez, jamas se precian de contar estos metales entre las riquezas. Solo estiman lo que verdaderamente sirve para el socorro de las necesidades naturales del hombre.

Quando empezámos á hacer el comercio con estos pueblos, hallámos empleado entre ellos el oro y la plata para los mismos usos que el hierro, como es en rexas de arados y otras herramientas de la labranza. Como no hacen comercio alguno exterior no tienen necesidad de moneda. Casi todos son allí pastores ó labradores; hay pocos artesanos, porque no permiten mas artes que las que sirven á las verdaderas necesidades de los hombres. Aunque la mayor parte de los de este pais se dedican á la agricultura, ó á guar-

dar los ganados, no por eso dexan de egercer las artes necesarias á su vida simple y frugal.

Las mugeres hilan aquellas hermosas lanas, de las quales hacen finas estofas de una maravillosa blancura. Fabrican el pan y aderezan la comida; mas les es fácil este taabajo, porque en este pais no se usan mas que frutas ó leche, y rara vez las viandas. Emplean las pieles de los ganados en ciertos ligeros calzados para ellas, para sus maridos, y para sus hijos. Hacen tiendas de unas de pieles enceradas y de cortezas de árboles. Ellas hacen y lavan todas las ropas de la familia, y mantienen sus casas en un órden y aseo admirable. Sus ropas son fáciles de hacer, porque en este benigno clima solo se lleva una pieza de tela fina, ligera y sin corte alguno, la qual se ciñe cada uno para la decencia y le da la figura que mas le place.

Los hombres no tienen otras artes en que egercitarse, fuera del cultivo de las tierras y el cuidado de los ganados, que el de trabajar la madera y el hierro, de

el qual se sirven tan solo para hacer los instrumentos de sus labores (*d*). Todas las artes pertenecientes á la arquitectura les son inútiles, porque nunca fabrican casas. Fabricar casas, dicen, que duren mucho mas que nosotros, es asirse demasiado á la tierra; basta guarecerse de la intemperie del aire. Por lo que hace á las demas artes, tan apreciadas entre los Griegos, los Egipcios y demas pueblos cultos, las detestan como inventos de la molicie y de la vanidad.

Quando se les habla de los pueblos que saben el arte de hacer soberbios edificios; muebles de oro y plata, estofas bordadas y adornadas de piedras preciosas, perfumes exquisitos, manjares delicados, é instrumentos cuyo sonido y harmonía

(*d*) No deben mirarse estas ideas como mas especiosas que sólidas; pues grandes Legisladores han hecho ver que son practicables. *Licurgo* desterró de su República no solo el oro y la plata, sino tambien todos los vicios que estos metales ocasionan. Reduxo todos los egercicios de los Lacedemonios á la Agricultura y al Arte Militar. Así *Esparta* no tenia mas baluartes ni apoyos que los brazos de sus ciudadanos.

encantan, responden en estos términos; esos pueblos son bien infelices por haber empleado tanto trabajo é industria en corromperse á sí mismos. Todo ese conjunto de superfluidades afemina, embriaga y atormenta á los que las poseen, y ponen en tentacion á los que carecen de ellas de que quieran adquirirlas por medio de la injusticia y la violencia. ¿Hay cosa alguna superflua que no sirva de hacer peores á los hombres? ¿Los de esos paises son mas sanos y robustos que nosotros? ¿Viven mas tiempo? ¿Hay entre ellos mas union? ¿Pasan una vida mas libre, tranquila y alegre? Al contrario, deben vivir zelosos unos de otros, deborados de una perversa y negra envidia; siempre agitados de la ambicion, el temor y la avaricia; incapaces de los placeres puros y sencillos, porque son esclavos de tantas necesidades falsas de las cuales hacen depender su felicidad.

Así, prosiguió *Adoam*, hablan estos hombres sabios; los cuales solo han aprendido la sabiduría estudiando la simple

Naturaleza. Horrorízanse de nuestra policía; y es de advertir, que la suya es grande en medio de su amable sencillez. Todos viven unidos, sin dividir las tierras; cada familia es gobernada por su gefe, que es su natural y verdadero Rey. El padre de familias tiene derecho para castigar á qualquiera de sus hijos que haga una mala accion; mas ántes de castigarle toma consejo del resto de la familia. Casi nunca se ven estos castigos, porque la inocencia de costumbres, la buena fe, la obediencia y el horror al vicio habitan en esta venturosa tierra. Parece que *Astrea* (*e*), la qual se dice que se retiró al Cielo, habita aun en la tierra, oculta entre estos hombres. No hay Juez alguno entre ellos, porque su propia conciencia es quien los juzga. Todos los bienes son comunes; los frutos de los árboles, las legumbres de la tierra, la leche de los rebaños son todas sus riquezas; y abundan tanto de todo que estos pueblos, sobrios y moderados, no tie-

(*e*) Es la Diosa de la justicia, ó la justicia misma.

nen necesidad de dividirlas. Cada familia, errante por este delicioso pais, transporta sus tiendas de un lugar á otro quando ha consumido los frutos y pastos del parage donde estaba situada. Así no tienen interes en sostenerse los unos contra los otros, y todos se aman con un amor fraternal é inalterable. La privacion de las vanas riquezas y de los falsos placeres es la que los conserva esta paz, esta union y libertad. Todos son allí libres é iguales. No se vé entre ellos mas distincion que la que proviene de la experiencia en los sabios ancianos, ó de la sabiduría extraordinaria en algunos jóvenes que se igualan á los viejos consumados en virtud. El fraude, la violencia, el perjuro, los litigios y las guerras jamas hacen resonar su cruel y pestífera voz en este pais amado de los Dioses. Jamas se ha teñido esta tierra con sangre humana, y aun apénas ha corrido por ella la de los corderos. Quando se habla á estos pueblos de batallas sangrientas, de rápidas conquistas y de los trastornos de los Estados que se vén en las

demas Naciones, no pueden reprimir su asombro. ¡Qué! dicen, ¿no son bastante mortales los hombres, sin darse unos á otros una muerte tan precipitada? La vida es bien corta, y parece que á ellos se les hace demasiado larga. ¿Viven acaso sobre la tierra para destrozarse unos á otros y hacerse mutuamente infelices?

Por lo que hace á los Conquistadores que subyugan los grandes Imperios no pueden comprehender estos pueblos de la Bética como se los admira tanto. ¡Qué locura, dicen, cifrar el hombre su felicidad en governar á los demas quando esto cuesta tantas fatigas, si se ha de hacer segun razon y justicia! ¿Mas cómo puede hallarse plaçer en governarlos contra su voluntad? Sujetarse á governar un pueblo dócil, que los Dioses le han encargado, ó que le ruega haga con él los oficios de padre y pastor suyo, esto es todo lo que puede hacer un hombre cuerdo: mas gobernar á los pueblos contra su voluntad, es hacerse muy miserable por lograr el falso honor de tenerlos en esclavitud.

Un Conquistador es un hombre á quien los Dioses irritados contra el género humano han enviado en su cólera á la tierra para asolar los Reynos, esparcir por todas partes el horror, la miseria, la desesperacion, y hacer otros tantos esclavos como hombres hay libres. Un hombre que busca la gloria ¿no la halla en gobernar con sabiduría lo que los Dioses han puesto en sus manos, y cree no poder merecer elogios sino siendo violento, injusto, altivo, usurpador y tirano de todos sus vecinos? Jamas se debe apelar á la guerra, sino para defender la libertad: ¡ Dichoso aquel que, no siendo esclavo de nadie, nunca ha tenido la loca ambicion de hacer á otro su esclavo! Esos grandes Conquistadores, á quienes se nos pinta con tanta gloria, se parecen á los rios caudalosos que salen de madre, los quales parecen magestuosos; pero destruyen todas las fértiles campiñas que solo debian bañar.

Despues que hizo *Adoam* esta pintura de la Bética, *Telémaco*, admirado de ella, le hizo varias preguntas curiosas. ¿ Esos

pueblos, le dixo, beben vino? No cuidan de beberlo, respondió *Adoam*, porque jamas le han querido hacer; y no porque esten faltos de viñedos, ninguna tierra los tiene mas deliciosos: sino porque se contentan solo con comer los racimos, como las demas frutas, y temen al vino como al corrompedor de los hombres. Es, dicen, una especie de bebida que causa furor: él no quita la vida al hombre; pero le embrutece. Los hombres pueden conservar su robustez y fuerza sin el vino, y con él corren peligro de arruinar su salud y perder las buenas costumbres.

Quisiera saber, añadió *Telêmaco*, á que leyes está sujeto el matrimonio en esa Nacion. Cada hombre, dixo *Adoam*, no puede tener mas que una muger, y debe conservar esta miéntras viva. El honor de los hombres depende tanto en este pais de su fidelidad para con sus mugeres, como el de las mugeres entre los otros pueblos de su fidelidad para con sus maridos. Jamas pueblo alguno ha sido tan honesto ni tan zeloso de la pureza. Las mu-

geres son hermosas y agradables; pero sencillas, modestas y laboriosas: hay en los matrimonios paz, fecundidad y una conducta irreprehensible. El marido y la muger parece que no son sino una sola persona en dos diferentes cuerpos: ellos dividen entre sí la carga de todos los cuidados domésticos. El marido arregla todos los negocios exteriores; la muger vive recogida dentro de su casa, cuidando de su buen órden: consuela á su marido y parece no ha nacido sino para agradarle; gana su confianza; le encanta ménos por su belleza que por su virtud, y este verdadero y sólido encanto de su compañía dura tanto como su vida. La sobriedad, la moderacion y las costumbres puras de este pueblo dan á sus habitantes una vida larga y exênta de enfermedades. Se ven allí viejos de cien años que conservan aun el vigor y la alegría.

Réstame saber, dixo *Telémaco*, que hacen esos pueblos para evitar la guerra con sus vecinos. La naturaleza, respondió *Adoam*, los ha separado de los otros pueblos, de

un lado por medio de la mar, y de otro por medío de altas montañas ácia el Norte. Por otra parte los pueblos vecinos los respetan á causa de su virtud. Muchas veces, no pudiendo conformarse entre sí las otras Naciones, los han hecho Jueces de sus diferencias, confiándoles las tierras y los pueblos sobre que disputaban. Como esta sabia Nacion no ha hecho jamas violencia alguna, nadie desconfia de ella. Ríense quando se les habla de los Reyes que no pueden arreglar entre sí los límites de sus Estados. ¿Puede temerse, dicen, que la tierra falte á los hombres? Siempre habrá mas de la que ellos puedan cultivar. Mientras haya tierras libres é incultas no nos empeñaremos en defender las nuestras contra la ambicion de los vecinos que quieran apoderarse de ellas (*f*). En ninguno de quantos habitantes tiene la Bética se encuentra orgullo, altanería,

(*f*) Jamas los Conquistadores tienen tentacion de ensayar sus fuerzas con una Nacion pobre, sobria y belicosa: estas son las barreras que defienden á los Cantones Suizos mucho mas que sus montañas.

mala fe, ni deseo de extender su dominacion. Así sus vecinos jamas tienen que temer nada de un pueblo semejante, ni les queda tampoco esperanza de hacerse temer de ellos; y esta es la razon porque los dexan vivir en paz. Este pueblo abandonaria su pais, ó se entregaria á la muerte primero que aceptar la servidumbre; y así es tan dificil de sugetar, como incapaz de querer sojuzgar á los demas; motivo porque hay siempre una profunda paz entre ellos y sus vecinos.

Concluyó *Adoam* su discurso refiriendo de que modo hacian el comercio los Fenicios en la Bética. Los de este pais, decia, quedáron admirados quando viéron venir sobre las aguas del mar hombres de tan lexanas tierras. Dexáronnos fundar una Ciudad en la Isla de Cádiz, y nos recibiéron con bondad, franqueándonos quanto tenian, sin exîgir de nosotros paga alguna. Además ofreciéron darnos liberalmente todo quanto les sobrase de sus lanas, despues que hubiesen hecho la provision necesaria para su uso. En efecto,

nos hicieron un rico presente de ella. Es para ellos un gran placer dar á los extrangeros lo que no necesitan.

Por lo que hace á sus minas, no tuvieron reparo alguno en franqueárnoslas, pues les eran inútiles. Tienen á los hombres por poco cuerdos en ir á buscar á costa de tantos trabajos en las entrañas de la tierra lo que ni puede hacerlos felices, ni satisfacerles alguna verdadera necesidad: No abrais tanto el seno de la tierra, nos decian, contentaos con trabajarla, y ella os dará verdaderos bienes que os alimenten: sacareis de ella frutos que valen mas que el oro y la plata, puesto que los hombres no anhelan por estos metales, sino para adquirirse por medio de ellos los alimentos que sostienen la vida.

Muchas veces hemos querido enseñarlos la navegacion, y sacar los jóvenes de su pais para llevarlos á Fenicia; pero jamas han querido que sus hijos aprendan á vivir como nosotros. Ellos, dicen, aprenderian á tener necesidad de todas las cosas que se os han hecho necesarias; querr

rian tenerlas, y abandonarian la virtud por adquirirlas con malas artes. Vendrian á ser como un hombre que, teniendo buenos pies, llega al fin á acostumbrarse á la necesidad de ser llevado como un enfermo. En quanto á la navegacion es cierto que admiran la industria de este arte, pero creen que es perniciosa. ¿Si estas gentes, dicen, tienen en su pais todo lo necesario para vivir, que van á buscar á otro? ¿No les basta lo que es suficiente para satisfacer las necesidades de la naturaleza? Tendrian merecido padecer naufragio, puesto que buscan voluntariamente la muerte en medio de las tempestades, por saciar la avaricia de los comerciantes y lisonjear las pasiones de los demas hombres.

Quedó admirado *Telémaco* al oir este discurso de *Adoam*, y se complacia de que aun existiese en el mundo un pueblo que, siguiendo la recta naturaleza, fuese tan sabio y feliz al mismo tiempo. ¡Oh, decia, quánto distan estas costumbres de las vanas y ambiciosas de los pueblos á quie-

nes se tiene por mas sabios! Vivimos tan alucinados que apénas podemos creer que esta sencillez tan natural pueda ser verdadera. Miramos las costumbres de este pueblo como una bella fábula; y él debe mirar las nuestras como un sueño monstruoso. *Lib. VIII. pág. 240 y sig.*

BONDAD.

Los hombres de bien se conocen pronto unos á otros.

Entráron tan pronto en confianza *Filocles* y *Mentor* como si toda su vida hubieran vivido juntos; aunque jamas se habian visto: y es que los Dioses, que han negado ojos á los malvados para conocer á los buenos, han dotado á estos de perspicacia para conocerse mutuamente. Los que tienen resabios de virtud no pueden estar juntos sin unirse por medio de la misma virtud que aman (*a*).

(*a*) No hay union mas excelente ni mas firme, dice Ciceron (1. *de Offic.*) que aquella con que se estrechan dos hombres semejantes en virtud; pues

Medios de establecerle y conservarle en una Nacion: causas de su decadencia.

¿En qué consiste, decia *Telémaco* á *Narbal*, que los Fenicios se hayan hecho dueños del comercio de toda la tierra, y se enriquezcan tanto á expensas de los demas pueblos? Bien lo veis, respondió aquel; la situacion de Tyro es feliz para el comercio; nuestra patria es á quien se debe la gloria de haber inventado la navegacion. Los Tyrios, si hemos de creer á lo que se refiere de ellos desde la mas remota y obscura antigüedad, fuéron los primeros que domáron las olas del mar, mucho ántes que *Typhis* y los *Argonautas* (*a*). Ellos,

nada hay mas amable, ni que inspire mas confianza é intimidad que la semejanza de las buenas costumbres; y así la amistad mas sólida y gustosa es la que se forma por la semejanza de aquellas.

(*a*) Los *Argonautas* son los héroes de la Grecia que fuéron á Colcos con *Jason* para robar el vellocino de oro. La nave en que se embarcáron fué, segun dice la Mytologia, construida por la misma *Palas*. *Typhis* fué el Piloto, y su navío se llamó *Argos*.

quiero decir, fuéron los primeros que se expusiéron en una débil embarcacion al arbitrio de las olas y de las tempestades, sondeáron los abismos del mar, hiciéron observaciones astronómicas, segun la ciencia de Egipcios y Babilonios, y en fin, los que reuniéron tantos pueblos separados por el mar. Los Tyrios son industriosos, pacientes, laboriosos, económicos y sobrios; observan una exâcta policía, y viven en una perfecta union; jamas ha habido pueblo mas constante, mas síncero, mas fiel, mas seguro, ni mas cómodo para todos los extrangeros (*b*).

Hé aquí, sin buscar otra causa, lo que da á los Tyrios el imperio del mar, y hace florecer en su puerto un comercio tan ventajoso. Si reinase entre ellos la division

(*b*) Algunos son de opinion de que quanto dice en este pasage nuestro Autor, es una pintura natural de los Holandeses; que lo que sigue es una excelente leccion con que pretende indicarles lo que deben temer y huir para no violar su excelente sistema: y que por este medio indirecto y disfrazado quiso excitar *Mr. Fenelon* la emulacion de los Franceses sus compatriotas, haciéndoles ver que todos los objetos de comercio é industria estaban por aquel tiempo abandonados en Francia.

y los zelos; si empezaran á afeminarse con la ociosidad y las delicias; si los principales de la Nacion despreciasen el trabajo y la economía (*c*): si las artes dexaran de ser

(*c*) Solo las Naciones bárbaras desprecian las artes y el trabajo, y miran ambas cosas como incompatibles con la nobleza. Nada degrada ménos al hombre que el trabajo, y quando el espíritu tiene en él tanta parte como el cuerpo ilustra y ennoblece en cierto modo al artesano. Así los nombres de los *Policletos* y los *Phidias* serán siempre honrados en la Historia. En Grecia los mas grandes Señores se dedicaban al comercio: con este motivo lograban viajar por países extrangeros, y así se formaban los grandes hombres. El mismo *Solon*, descendiente de la familia del Rey *Codro*, costeó sus viages con las ganancias del comercio que hacia; y el gran *Platon* se mantuvo en Egipto de lo que ganaba comerciando en aceites. Ya sea por fomentar el comercio y las artes, ya por adquirir mas consideracion en el pueblo, ó ya por uno y otro, se ve un gran número de Señores en Inglaterra incorporarse en las compañías de artesanos y comerciantes, y alistarse en ellas como si fueran otros tantos miembros; sin desdeñarse de hermanar la qualidad de Carpinteros, Cerrageros, &c. con la de Duques, Condes y Barones. Deberian imitar estos egemplos los Nobles y grandes Señores de todas las demas Naciones. Cada uno de ellos seria, en tal caso, un manantial de prosperidad nacional. A la verdad esta es una de sus principales obligaciones; pues dividiendo, como dividen con el Soberano el producto de las contribuciones de los pueblos, deben,

honradas en ella; si faltasen á la buena fe con los extrangeros; si alterasen en la mas mínima cosa las reglas de un comercio libre; si menospreciaran sus manufacturas; si dexaran de hacer los grandes esfuerzos que son necesarios para hacer las perfectas en su género; bien pronto veriais decaer esta Potencia que tanto admirais (*d*).

Explicadme, le decia *Telémaco*, los verdaderos medios de establecer algun dia en Itaca un comercio semejante. Haced, le respondió *Narbal*, lo mismo que aquí se hace; recibid bien y fácilmente á los extrangeros; haced porque hallen en vuestros puertos

como éste, proteger y fomentar las ciencias y artes útiles á la sociedad. Así aumentarian su fortuna, harian la de un gran número de infelices, y se grangearian el amor y consideracion en el pueblo.

(*d*) El estado actual de las Potencias de Europa ofrece á todo buen observador pruebas convincentes de esta verdad. Aquellas en donde el Gobierno hace los debidos esfuerzos para proteger las artes y el comercio, son las qne mas adelantan en estos ramos, las que gozan de mayor consideracion é influxo politico en el sistema general de las Naciones, y por consiguiente las mas poderosas y las mas felices.

seguridad, comodidad, y una libertad perfecta; y no os dexeis arrastrar de la avaricia, ni del orgullo. El verdadero modo de ganar mucho es no querer jamas ganar demasiado, y saber perder á tiempo. Haceos amar de todos los extrangeros, sufridlos alguna cosa, y temed excitar sus zelos por vuestra altanería. Sed constante en las reglas del comercio; sean estas sencillas y fáciles, y acostumbrad á vuestros pueblos á que las observen inviolablemente. Castigad severamente el fraude, y tambien la negligencia y el fausto de los Comerciantes, que arruinan el comercio arruinando á los que le hacen con ellos (*e*). Sobre todo no incomodeis jamas al Comercio por quererle sujetar á vuestra inspeccion. Es mas conveniente que el Príncipe no se mezcle en él y dege todo el provecho á sus va-

(*e*) Un gran comercio introduce el luxo; mas quando éste llega á extenderse en todo el pueblo viene á ser causa de la decadencia del mismo comercio que le ocasionó. La Política Romana quiso prevenir este inconveniente por medio de las leyes sumptuarias; pero estas fuéron por lo comun mal observadas, porque no siempre tuviéron á los *Catones* por Censores.

sallos, que son los que tienen el trabajo; de otra suerte los desanimará. Además de que sacará por otra parte bastantes ventajas de las grandes riquezas que entrarán por medio de él en sus Estados. El comercio es como ciertos manantiales que se secan si se los quiere torcer su curso. Solo el provecho y la comodidad atraerán los extrangeros á vuestros Estados: si les haceis el comercio ménos cómodo y útil, se retirarán insensiblemente y no volverán mas; porque otros pueblos, aprovechándose de vuestra imprudencia, los atraerán á sí y acostumbrarán á no echaros de ménos. *Lib. III. pág. 78. y sig.*

El comercio gozaba en Salento de una entera libertad. Léjos de agoviarle con impuestos, se ofrecian recompensas á todos los Comerciantes que lograsen atraer á aquella Capital el comercio de qualquier Nacion. Así se vió muy pronto venir Comerciantes en tropas. El comercio de esta Ciudad éra semejante al fluxo y refluxo del mar, y entraban en ella los tesoros del mismo modo que se ven venir unas sobre otras las

olas de aquel. Todo entraba en ella y salia libremente. Quanto entraba era útil, y quanto salia dexaba en su lugar otras riquezas. La severa justicia presidia en el puerto en medio de tantas Naciones. La franqueza, la buena fe y el candor parecia que llamaban desde lo alto de sus soberbias torres á los Comerciantes de los paises mas remotos. Cada uno de ellos, ya viniese de las riberas de Oriente, donde todos los dias sale el Sol del seno de las ondas, ya de aquella parte del basto Océano, á donde, cansado de su carrera, va á apagar sus ardientes rayos; vivia pacífica y seguramente en Salento como si fuese en su patria (*f*). *Lib. XII. pag.* 365.

(*f*) No pueden darse en ménos palabras máximas y preceptos mas importantes y adaptables para el arreglo, seguridad y prosperidad del comercio en un Estado, que las que dá nuestro Autor en este pasage. Algunos pretenden que quanto dice aquí de la Ciudad de Salento debe entenderse de *Amsterdam*, digna de servir de modelo á las demas Ciudades comerciantes, por la libertad y franqueza de su comercio.

¿ *De qué sirven?*

Compadezco á los desgraciados, decia *Telémaco* á *Mentor*, desde que yo lo soy, y siento que mi corázon se interesa por este infeliz sin saber por qué. El me ha recibido groseramente; apénas se ha dignado escucharme y responderme, y sin embargo no puedo dexar de desear vivamente el fin de sus males.

He aquí, le respondió *Mentor* sonriéndose, de lo que sirven los contratiempos de la vida; ellos hacen á los Príncipes magnánimos, moderados y sensibles á las penas de los demas (*a*). Quando no han gustado mas que la dulce copa de las prosperidades creen ser otros tantos Dioses; quieren que las montañas se aplanen para contentarlos; tienen en nada á los demas hom-

(*a*) Jamas las prosperidades han formado ni formarán muchos grandes hombres. Para esto son necesarios los trabajos y contratiempos, pues dan al hombre lecciones y desengaños muy provechosos é importantes. Mas es necesario tener buena fe y convenir consigo mismo en órden á sus propios defectos.

bres, y quieren gozar de la naturaleza entera. Oyen hablar de trabajos, y no saben lo que son; tiénenlos por un sueño, porque jamas han visto la distancia que hay del bien al mal. Solo el infortunio puede darles humanidad, y mudar su corazon de peña en corazon humano. Entónces es quando conocen que son hombres, y deben sufrir á los demas que son sus semejantes. Si un desgraciado os causa tanta compasion porque anda, como vos, errante por esta ribera, ¿quánta mas debereis tener del pueblo de Itaca, quando llegueis á verle padecer algun dia? Este pueblo, que los Dioses os habrán confiado, como se fia un rebaño de ovejas á un pastor, será acaso desgraciado por vuestra ambicion, por vuestro fausto, por vuestro capricho, ó por vuestra imprudencia; porque los pueblos no padecen por lo comun sino por las faltas de los Reyes (*b*), quienes debe-

(*b*) Las faltas de los hombres de suprema autoridad, dice *Gracian*, son tan notables como los eclipses en los grandes astros. La mas mínima falta en aquellos suele ser muy perjudicial. Esto consiste en el grande influxo que tienen sobre la felicidad y des-

rian velar incesantemente para evitar el que sean? *Lib. XXIV. pág. 335.*

COSTUMBRES DE LOS PARTICULARES.

El Gobierno debe velar sobre ellas con la mayor atencion y dulzura, para hacer feliz al Estado, y serlo el Soberano tambien.

Es necesario, decia *Mentor* al Rey *Idomeneo*, que haya Magistrados que velen sobre las familias y las costumbres de los particulares (a). Velad vos mismo, pues que no sois Rey, es decir, pastor del pueblo, sino para velar dia y noche sobre vuestro rebaño. De este modo precavereis un gran número de crímenes y desórdenes. Los que no podais prevenir, castigadlos luego severamente. Es una verdadera clemencia dar inmediatamente al pú-

gracia de los demas hombres; pues todas sus acciones tienen relacion con el público á quien gobiernan.

(a) Tales eran en Lacedemonia los *Gerontes*; en Atenas los *Areopágitas*, y los *Censores* en Roma. El Gobierno se ocupaba mas en precaver el crímen que en castigarle.

blico egemplos que contengan los progresos de la iniquidad. Con un poco de sangre derramada á tiempo se ahorra muchísima, y este es el modo de hacerse temer, sin usar de rigor ¡Mas quán detestable es aquella máxîma de no creer hallar seguridad sino en la opresion de los pueblos; no procurar que se instruyan; no conducirlos á la virtud; no hacerse jamas amar de ellos; sepultarlos en la desesperacion, por medio del terror; ponerlos en la cruel necesidad ó de no poder jamas respirar libremente, ó de sacudir el yugo de vuestra tiránica dominacion! ¿Es este el modo de reinar sin inquietud? ¿Es este el camino que guia á la gloria?

Acordaos de que en los paises donde la dominacion soberana es mas absoluta, es donde los Soberanos son ménos poderosos. Ellos se apoderan de todo, lo arruinan todo, poseen solos todo el Estado; las campiñas quedan valdías y casi desiertas; las Ciudades se despueblan diariamente, y el comercio decae. El Rey, que no lo puede ser solo, y no es grande sino por sus

pueblos, se arruina poco á poco á sí mismo, con el insensible aniquilamiento de estos, que es de donde saca sus riquezas. Su Estado queda sin dinero y sin hombres. Esta última pérdida es la mas grande y la mas irreparable; su poder absoluto hace de sus súbditos otros tantos esclavos: se le lisongea y aparenta adorarle; todos tiemblan á la menor de sus miradas: mas temed la menor revolucion. Este monstruoso poder, llebado hasta un exceso demasiado violento, no puede durar. No tiene apoyo alguno en los corazones de los pueblos; él ha cansado é irritado á todos los cuerpos del Estado, y pone á todos sus miembros en la precision de suspirar por una mudanza. Al primer golpe que se le dé cae el ídolo, se estrella, y es hollado de todos. El desprecio, el odio, el temor, el resentimiento, la desconfianza, en una palabra, todas las pasiones se reunen contra una autoridad que ha llegado á hacerse tan odiosa. El Rey, que en su vana prosperidad no halló un solo hombre que tuviese valor para decirle la verdad, no encontrará

en su desgracia quien se digne excusarle, ni defenderle de sus enemigos. *Lib. XII. pág.* 387.

Creta.

Pintura de esta Isla; leyes y costumbres de sus habitantes, dignas de ser imitadas.

Díxonos *Mentor* que habia estado en otra ocasion en Creta, y nos explicó quanto allí habia observado. Todo quanto veais mas maravilloso en esta Isla es fruto de las leyes de su Rey *Minos*, el mas sabio de todos los Reyes. La educacion que hace dar á los jóvenes forma sus cuerpos sanos y robustos. Desde el principio se los acostumbra á una vida sencilla, frugal y laboriosa. Convencido de que todo deleite afemina el cuerpo y enerva el espíritu, no se les propone jamas otro placer que el de ser invencibles por medio de la virtud y adquirir mucha gloria (*a*). No se hace allí

(*a*) Es alimentar las pasiones de los jóvenes darles por recompensa lo que se les debe enseñar á despreciar. Todo quanto los Lacedemonios concedian á los

consistir el valor precisamente en despreciar la muerte en los peligros de la guerra; sino tambien en hollar las grandes riquezas y los placeres vergonzosos. En esta Isla se castigan tres vicios, impunes en los otros pueblos; estos son; la ingratitud, el disimulo y la avaricia.

Por lo que hace al fausto y la molicie no hay necesidad de reprimirlos, porque son desconocidos en Creta. Allí todos trabajan y no piensan mas que en enriquecerse. Cada uno se cree bien recompensado de su trabajo pasando una vida dulce y arreglada, en la qual se goza en paz y abundancia de todo quanto es verdaderamente necesario á la vida. No se toleran allí muebles preciosos, vestidos magníficos, festines voluptuosos, ni dorados palacios. Los vestidos son de lana fina y de un bello color; pero lisos y sin bordado alguno. Las

jóvenes que se distinguian en los juegos y egercicios públicos se reducia á la preferencia sobre aquellos á quienes se habian aventajado. De este modo se les inspiraba desde su tierna edad aquella noble y generosa ambicion que es la criadora de las almas grandes.

comidas son sobrias; se bebe poco vino, y el pan es el manjar principal, juntamente con los frutos que ofrecen como por sí mismos los árboles, y la leche de las ovejas. Quando mas se come un poco de carne sin mucho condimento, cuidando de reservar el mejor ganado de los grandes rebaños y los mejores bueyes para hacer florecer la agricultura. Las casas son regulares, cómodas, alegres; pero sin adornos. No se ignora en Creta la soberbia arquitectura; mas solo se reserva para los Templos de los Dioses; y no osarian los hombres tener edificios semejantes á los de los inmortales. Los grandes bienes de los Cretenses son la salud, la fuerza, el valor, la paz, la union de las familias, la libertad de todos los ciudadanos, la abundancia de las cosas necesarias, el desprecio de las superfluas (*b*), el

(*b*) Estos son los verdaderos bienes y los que solo son capaces de hacer felices á los hombres y á las Sociedades; porque son los qué satisfacen completamente las necesidades reales de la naturaleza, que es hasta donde el hombre debe estender sus deseos, y en lo que debe cifrar su felicidad. Los demas no son bienes verdaderos y absolutos; sino solo relativos: si es que se puede dar el nombre de bienes á

hábito al trabajo, el horror á la ociosidad, la sumision á las leyes y el temor de los justos Dioses *Lib. V. pág. 126. y sig.*

DISTINCION.

La de vestidos, muebles y edificios es muy útil en una Monarquía, para precaver las ruinosas consequencias del luxo.

Visitó *Mentor* todos los almacenes, las tiendas de los Mercaderes, los talleres de los Artesanos y las plazas públicas. Prohibió todas las mercaderías extrangeras que podian introducir el luxo y la molicie. Arregló los vestidos, las comidas, los muebles y la extension y adorno de las casas, segun las diferentes clases y condiciones (*a*). Desterró todos los adornos de oro,

ciertos placeres y necesidades facticias que solo sirven de refinar y exâltar los deseos del hombre, y de hacerle por lo mismo mas indigente y mas infeliz, quando se ve privado de ellos.

(*a*) No debe mirarse este cuidado como indigno de la inspeccion y magestad de las leyes. Las de *Licurgo* prescribian hasta las viandas de que debian alimentarse los Lacedemonios, y aun arreglaban la cantidad de los platos. De otro modo jamas se con-

y plata, y le díxo á *Idomeneo*: yo solo conozco un medio para hacer á vuestro pueblo feliz y moderado en sus gastos; este es que le deis vos mismo el egemplo. Preciso es que tengais cierta magestad en vuestro exterior; mas vuestra autoridad será bien señalada y distinguida por vuestras guardias y por los principales oficiales que os acompañen. Contentaos con traer un vestido de lana muy fina de color de púrpura. Vístanse los principales de vuestros Estados de la misma tela; y toda la diferencia entre su vestido y el vuestro consista en el color y en un ligero bordado de oro que pondreis en el borde del vuestro. Los diferentes colores servirán para distinguir las diferentes clases, sin necesidad de oro, plata, ni bordados. Las personas de la primera clase despues de vos se vestirán de blanco con una franja de oro en la orilla del vestido; llebarán en el dedo un anillo de oro, y al cuello una medalla del

seguirá desterrar con reglamentos generales el luxo y la molicie de un Estado. Es preciso descender á las clases particulares y arreglar sus gastos.

mismo metal con vuestro retrato. Los de la segunda se vestirán de azul; llebarán una franja de plata, con el anillo; pero no la medalla. Los de la tercera clase vestirán de verde, sin franja en el vestido y sin anillo; pero con medalla. Los de la quarta de un color de aurora. Los de la quinta de un color encarnado algo pálido ó de color de rosa. Los de la sexta de un gris de lino. Los de la séptima, que serán los últimos del pueblo, de un color mezclado de roxo y blanco.

He aquí los vestidos de las siete clases diferentes en que puede dividirse el Estado. De este modo, sin necesidad de gastos, se distinguirá cada uno segun su condicion, y se desterrarán de Salento las artes que solo sirven para mantener el fausto. Todos los artesanos que esten empleados en estas artes perniciosas servirán á las necesarias, que son pocas en número, y tambien al Comercio y á la Agricultura. No se permitirá jamas alteracion alguna ni en la calidad de las estofas, ni en el corte de los vestidos; pues es cosa indigna que hombres destinados á una vida seria y noble se diviertan en

inventar trages afectados, ó permitan que sus mugeres, en quienes parecerian ménos vergonzosos estos entretenimientos, den jamas en este exceso (*b*). *Lib. XII. pág. 360. y sig.*

Educacion de la juventud.

Modo de velar sobre ella.

Las dos principales cosas que exâminó *Mentor* fuéron la educacion de los jó-

(*b*) Esta es una juiciosa crítica del perjudicial abuso de las modas, tan introducidas en toda Europa. Es á la verdad una cosa bien vergonzosa para el hombre seguir tan ciegamente esta imperiosa ley que, además de ser ruinosa, supone en quien la adopta un talento tan miserable y frívolo como las mismas modas; una inconstancia pueril; ningun juicio, ni circunspeccion, y un cerebro vacio de solidez, que está en un continuo vertigo, como el de un demente ó el de un niño. Adoptado que sea un trage cómodo, sencillo, elegante, análogo á la naturaleza de cada uno de los dos sexôs y al clima del pais, ¿ para qué variarle á cada paso sin mas objeto ni placer que el de una insulsa ridícula y dispendiosa variedad? Este es uno de aquellos abusos qne al contemplarle el hombre sensato no puede menos de reirse de la vaciedad y extravagancia de sus semejantes, y exclamar con el Satírico *Persio*:

¡Oh quantum est in rebus innane!

venes (*a*) y el modo de vivir en tiempo de paz. Por lo que hace á los jóvenes, decia, pertenecen ménos á sus padres, que á la República; ellos son los hijos del pueblo, su fuerza y esperanza, y no se debe aguardar á corregirlos quando ya estén corrompidos. No basta excluirlos de los empleos, si se hacen indignos de ellos; vale mas prevenir el mal, que tenerle que castigar. El Soberano, que es el padre de todo su pueblo, lo es aun mas particularmente de toda la juventud que es la flor de la Nacion. En la flor es quando deben prepararse los frutos. No debe pues el Soberano desdeñarse de velar y hacer que se vele sobre la educacion que se dé á los jóvenes (*b*). Manténgase firme en ha-

(*a*) A la educacion, dice *Xenofonte*, se deben las buenas costumbres; y puede ser tal su influxo que sean por demas las leyes en lo sucesivo.

(*b*) La educacion de los jóvenes no era arbitraria en Lacedemonia. Estaba encargada á ciertos Magistrados, los quales se creian muy honrados con el testimonio de confianza que les daba la República, encargándoles el cuidado de lo mas precioso de ella. Los hijos del Rey no estaban exéntos de los egercicios á que estaban sugetos los demas jóvenes. Así

cer observar las leyes de *Minos*, que mandan se los eduque en el desprecio del dolor y de la muerte; que se los enseñe á cifrar el honor en el desprecio y la fuga de los deleites y riquezas; que la mentira, la ingratitud y la molicie sean tenidas por vicios infames; que se los enseñe, desde su mas tierna edad, á cantar himnos en honor de los héroes que han sido amados de los Dioses, hecho acciones generosas por su patria, y ostentado su valor en los combates; que se los acostumbre á la Música, pues ésta hará sus almas sensibles, dulcificará y purificará sus costumbres (*c*); que se los habitue á ser tier-

el valor y la probidad eran unas virtudes comunes entre los Lacedemonios.

(*c*) Tal es el influxo de la Música sobre nuestros sentidos que puede inspirarnos y en efecto nos inspira toda clase de pasiones y sentimientos. Lo que nos refiere sobre este punto la Historia antigua y las experiencias que cada hombre sensible tiene por sí solo, nos dispensa de alegar prueba alguna de esta verdad, pues seria superflua. Perdonemos, dice un hombre grande, á los insensatos que hablan contra la Música, ellos son ménos enemigos de la Sociedad, conjurados para destruir el consuelo y las delicias mas espirituales, que unos infelices á quienes la naturaleza ha negado sus órganos. Un hombre, dice

nos con sus amigos; fieles con sus aliados; equitativos con los demas hombres, y aun con sus mas crueles enemigos; y que teman ménos la muerte y los tormentos, que el menor remordimiento de sus conciencias. Si se imbuye felizmente á los jóvenes en estas grandes máxîmas, y se las inspira en sus corazones, por medio de la dulzura del canto, muy pocos habrá que no se inflamen en amor de la gloria y la virtud.

Añadió *Mentor* que era muy necesario establecer escuelas públicas, para acostumbrar á la juventud á los mas rudos egercicios del cuerpo, y evitar la molicie y la ociosidad que corrompen el natural mas bueno. Queria que hubiese una gran va-

Plutarco, que hubiese aprendido desde su infancia la verdadera Música, tal como debe enseñarse á la juventud, no puede dexar de tener un gusto amante de lo bueno, y por consiguiente enemigo de lo malo, aun en las cosas que no pertenecen á este arte. Jamas se deshonrará con una bageza: será útil á su patria, y observará una arreglada conducta en la vida privada. No habrá accion ó palabra alguna suya que no sea mesurada, y tenga en todas las circunstancias de tiempos y lugares el carácter de la decencia, de la moderacion y del órden.

riedad de juegos (*d*) y expectáculos que animasen á todo el pueblo; pero que sobre todo egercitasen los cuerpos, y los hiciesen ágiles, mas adiestrados y vigorosos; añadiendo premios á los que mas sobresaliesen en ellos, para excitar de este modo la emulacion. Pero sobre todo lo que mas deseaba, en obsequio de las buenas costumbres, era que los jóvenes se casasen pronto, y que sus padres, sin mira alguna de interes, los dexasen elegir mugeres graciosas de cuerpo y espíritu, con quienes pudiesen unirse gustosamente (*e*). *Lib. XIV. pág. 55 y sig.*

(*d*) Este era el fruto que la Grecia sacaba de sus fiestas: ellas estaban consagradas á ciertos egercicios que hacian á los hombres ágiles y vigorosos. Los himnos que se cantaban en ellas, eran en loor de los que habian vencido á los bárbaros. La Política habia hecho de un culto supersticioso una especie de escuela militar. ¡Qué modo tan fácil y poderoso de excitar la noble emulacion, exâltar las almas de los jóvenes, é inspirarles las mas heroycas y mas útiles virtudes sociales?

(*e*) A la verdad este es el único medio de conservar la pureza de costumbres en una Nacion. El no casarse los jóvenes á debido tiempo, ó no casarse jamas, por falta de medios para sostener un matrimonio, ó por un efecto de disipacion y libertinage, es la

ENFERMEDADES.

Reflexîones sobre sus causas, y lo que las puede curar y precaver.

Apénas veia un enfermo el virtuoso y sabio *Nosophugo*, conocia en sus ojos, en el color de su rostro, en la conformacion de su cuerpo, y en su respiracion la causa de la enfermedad que padecia. Unas veces suministraba remedios que hiciesen sudar, y manifestaba por el efecto de los sudoríficos como la transpiracion facilita ó dis-

causa de la perversion de los Estados; de tantas prostituciones escandalosas, dispendiosas y perjudiciales á la salud; de tantos adulterios cuyas conseqüencias son á veces las mas funestas; de tantos desórdenes en las familias, del abandono en ellas, y finalmente de la despoblacion. Es una verdad incontestable; que toda Nacion en que no haya medios para poder contraerse fácilmente matrimonios y sostenerlos, no puede prosperar jamas; nunca tendrá virtudes, y siempre estará llena de vicios. Mas si es tan conveniente que se faciliten los matrimonios, no lo es ménos el que se contraigan por gusto y eleccion; no por miras particulares de intereses ú otros respetos. En este caso léjos de ser útiles, son los mas perjudiciales á las buenas costumbres, y un semillero de discordias y desgracias las mas terribles y funestas, como acredita á cada paso la experiencia.

minuye, desconcierta ó restablece toda la máquina del cuerpo. Otras veces administraba para las enfermedades que provenian de languidez, ciertas bebidas que fortificaban poco á poco las partes nobles, y rejovenecian á los hombres, dulcificando su sangre: mas aseguraba; que era falta de virtud y valor el que los hombres tuviesen freqüentemente necesidad de la Medicina (*a*). Es una afrenta, decia, para los hombres tener tantas enfermedades, pues las buenas costumbres son salutíferas. Su intemperancia, añadia, es la que convierte en mortales venenos los alimentos destinados á conservar la vida. Los placeres tomados sin moderacion abrevian mas los dias del hombre, que se los pueden prolongar los remedios. Los pobres faltos de sustento enferman con ménos freqüencia que los ricos alimentándose mucho. Los alimentos que alagan demasiado al gusto, y hacen comer mas de lo necesario, em-

(*a*) Por la Historia vemos que la Medicina debe mucho al desarreglo de las costumbres. Ella es ignorada en los pueblos que no conocen el luxo.

ponzoñan en vez de alimentar. Los remedios son por sí mismos verdaderos males que arruinan la naturaleza, y de los quales no se debe hacer uso sino en las circunstancias urgentes. El gran remedio, siempre inocente y de un sabio uso, es la sobriedad y templanza en todos los placeres (*b*); la tranquilidad del espíritu y el exercicio del cuerpo (*c*). De este modo se cria una sangre dulce y templada, y se disipan todos los humores superfluos. Así el sabio *Ncsophugo* era ménos admirable por sus remedios, que por el régimen que aconsejaba guardar para

(*b*) Un placer continuado ya no es placer. Es siempre necesaria la moderacion en todos los placeres. Si es muy glorioso privarse enteramente de todos ellos, acaso no es poco loable saberlos usar con moderacion.

(*c*) Es tal el mutuo influxo y accion del espíritu y el cuerpo, que no puede alterarse ó irritarse el uno, sin que el otro padezca igual alteracion, y así puede decirse; que enferman ambos mutuamente. Por tanto debe precaverse toda agitacion violenta en uno y otro; pues esta es contraria á la conservacion de la máquina: el movimiento moderado la conserva en una saludable energía.

prevenir los males, y hacer que fuesen inútiles los remedios. *Lib. XVII. pág. 132.*

FELICIDAD DEL ESTADO.

¿En qué consiste?

¿Ha sucedido alguna calamidad en Salento, preguntó *Telémaco* á *Mentor?* ¿En qué consiste que ya no se vé aquella magnificencia que, ántes de yo partir, brillaba por todas partes? Ya no veo oro ni plata, ni piedras preciosas. Los vestidos son sencillos; los edificios que en el dia se fabrican son ménos vastos y adornados. Las artes desfallecen; y la capital ha venido á quedar hecha una soledad.

¿Habeis reparado, respondió *Mentor* sonriéndose, el estado en que se halla la campiña por los contornos de la Ciudad? Si por cierto, dixo *Telémaco*; por todas partes he visto honrada la agricultura y cultivados los campos. ¿Y quál vale mas, añadió *Mentor*, una Ciudad soberbia, adornada de mármoles, de oro y de plata, con unos campos estériles y abandonados; ó

unos campos cultivados y fértiles, con una Ciudad mediana y modesta en sus costumbres? Una gran capital, muy poblada de artesanos ocupados en afeminar las costumbres, por medio de las delicias de la vida, quando está rodeada de un Reyno pobre y mal cultivado, es parecida á un monstruo cuya cabeza es extremadamente gruesa, y el resto del cuerpo extenuado, falto de alimento, y que por tanto no tiene proporcion alguna con aquella. La poblacion y la abundancia de alimentos son los que forman la verdadera fuerza y riqueza de un Reyno. *Ydomeneo* tiene al presente un pueblo inmenso é infatigable en el trabajo, que puebla toda la extension de su pais, y todo él viene á ser una sola Ciudad, de la qual es el centro esta capital. Hemos transferido de la Ciudad á la campaña los hombres que faltaban en esta y sobraban en aquella. Además de esto hemos atraido á este pais muchos pueblos extrangeros: quanto mas se multiplican estos, tanto mas aumentan con su trabajo los frutos de la tierra. Esta dulce y

pacífica multiplicacion acrecienta mas un Reyno que una gran conquista. No se ha desechado de esta capital sino las artes superfluas que distraen á los pobres de la cultura de la tierra, con que socorrer las verdaderas necesidades, y corrompen á los ricos, sumergiéndolos en el fausto y la molicie. Mas no por esto se ha perjudicado en modo alguno á las Bellas Artes, ni á los profesores que tienen un verdadero genio para ellas. Así *Ydomeneo* es mucho mas poderoso que quando admirabais su magnificencia. Ese falso brillo encubria una debilidad y una miseria que bien pronto habrian arruinado su Imperio. Los Ciudadanos, acostumbrados al trabajo, á la fatiga y al menosprecio de la vida, por amor de las buenas leyes, estan siempre prontos á combatir por defender las tierras cultivadas por sus propias manos (*a*). Bien pronto

(*a*) Ningun Estado debe ser mas bien defendido de sus habitantes en qualquier evento, que aquel en que las propiedades estan generalmente mas bien distribuidas entre ellos. En tal caso todos tienen un verdadero é igual interes por sus hogares, ó por decirlo de una vez, entónces es quando pueden y deben tener un verdadero patriotismo, y un ardiente

este Estado que creeis decaido, será la maravilla de la Hesperia.

Tened presente, ó *Telêmaco*, que hay dos cosas perniciosas en el gobierno de los pueblos, á las quales nunca se pone remedio. La primera es una autoridad injusta, y demasiado violenta en los Reyes. La segunda el luxo, que corrompe las costumbres. Quando los Reyes se acostumbran á no reconocer mas leyes que su absoluta voluntad, y no tratan de poner freno á sus pasiones, ellos lo pueden todo; mas á fuerza de poderlo arruinan el fundamento de su poder. No tienen máxîmas ni reglas ciertas de gobierno; cada ciudadano en particular los adula á competencia, y en este caso ya no tienen pueblos, solo tienen esclavos, cuyo número se disminuye cada dia. ¿Quién les dirá la verdad? ¿Quién pondrá diques al torrente? Todo

amor á las leyes que protegen aquellas, y sus derechos personales. Esto es, á mi ver, la causa del patriotismo que, aunque odioso y abusivo en gran parte, distinguió tanto á los Romanos entre todos los pueblos, y las que, si bien se calculan, les diéron el imperio del mundo.

cede: los hombres prudentes é instruidos huyen, se ocultan y gimen. Solo una revolucion violenta y repentina puede reducir á su curso natural este poder que ha salido de madre: mas por lo comun el golpe mismo que le podria moderar, es el que le abate hasta el extremo de no poder volver á levantarse. Nada amenaza tanto una funesta caida como una autoridad llevada al exceso. Ella se parece á un arco demasiado tirante, que se rompe de un golpe sino se le afloxa. *Lib. XXII. pág. 274. y sig.*

Fidelidad.

Quánto se la debe respetar, y mantener inviolable en los tratados y promesas.

Vosotros habeis jurado, decia *Telémaco* á los Reyes Griegos aliados contra *Adrasto*, por las cosas mas sagradas que dexareis á Venusa en depósito á los Lucanios; debeis pues mantenerla. Para excusaros decis; que la guarnicion está corrom-

pida por el dinero de *Adrasto*; créolo como vosotros: mas ella está aun á sueldo de estos; no ha rehusado obedecerlos; guarda, al ménos en apariencia, la neutralidad; *Adrasto* ni los suyos no han entrado jamas en Venusa; el tratado subsiste; vuestro juramento le tienen presente los Dioses; debeis pues mantenerle inviolable. ¿Dareis lugar á que se diga que tantos Reyes, coligados para castigar los engaños del impio *Adrasto*, son engañosos como él? Si nosotros nos tomamos la facultad de obrar como *Adrasto*, ya él no es tan culpable, y no tenemos derecho para castigarle. Qué! ¿la Hesperia entera, sostenida por tantas Colonias Griegas y por tantos héroes venidos del sitio de Troya, no tiene otras armas contra la perfidia y los perjurios de *Adrasto* que la perfidia y el perjurio? ¿Se habrá de repeler el fraude con el fraude (*a*)? ¿Solo se han de

(*a*) En una guerra abierta jamas ha sido mirada la inteligencia como una contravencion al Derecho de Gentes: mas los aliados no podian servirse de ella en esta ocasion, sin contravenir á la fé de los tratados; y asi las razones de *Telémaco* fuéron vic-

guardar las palabras dadas quando no falten pretextos plausibles para violarlas? ¿No hemos de ser fieles y religiosos en nuestros juramentos, sino quando nada se gane en violar la fé? Ya que no os mueva el amor de la virtud y el temor de los Dioses, muévaos, al ménos, vuestro interes y vuestra reputacion. Si dais á los hombres este pernicioso egemplo de faltar á vuestra palabra y violar vuestro juramento por terminar una guerra, ¿quántas guerras no os suscitareis con una conducta tan impia? ¿Qué vecino habrá que no lo tema todo de vosotros, y os deteste? ¿Quién en adelante podrá fiarse de vosotros en las mas urgentes necesidades? ¿Qué garantía podreis dar quando querais ser sinceros, y os importe convencer á vuestros vecinos de vuestra sinceridad? ¿Será un tratado solemne? Vosotros le habeis hollado con vuestros pies. ¿Será un juramento? Eh!

toriosas. Quien se declara enemigo de la fé pública, parece que se declara enemigo del género humano; y nadie debe fiarse de él, sino quando se logre, por medio de la fuerza, reducirle á estado de que no pueda faltar á su palabra.

¿quién se ha de fiar de él, sabiendo que teneis en nada á los Dioses, quando os prometeis sacar alguna ventaja del perjurio? Así que, la paz no tendrá por vuestra parte mas seguridad que la guerra. Todo quanto venga de vosotros será recibido como una guerra fingida ó declarada. Sereis mirados como perpetuos enemigos de los que tengan la desgracia de ser vuestros vecinos. Todos los negocios que exîgen reputacion, probidad y confianza, serán para vosotros imposibles, y os halláréis destituidos de arbitrios para hacer creer lo que prometeis.

Aun hay, añadió *Telémaco*, un interes mas urgente que debe moveros á ser fieles, si es que os resta algun sentimiento de probidad, y mirais por vuestros intereses sucesivos; este es: que una conducta tan engañosa ataca lo mas íntimo de vuestra liga, y la va á arruinar. Vuestro perjurio va á hacer triunfar á *Adrasto*. ¿Por qué como podreis fiaros unos de otros, si una vez rompeis el único vínculo de la sociedad y confianza, que es la buena

fe? Despues que hayais sentado por máxîma; que se pueden violar las reglas de la probidad y fidelidad por un grande interes, ¿quién de vosotros podrá fiarse uno de otro, quando pueda hallársele en faltar á la palabra y engañar? ¿Qué haréis en tal caso? ¿Quién de vosotros será el que no procure prevenir con sus artificios los de su vecino? ¿Qué viene á ser una liga de tantos pueblos, quando estos convienen entre sí por medio de una deliberacion comun, en que es permitido sorprender á su vecino, y violar la fé dada? ¿Quál no será vuestra mutua desconfianza, vuestra division y vuestro ardor por destruiros unos á otros? No tendrá *Adrasto* necesidad de atacaros; bastante os destrozareis vosotros mismos; vosotros justificareis sus perfidias. ¡O Reyes sabios y magnánimos que governais con tanta experiencia á innumerables pueblos! si os veis reducidos á los mas dolorosos extremos en que precipita á veces á los hombres la guerra, preciso es que os preserveis por medio de vuestra

vigilancia y los esfuerzos de vuestra virtud; pues el verdadero valor jamas se dexa abatir: mas si llegais á quebrantar una vez la barrera del honor y de la buena fe, esta pérdida es irreparable. En tal caso ya no podreis volver á adquirir la confianza necesaria para el buen éxîto de vuestras negociaciones importantes, ni reducir á los demas hombres á los principios de la virtud, despues que con vuestro egemplo los hayais enseñado á despreciarlos. ¿Qué es lo que temeis? ¿No teneis bastante valor para vencer, sin usar del engaño? ¿No os basta vuestra virtud unida á la fuerza de tantos pueblos? Combatamos, muramos, si es necesario, ántes que vencer por medios tan indignos. *Adrasto*, el impio *Adrasto*, está en nuestras manos, siempre que tengamos horror de imitar su perfidia y mala fe. *Lib. XX. pág. 207. y. sig.*

GENERALES DE EGERCITO.

Cuál debe ser su conducta para con los subalternos.

Llegado que fué el dia del combate, *Telémaco*, previniendo con su vigilancia la de los mas viejos Capitanes, puso en movimiento las tropas y todos los oficiales. Pónese en marcha, y todos le siguen. Su accion nada tenia de impetuosa ni precipitada. Era dulce, tranquilo, paciente, siempre pronto para escuchar á los demas, y aprovecharse de sus consejos; pero activo, cauto y atento á las mas remotas necesidades; disponia todas las cosas á propósito, sin embarazarse ni embarazar por nada á los demas. Sabia excusar las faltas, complacer á los descontentos, prevenir las dificultades, no exîgiendo jamas demasiado de persona alguna, é inspirando á todos libertad y confianza. Si daba una órden, era en los términos mas claros y sencillos, repitiéndosela para mejor inteligencia á quien debia egecutarla: observaba

en sus ojos si la habia entendido bien, y despues le hacia explicar familiarmente comó habia comprehendido sus palabras y el principal objeto de su empresa. Despues que quedaba asegurado de la buena inteligencia de aquel á quien enviaba y de haberle enterado completamente de sus intenciones, le despachaba, dándole ántes, para animarle, una muestra de su estimacion y confianza. Así quantos comisionaba iban llenos de ardor por agradarle y desempeñar bien su empresa, sin incomodarlos el temor de que les imputaria el mal éxîto, porque sabia excusar todas las faltas que no provenian de mala voluntad (*a*). *Lib. XX. pág.* 221.

(*a*) ¿Qué se debe pensar de la bárbara costumbre de los Otomanos, quienes suelen castigar con pena de muerte el levantamiento de un sitio, ó la pérdida de una batalla? ¿Esperan formar Generales intrépidos inspirándoles miedo y terror?

En qué consiste el supremo, y su punto esencial.

La habilidad de un Soberano que gobierna á los demas hombres, (decia *Mentor á Telémaco*) no consiste en hacerlo todo por sí mismo. Es una vanidad grosera pretenderlo, ó querer persuadir al mundo que es capaz de hacerlo todo. Un Soberano debe gobernar eligiendo y dirigiendo á los que gobiernan baxo su inspeccion. No es necesario que se ocupe en el por menor de los negocios; porque esto es egercer las funciones de los que deben trabajar baxo sus órdenes. Solo debe hacerse dar cuenta y saber lo bastante para tomarla con discernimiento. Es gobernar maravillosamente saber elegir y aplicar, segun sus talentos, á las personas que hayan de ayudarle en el gobierno. El supremo y perfecto consiste en gobernar á los que gobiernan. Se los debe observar, experimentar, moderar, corregir, animar, elevar, humillar, mudar de destinos y te-

ner siempre á la mano. Querer exâminarlo todo por sí mismo, es desconfianza, es pequeñez, es tener zelos por unas menudencias que consumen el tiempo y la libertad de espíritu que se requieren para las grandes cosas. Para formar grandes designios, es preciso tener el espíritu libre y tranquilo; es necesario pensar con desahogo en la discusion de todas las deliberaciones de negocios arduos. Un espíritu agoviado con el pormenor de los negocios es como la hez del vino, que no tiene fuerza ni delicadeza. Los que gobiernan de esta suerte estan siempre limitados por lo presente, sin poder extender sus miras á un distante porvenir. Ocúpalos siempre el asunto del dia que pasa, y como solo de él estan poseidos, los llama demasiado la atencion y los confunde el espíritu para los demas; porque no se puede juzgar sanamente de los negocios, sino quando se los compara todos juntos y coloca por órden, para darles cierto encadenamiento y proporcion. Faltar á esta regla en la ciencia del gobierno, es parecerse á un Músi-

co que se contenta con hallar los tonos armoniosos, y no trabaja en unirlos y acordarlos, para componer una música dulce y patética. Es tambien asemejarse á un Arquitecto, que cree haberlo hecho todo juntando grandes colunas y muchas piedras bien labradas, sin pensar en el órden y proporcion de los adornos de su edificio. Al tiempo que está haciendo un salon, no prevee que tendrá que hacer una escalera proporcionada; y quando trabaja en el cuerpo del edificio, no piensa en el pórtico ni en el atrio. Su obra no es mas que una mescolanza confusa de partes magníficas que no corresponden las unas con las otras. Esta obra, léjos de hacerle honor, es un monumento que eternizará su descrédito; porque al instante se echará de ver que su autor no supo meditar con bastante extension, ni concebir á un tiempo el designio general y particular de toda su obra, y que su espíritu era de un carácter limitado y subalterno. El que ha nacido con un genio limitado á las menudencias, no es á propósito sino para obrar baxo la direc-

cion de otro. No lo dudeis, mi amado *Telémaco*, el gobierno de un Estado exîge cierta armonía como la Música, y justas proporciones como la Arquitectura.

Si quereis que continue sirviéndome de la comparacion con las artes, os haré conocer, como los que gobiernan mezclándose en el por menor de los negocios son unos hombres medianos. El que en un concierto no canta sino ciertas cosas, aunque las cante perfectamente, no es mas que un cantor. El que dirige todo el concierto y arregla á un mismo tiempo todas sus partes, este solo es el maestro compositor de la música. Del mismo modo el que labra las colunas, ó levanta un ángulo del edificio; no es mas que un albañil: mas el que traza todo el plan del edificio y regla en su mente todas las proporciones, este solo es el arquitecto. Así los que trabajan en dar curso á los negocios y mas trabajan en ellos, son los que ménos gobiernan, pues son como los obreros subalternos. El verdadero genio que gobierna el Estado es aquel que, no haciendo na-

da, hace que todo se haga; que piensa, inventa, penetra lo porvenir, retrocede á lo pasado, que arregla, proporciona y prepara desde léjos; que se fortalece continuamente para luchar contra la fortuna, como un navegante contra el torrente de las aguas, y vela dia y noche por no aventurar nada.

¿Creeis, ó *Telêmaco*, que un gran Pintor trabaja incesantemente desde la mañana hasta la tarde, por acabar mas pronto sus obras? No; este trabajo servil extinguiria el fuego de su imaginacion, y no trabajaria de ingenio. Es preciso que lo haga todo irregularmente y á golpes, segun le mueve su gusto y excita su espíritu. ¿Creeis que pasa el tiempo en moler los colores y preparar los pinceles? Tampoco; esta es la ocupacion de sus discípulos. El solo se reserva el trabajo de pensar; solo cuida de dar aquellas pinceladas ingeniosas y oportunas que dan la nobleza, la vida y las pasiones á sus figuras: tiene en su cabeza los pensamientos y sentimientos de los héroes á quienes

quiere representar, y se transporta á los siglos y á las circunstancias en que viviéron. A esta especie de entusiasmo es necesario acompañe cierta prudencia que le modere, para que todo sea verdadero, correcto y proporcionado uno con otro. ¿Creeis *Telémaco*, que es necesario ménos elevacion de genio, y ménos esfuerzo de alma para ser un gran Rey, que para ser un gran Pintor? Concluyamos, pues; que la ocupacion de un Rey debe ser pensar, formar grandes proyectos, y elegir sugetos aptos que los egecuten baxo su direccion.

Paréceme, respondió *Telémaco*, que comprehendo quanto me decis: mas si las cosas llevasen este giro, un Rey se veria engañado á cada paso, no estando por sí mismo en el pormenor de los negocios. Vos mismo sois quien os engañais, replicó *Mentor*. El conocimiento general del gobierno es el que impide qué sea engañado. Las personas faltas de principios para el manejo de los negocios, y de un verdadero discernimiento de los espíritus, ca-

minan siempre como á tientas, y es una casualidad quando no se engañan. No saben precisamente lo que buscan, ni adonde se deben dirigir; solo saben desconfiar, y desconfian mas bien de los hombres de bien que los contradicen, que de los aduladores que los lisongean. Al contrario los que saben gobernar por principios, y se reconocen hombres; saben lo que deben buscar en ellos, y los medios que deben emplear para el efecto. Conocen, al ménos en grande, si las personas de quienes se valen son instrumentos propios para sus designios, y si adoptan sus miras para llegar al fin que ellos se proponen. Como por otra parte no se mezclan en lo engorroso de los pormenores, tienen un espíritu mas libre para divisar de una sola mirada lo grande de una obra, y observar si se encamina al fin principal. Si es que son engañados, por lo ménos no lo son en lo esencial. Por otra parte, ellos son superiores á los humildes zelos que denotan un espíritu limitado y un alma baxa. Conocen que no se puede evitar enteramente

el ser engañados en los grandes negocios (a), porque es preciso valerse de hombres, y estos estan, por lo regular, sugetos á engaños. Mas se pierde en la irresolucion, á la qual conduce la desconfianza, que se perderia en dexarse engañar algun tanto. Se debe reprimir severamente el engaño quando llega á ser descubierto; mas es preciso contar con alguno, sino se quiere ser verdaderamente engañado. Un artesano en su oficina lo vé todo por sus propios ojos, y todo lo hace con sus propias manos; mas un Rey en un grande Estado no puede verlo ni hacerlo todo. El no debe hacer sino las cosas que ningun otro puede hacer por él, y no ha de ver sino lo que entra en la decision de las cosas importantes (b). *Lib. XXII. pág. 281 y sig.*

(a) El mas grande de todos los abusos, es querer reformarlos todos. Hay males necesario los cuales se toleran en un sabio gobierno, y solo deben reformarse insensiblemente. Lo contrario es aplicar un remedio peor que el mismo mal.

(b) Hé aquí una de las grandes é importantes lecciones con que Mr. Fenelon instruia á su alum-

Estoi convencido, dixo *Telémaco*, de que el punto esencial del gobierno consiste en discernir bien los diferentes caracteres de espíritus, para hacer eleccion de ellos y aplicarlos segun sus talentos; pero réstame saber, ¿cómo se puede conocer á los hombres? Es preciso, le respondió *Mentor*, estudiarlos para conocerlos; y para esto es necesario verlos y tratarlos (c). Los Reyes deben conversar con sus súbditos, hacerlos hablar, consultarlos, experimentarlos en los pequeños empleos, ha-

no, destinado á ocupar algun dia el trono de su abuelo el gran Luis XIV. Sus lecciones no tenian otro objeto que el de formar un buen Rey y un padre de sus súbditos. ¡Soberanos de los pueblos! ¿deseais sinceramente aprender el arte de gobernarlos, de hacerlos felices y serlo vosotros mismos? Someteos á la direccion de tan gran Maestro. Aun vive y vivirá eternamente en sus máximas. Estudiadlas de corazon; ellas solas bastan para haceros sabios.

(c) ¿Qué se debe juzgar de aquellos Príncipes Orientales quienes, para hacerse respetables, se aprisionan en cierto modo dentro de sus Palacios, de los quales no salen sino para recibir una especie de adoracion? Sin duda quieren mas ser ídolos que Reyes de sus pueblos. ¡Qué fatuidad, qué bárbaro orgullo!

ciéndolos dar cuenta de su administracion, para ver si son capaces de mayores funciones. ¿Cómo habeis aprendido en Itaca, mi amado *Telémaco*, á conocer los caballos? A fuerza de verlos, de notar sus defectos y perfecciones con personas experimentadas; pues del mismo modo, hablad freqüentemente de las malas y buenas qualidades de los hombres con otros hombres sabios y virtuosos que hayan estudiado por espacio de mucho tiempo su carácter. Así aprenderéis insensiblemente como se han formado, y lo que puede esperarse de ellos. ¿Qué es lo que os ha hecho conocer los buenos y los malos Poetas? La freqüente lectura de estos, y la reflexîon con gentes que tienen gusto en la Poesía. ¿Qué es lo que os ha proporcionado el discernimiento en la Música? La misma aplicacion á observar los buenos Músicos. ¿Cómo se puede esperar gobernar bien á los hombres sino se los conoce? ¿Y cómo se los conocerá sino se vive y trata con ellos? No es vivir y tratar con ellos, dexarse ver en público, donde de una y

otra parte no se dicen sino cosas indiferentes y preparadas con arte; se trata de verlos, y escucharlos en particular, de fondear su corazon y probarlos por todos los medios, para descubrir sus máxîmas. Para juzgar bien de los hombres, es necesario empezar por saber que es lo que deben ser, y conocer en que consiste el sólido y verdadero mérito, para distinguir á los que le tienen de los que no le poseen. Se habla incesantemente de mérito y de virtud, sin saber precisamente que es mêrito y que es virtud; no son sino bellos nombres y términos vagos para la mayor parte de los hombres que hacen alarde de hablar de mérito y de virtud á cada paso. Es preciso tener principios ciertos de justicia, de razon y de virtud, para conocer á los hombres sensatos y virtuosos. Se deben saber las máxîmas de un sabio y buen gobierno para conocer á los hombres que las tienen, y á los que se alexan de ellas por una falsa sutileza. En una palabra; así como para medir muchos cuerpos, es preciso tener una medida fixa; así para juzgar

bien es necesario tener principios ciertos y constantes á los quales se reduzcan nuestros juicios. Es necesario saber exâctamente cual es el objeto de la vida humana, y que fin se debe proponer el Rey en el gobierno de los hombres. El objeto único y esencial es no querer jamas la autoridad y la grandeza para sí; pues este anhelo ambicioso solo aspira á satisfacer un orgullo tiránico: es preciso sacrificarse á las infinitas fatigas del gobierno para hacer á los hombres buenos y felices (*d*). Lo contrario es andar siempre á tientas y á la ventura; al modo que un navio en alta mar que no lleva Piloto que observe los astros y conozca las costas vecinas, va siempre expuesto al naufragio. Muchas veces los Príncipes, por ignorar en que consiste la verdadera virtud, no saben que deben buscar en los hombres: tiene esta para ellos cierta aspereza, y les parece demasiado austera é independiente; los asusta, los exâspera, y se acogen

(*d*) El Pastor no es mas que para sus rebaños, el Maestro para sus discípulos, dice *Platon*, y de aquí infiere este gran Filósofo; que el Rey debe ser todo de sus pueblos.

á la adulacion. Desde este instante ya no pueden hallar sinceridad ni virtud, y corren tras un vano fantasma de falsa gloria que los hace indignos de la verdadera: acostúmbranse con facilidad á creer que no hay verdadera virtud sobre la tierra; porque solo los buenos conocen bien á los malos, mas estos no conocen á los buenos, y así no aciertan á persuadirse que los haya. Semejantes Príncipes no saben mas que desconfiar igualmente de todo el mundo; se ocultan, se encierran, tienen zelos de las mas mínimas cosas, temen á los hombres, y se hacen temer de ellos. Huyen de la luz, y no se franquean á nadie. Mas aunque no quieren ser conocidos, no por eso dexan de serlo; porque la maligna curiosidad de sus subditos todo lo penetra y adivina, y ellos á nadie logran conocer. Las personas interesadas que los cercan se alegran de verlos inaccesibles. Un Rey inaccesible á los hombres, lo es tambien á la verdad. Impónenle con relaciones siniestras y calumniosas, y apartan de su vista quanto puede abrirle

los ojos. Así pasan la vida entre una grandeza salvage y feroz en la qual, temiendo siempre ser engañados, lo son siempre inevitablemente y merecen serlo. No tratando sino con un corto número de gentes, es inevitable recibir todas sus pasiones y preocupaciones. Aun los mismos hombres de bien tienen sus defectos y falsas prevenciones. Además de esto, tienen que vivir atenidos á los noveleros, gente baxa y maligna que se alimenta de veneno; que emponzoña las cosas inocentes, y abulta las pequeñas; que inventa el mal, por no dexar de hacer daño, y se alegra por su interes, de la desconfianza é indigna curiosidad de un Príncipe débil y suspicaz.

Conoced pues, ó amado *Telemaco*, conoced á los hombres; exâminadlos; haced que os hablen todos; experimentadlos poco á poco; no os entregueis á ninguno; aprovechaos de vuestras experiencias quando hayais sido engañado en vuestros juicios; porque en efecto sereis engañado algunas veces. Los malvados son demasiado profundos para no sorprehender á los

buenos con sus asechanzas; por tanto aprended á no juzgar ligeramente bien ni mal de nadie: Vuestros errores pasados os instruirán con mucha utilidad. En hallando talento y virtud en un hombre, servíos de él con confianza; porque los hombres de bien quieren que se conozca su rectitud, y aman mas la estimacion y la confianza que los tesoros. Pero no los lisongeeis dándoles un poder ilimitado; tal, que ha sido siempre virtuoso, llega á no serlo porque su dueño le dió demasiada autoridad y muchas riquezas. El que es tan amado de los Dioses que logra la dicha de hallar en todo un Reyno dos ó tres verdaderos amigos, de una sabiduría y bondad constante, fácilmente hallara, por medio de estos, otras personas semejantes que ocupen los empleos inferiores. Por medio de los buenos, á quienes se confia el Soberano, conoce en los demas súbditos lo que no puede discernir por sí solo.

¿Pero es necesario, preguntó *Telémaco*, servirse de los malvados quando son hábiles, como lo he oido decir en otra

ocasion? A veces, respondió *Mentor*, hai necesidad de servirse de ellos. En una nacion agitada y en desórden se hallan á cada paso personas injustas y artificiosas que estan autorizadas y tienen empleos importantes que no se les puede quitar; ellos se han adquirido la confianza de ciertas personas poderosas, con quienes es preciso contemporizar, y por consiguiente es necesario contemporizar con los mismos malvados, porque son temibles y pueden trastornarlo todo. Es, pues, preciso servirse de ellos algun tiempo; pero sin perder de vista el irles inutilizando poco á poco. Guardaos de tener con ellos una verdadera é intima confianza, porque pueden abusar de ella y dominaros, á pesar vuestro, por vuestro mismo secreto; cadena mas dificil de romper que todas las de hierro. Servios de ellos solo para negociaciones pasageras; tratadlos bien; empeñadlos á que os sean fieles por sus mismas pasiones; pues de otra suerte no lograreis tenerlos adictos; mas no les deis parte en vuestras mas secretas deliberaciones. Tened siempre un

resorte secreto para manejarlos á vuestro arbitrio, y no les deis jamas la llave de vuestro corazon, ni de vuestros negocios. Quando vuestro Estado se halle pacificado y arreglado, y empiece á ser gobernado por hombres rectos y sabios que merezcan vuestra confianza, poco á poco se iran haciendo inútiles los malvados, de quienes os hayais visto en precision de serviros (*e*). Mas aun en este caso no por eso se debe dexar de tratarlos bien; porque nunca es lícito ser ingrato aun con los malvados; por el contrario se debe procurar hacerlos buenos por medio del buen trato. Es necesario tolerar en ellos ciertos defectos que se perdonan á la humanidad. Sin embargo es preciso irles quitando poco á poco la autoridad y reprimir los males que harian abiertamente si se los dexase obrar. Sobre todo es un mal que el bien se haga por los malvados; y aunque este mal sea muchas ve-

(*e*) Esta es una de las mayores ventajas de la paz; afirma al Príncipe sobre su trono, y le pone en estado de usar libremente de su cetro. Mas en las guerras civiles, dice *Homero*, los honores son para los malvados.

ces inevitable, es necesario procurar hacerle cesar poco á poco. Un Príncipe sabio, que desee el buen órden y la justicia, llegará con el tiempo á conseguir pasarse sin hombres corrompidos y lisongeros; él hallará bastantes hombres de bien y bastantes personas hábiles que le ayuden en el gobierno de su Estado.

Mas no basta hallar buenos súbditos en una Nacion, es necesario formar otros nuevos. Esto deberá ser muy trabajoso, replicó *Telémaco*. Nada ménos que eso, respondió *Mentor*. Vuestra misma aplicacion á buscar hombres hábiles y virtuosos para elevarlos á los empleos, excitará y animará á quantos tengan talento y valor; y cada uno hará por su parte los mayores esfuerzos. ¿Quántos hombres hay abatidos en una obscura ociosidad, que llegarian á ser grandes hombres, si la emulacion y la esperanza de ser atendidos los animasen al trabajo? ¿Quántos hay á quienes la miseria y el no poder elevarse por medio de la virtud ponen en la tentacion de medrar por medio del crímen? Si adju-

dicais, pues, las recompensas y los honores al genio y á la virtud ¡ quántos súbditos se formarán ellos por sí solos! ¡ Y quántos formareis vos mismo, haciéndolos ascender de grado en grado desde los últimos empleos hasta los primeros! Así egercitareis sus talentos, y experimentareis la extension y sinceridad de su virtud. Los que asciendan á los puestos superiores se habrán formado á vuestra vista en los inferiores; los habreis seguido toda vuestra vida de grado en grado, y juzgareis de ellos no por sus palabras, sino por toda la serie de sus acciones (*f*). *Lib. XXIV, pág. 324. y sig.*

(*g*) Este órden tan sencillo é importante, que recomienda nuestro Autor, se puede decir que es el seminario de los hombres útiles en un Estado, y el medio mas natural de formarlos y ménos costoso para el Gobierno. Sin embargo, esta regla, que en general debe ser inviolable, no carece de excepcion en algunos casos. Hay ciertos hombres de un talento y virtud singular á quienes no se debe hacer pasar por esta escala; sino que se los debe colocar de repente en los puestos mas importantes. Lo contrario seria degradarlos y abatirlos, en vez de elevarlos y premiarlos debidamente. Las almas grandes siempre deben ser privilegiadas; y al merito sobre-

Paralelo entre un Rey pacífico y un Rey guerrero. Reflexîones sobre esta plaga del género humano y sus funestas conseqüencias. Quándo y cómo se debe hacer la guerra. Consejos para un Príncipe ó un General que va á la guerra.

Un Rey que no sabe gobernar sino en la paz ó en la guerra, y no es capaz de dirigir á su pueblo en estos dos estados, no es mas que Rey á medias. Mas si comparais á un Rey que no sabe mas que hacer la guerra, con otro sabio que, sin saber la guerra, es capaz de sostenerla en una urgencia por medio de sus Generales, yo hallo á este preferible al primero. Un Rey enteramente dedicado á la guerra, querria hacerla siempre para extender su dominacion y su propia gloria; mas arruinaria su pueblo. ¿De qué le sirve á una Nacion que su Rey subjugue á otras, si sus habitantes

galiente no se le ha de recompensar con premios ordinarios.

son infelices? Además de esto las largas guerras traen tras de sí muchos desórdenes; y aun los mismos pueblos vencedores se desarreglan durante este tiempo de confusion. Ved lo que ha costado á la Grecia haber triunfado de Troya: ella ha estado privada de sus Reyes por espacio de mas de diez años. Quando todo arde en guerra decaen las Leyes, la Agricultura y las Artes. Aun los mejores Príncipes, miéntras tienen que sostener las guerras, se ven precisados á hacer el mas grande de todos los males, que es tolerar la licenciosidad y servirse de los malvados. ¿Quántos perversos hay á quienes se castigaria en tiempo de paz, y es necesario recompensar su audacia en tiempo de guerra? Jamas un pueblo ha tenido un Rey conquistador, sin que haya sufrido mucho por causa de su ambicion. Un Conquistador, embriagado del amor de la gloria, arruina casi tanto á su nacion victoriosa, como á las naciones vencidas. Un Príncipe, que no tiene las qualidades necesarias para la paz, no puede hacer gustar á sus súbditos los frutos

de una guerra felizmente acabada. Es como un hombre que defendiese su campo contra su vecino, y usurpase el de éste; pero que no supiese cultivar ni sembrar para lograr una buena cosecha. Semejante hombre mas parece nacido para destruir, asolar y arruinar al mundo, que para hacer feliz á su pueblo por medio de un sabio gobierno.

Pero vengamos al Rey pacífico. El, es verdad, que no es á proposito para grandes conquistas; es decir, no ha nacido para turbar el reposo de su pueblo, queriendo vencer á otros que la justicia no ha sometido á su mando: mas, si es verdaderamente propio para gobernar en paz, tiene todas las qualidades necesarias para mantener á su pueblo en seguridad contra sus enemigos. Ved de qué modo. El es justo, moderado y bien avenido con sus vecinos; jamas emprende contra ellos cosa que pueda turbar la paz; es fiel en sus alianzas; ámanle sus aliados, no le temen, y hacen de él una entera confianza. Si hay algun vecino inquieto, altanero y ambicioso que quiera levan-

tarse contra él, todos los Reyes vecinos, que temen á aquel y no tienen zelos del Rey pacífico, se unen á éste para impedir que sea oprimido. Su providad, su buena fe y su moderacion le hacen árbitro de todos los Estados que rodean el suyo. Al paso que el Rey emprendedor es odioso á todos los demas, y vive siempre expuesto á sus ligas; este buen Rey tiene la gloria de ser como el padre y tutor de los demas Reyes. He aquí las ventajas que goza fuera de su Reyno. Las que goza dentro de él son todavía mas sólidas. Como que el apto para gobernar en paz, supongo que gobierna por medio de las mas sabias leyes. El destierra el fausto, la molicie y todas las artes que solo sirven para lisongear los vicios; hace florecer las que son útiles á las verdaderas necesidades de la vida; sobre todo aplica sus súbditos á la Agricultura, por cuyo medio abundan todas las cosas necesarias. Este pueblo laborioso, sencillo en sus costumbres, enseñado á vivir con poco, y que sabe ganar fácilmente la vida, cultivando

sus tierras, se multiplica hasta el infinito. He aquí en este Reyno un pueblo inumerable; pero sano, vigoroso, robusto; que no está afeminado con los deleites; que practica la virtud; que no vive acostumbrado á las dulzuras de una vida mole y deliciosa; que sabe despreciar la muerte; que querrá mas morir, que perder esta libertad que disfruta baxo el gobierno de un Rey sabio, cuyo conato es reinar solamente para hacer reinar á la razon. ¿Invade á este pueblo un vecino conquistador? Acaso le hallará poco acostumbrado á las campañas, á formarse en batalla, ó á disponer las máquinas para sitiar una Ciudad; mas le encontrará invencible por su multitud, por su valor, por su paciencia en las fatigas, por su hábito á sufrir la pobreza, por su vigor en los combates, y por su virtud que las mismas adversidades no podrán abatir. Si por otra parte no es su Rey bastante experimentado para mandar por sí mismo sus egercitos, él hará que los manden personas capaces de quienes sabrá servirse sin perder la autoridad. Sus va-

sallos querrán mas morir, que pasar á la dominacion de otro Rey injusto y violento. Los mismos Dioses combatirán por él. Ved qué recursos no tendrá en medio de los mayores peligros. Concluyò, pues; que el Rey pacífico que ignora el arte de la guerra es un Rey muy imperfecto, pues que no sabe desempeñar una de sus mas grandes funciones, qual es la de vencer á sus enemigos: pero añado; que es sin embargo infinitamente superior á un Rey conquistador, falto de las qualidades necesarias para la paz, y que solo es propio para la guerra. *Lib. V. pág.* 148. *y sig.*

Los males de la guerra son mas horribles de lo que se piensa. La guerra aniquila un Estado, y le expone á cada paso al riesgo de perecer, aun quando se consigan las mas grandes victorias. Con qualesquiera ventajas que se la empiece jamas hay la seguridad de acabarla, sin exponerse á los mas trágicos reveses de la fortuna. Sea qual fuere la superioridad de fuerzas con que se entre en un combate, el menor descuido, un terror pánico, un nada os arran-

ca la victoria que teniais ya en vuestras manos, y la transfiere al enemigo. Aun quando un Rey tuviese en su tiempo como encadenada la victoria, se destruiria á sí mismo destruyendo á sus enemigos. El pais se despuebla, las tierras quedan casi incultas; se interrumpe el comercio, y lo que es mucho peor, se debilitan las mejores leyes, y se dexan corromper las costumbres. La juventud no se dedica ya mas á las lètras. La urgente necesidad hace que se tolere una licencia perniciosa en las tropas. La justicia, la policía, todo, todo se resiente del desórden que ocasiona la guerra. Un Rey que derrama la sangre de tantos hombres, y ocasiona tantas desgracias por adquirir un poco de gloria ó por estender los límites de su Reyno, es indigno de la gloria que busca, y merece perder lo que posee por haber querido usurpar lo que no le pertenece. *Lib. XIV. pág.* 57.

¡Ay! ¿Qué ciego furor arrebata á los míseros mortales? ¡Su vida es de tan corta duracion sobre la tierra; sus dias tan miserables! ¿Por qué, pues, acelerar una muer-

te que está por sí tan cercana? ¿Para qué añadir tan horribles desolaciones á la amargura con que los Dioses han llenado una vida tan cortá ¿? Los hombres son todos hermanos, y se despedazan unos á otros? Las bestias feroces son ménos crueles que ellos. Los leones no hacen la guerra á los leones, ni los tigres á los tigres; ellos no acometen sino á los animales de especie diferente. Solo el hombre con su razon hace lo que los animales, sin razon, no harian jamas. ¿Y para qué las guerras? ¿No hay bastante tierra en el universo para dar á todos los hombres mas de la que pueden cultivar? ¿Quántas tierras hay desiertas que jamas podrá poblar el género humano? ¿Y qué? ¡una falsa gloria, un vano título de conquistador que un Príncipe pretenda adquirir ha de encender la guerra en paises inmensos! ¿Un solo hombre ha de sacrificar brutalmente tantos miles de hombres á su vanidad ó á su ambicion! ¿Será preciso que todo perezca, que todo nade en sangre, que todo sea deborado por las llamas, y que lo que se liberta del hier-

ro y el fuego no pueda evadirse del hambre, mas cruel aun, porque un solo hombre, que se burla de toda la naturaleza humana, hallé en esta destruccion general su placer y su gloria? ¡Qué gloria tan monstruosa! ¿Se podrá jamas aborrecer y despreciar demasiado á unos hombres que de tal suerte se han olvidado de la humanidad?

No, no; léjos de ser estos unos Vice-Dioses sobre la tierra, no son ni aun siquiera hombres; ellos deben ser mirados con execracion en todos los siglos, aun en aquellos en que creen ser admirados. ¡Oh! ¡que los Reyes deben mirarse mucho en las guerras que emprenden! Ellas deben ser justas; y aun no es esto bastante, deben ser necesarias para el bien público. La sangre del pueblo no se debe derramar sino para salvarle en las extremas necesidades. Mas los consejos de los aduladores, las falsas ideas de gloria, los vanos zelos, la injusta avidez, que sabe colorearse con justos pretextos, en fin, los empeños insensibles meten casi siempre á los Reyes en unas guerras que los hacen infelices á

ellos y á sus Estados; en las que todo lo aventuran sin necesidad, y hacen tanto daño á sus vasallos, como á sus enemigos. *Lib. XVII. pág.* 128.

¡Mal hayan los impios que buscan una gloria cruel en la sangre de sus hermanos que es su propia sangre! Verdad es que la guerra es á veces necesaria (*b*); mas es deshonrroso para el género humano el que sea inevitable en ciertas ocasiones. ¡Oh Reyes! jamas digais que se la debe desear por adquirir gloria: la verdadera no se encuentra fuera de la humanidad. El que prefiere su propia gloria á los sentimientos de la humanidad, es un monstruo de orgullo, no un hombre. El solo arribará á una falsa gloria, porque la verdadera no se halla sino en la moderacion y en la bondad. Podrán adularle por contemplar su loca vanidad: mas siempre se dirá de él en secreto quando se quiera hablar sinceramente; él ha merecido tanto ménos la gloria, quanto que

(*b*) Es virtud en un Príncipe hacer la guerra quando la necesidad lo exige; pero es un vicio el mas funesto y abominable no amar ni respirar sino guerra.

la ha deseado con una pasion injusta. Los hombres no deben estimarle, puesto que él los ha estimado tan poco que ha prodigado su sangre por una vanidad brutal. Dichoso el Rey que ama á su pueblo y es amado de él; que confia en sus vecinos y merece su confianza; que léjos de hacerles la guerra, impide que la haya entre ellos; y hace envidiar á todas las Naciones extrangeras la dicha que logran sus vasallos en tenerle por Rey. *Lib. XI. pag.* 333.

Id á la guerra, decia *Mentor* á *Telémaco*, poneos en medio de los mas grandes peligros, siempre que sea necesario y os halleis en ellos. Mas se deshonra un Príncipe con huir de los peligros en los combates, que con no ir jamas á la guerra. El que manda á otros no debe darles el menor motivo de dudar de su valor (*c*). Si es nece-

(*c*) Es dificil que un Príncipe ó un General puedan tener qualidades bastante brillantes para suplir ó subsanar la falta de valor. La antigüedad no nos presenta alguno mas que el de *Augusto*, y será siempre una especie de paradoxa en la Historia, que un Príncipe que no pudo arrostrar la vista de un egército, supiese no obstante subyugar la Nacion mas belicosa y mas zelosa de su libertad.

sario á un pueblo conservar su Gefe ó su Rey, aun lo es mas que no tenga una opinion dudosa acerca del valor de éste. Tened presente que aquel que manda debe ser el modelo de los demas, y que su egemplo debe animar á todo el egército. No temais, ó *Telémaco*, peligro alguno y morid en el combate ántes que dar motivo de dudar de vuestro valor. Los aduladores, que serán los que manifiesten mas cuidado para impedir que os expongais á los peligros en las ocasiones necesarias, serán los primeros á decir en secreto, que sois un cobarde, si os hallan fácil en conteneros. Pero al mismo tiempo no busqueis los peligros sin necesidad.

Guardaos bien, hijo mio, de buscar la gloria con impaciencia. El verdadero modo de hallarla es aguardar tranquilamente la ocasion favorable. La virtud se hace tanto mas respetable, quanto mas sencilla se muestra, mas modesta y enemiga de todo fausto. A medida que se aumenta la necesidad de exponerse al peligro, es necesario que se aumente siempre la pru-

dencia, la prevision, y el valor. Por lo demas tened presente que no conviene acarrearse la envidia de nadie. En quanto á vos, no tengais jamas zelos del buen éxîto de los demas en sus empresas (*d*). Alabadles todo quanto merezca ser elogiado; pero alabad con discrecion, diciendo con gusto lo que hayan egecutado bien; ocultad lo malo y no penseis en ello, sino para sentirlo. Nunca decidais ántes que los viejos Capitanes que tienen toda la experiencia que vos no podeis tener; escuchadlos con deferencia, consultadlos, rogad á los mas hábiles que os instruyan, y no tengais á ménos atribuir á sus instrucciones todo lo mejor que hagais.

En fin, no deis jamas oidos á los que quieran excitar en vuestro corazon la desconfianza ó los zelos contra los demas Gefes. Habladlos con confianza é ingenui-

(*d*) Nada hay tan noble en las Historias escritas por los heroes de la antigüedad como la sinceridad con que hablan no solo de sus enemigos, sino de los que dividiéron con ellos el mando de los egércitos. Jamas un grande hombre fabrica su reputacion sobre las ruinas de otro.

dad. Si llegais á entender que os han faltado en algo, abridles vuestro corazon y explicadles todas vuestras razones. Si son capaces de sentir la nobleza de esta conducta, os ganareis su afecto y sacareis de ellos todo el partido que pensabais sacar. Si, por el contrario, fuesen tan poco sensatos que no adopten vuestros sentimientos, procurad conocer por vos mismo lo que hay en ellos de injusto y lo que es preciso sufrirlos; tomareis vuestras medidas, para no valeros mas de ellos miéntras dure la guerra, y así nada tendreis que reprocharos. Mas sobre todo jamas reveleis á ciertos aduladores cismáticos é intrigantes los motivos de quejas que creais tener contra los Gefes del egército en que os halleis. *Lib. XII. pág. 351. y sig.*

HABITOS.

Los malos duran largo tiempo.

Los malos hábitos hacen á los hombres cometer muchas faltas que son unas

funestas conseqüencias de las antiguas. Quieren evitar el mal, y éste parece que los persigue. Conservan por mucho tiempo malas mañas, un natural débil, errores inveterados, y ciertas preocupaciones casi incurables (*a*). ¡Dichosos los que jamas se han preocupado! Ellos pueden hacer el bien mas perfectamente. *Lib. XXII. pág.* 281.

(*a*) Hay ciertas almas inocentes que se hacen criminales por el hábito que tienen de cometer el crímen sin conocerle, y quando llega el tiempo de desengañarse ya la costumbre y el temperamento pueden mas que ellos. Tal es la fuerza de la preocupacion que aun despues de conocida con evidéncia no osa el hombre por mucho tiempo obrar contra ella, y si lo hace es con gran temor y desconfianza; porque el hábito llega á engendrar en él una especie de necesidad, y como una segunda naturaleza. Por esto se debe tener el mayor cuidado de que los niños no adquieran en su educacion preocupaciones y malos hábitos, por fútiles que estos se contemplen. Reprehendiendo *Platon* á un jóven una ligera falta, tú me reprehendes, le dixo éste, por bien poca cosa. Un mal hábito, respondió el Filósofo, no es poca cosa.

HOMBRES.

Su vida es brevísima, y está expuesta á innumerables miserias.

Los hombres pasan como las flores que se abren por la mañana, y á la tarde se marchitan y son holladas con los pies. Las generaciones de los hombres pasan como las ondas de la rápida corriente de un rio. Nada puede detener al tiempo que se lleba tras sí todo lo que parece mas inmóvil y estable. Tú mismo, hijo mio, tú mismo, que al presente gozas de una juventud tan viva y fecunda en placeres, acuérdate de que esta bella edad no es mas que una flor que se marchitará tan pronto como se abre. Veráste mudar insensiblemente; las gracias risueñas, los dulces placeres que te acompañan, la fuerza, la robustez, la alegría, todo se desvanecerá, como un sueño lisongero, y no te quedará de todo sino una triste memoria. La vegez desfallecida, imbecil y enemiga de los placeres, arrugará tu rostro, encorbará tu cuerpo, extenuará tus

miembros, y desecará en tu corazon el manantial de la alegría; te hará disgustar de lo presente, temer lo por venir, y en fin, insensible á todo, ménos al dolor (*a*). ¿Parécete que está distante este tiempo? ¡Ay hijo mio! te engañas; el se apresura; ya llega. Lo que con tanta rapidez viene, no está léjos de tí, y lo presente que huye está ya bien distante, puesto que se aniquila en el momento que estamos hablando y no puede volver á acercarse. Jamas, hijo mio, hagas cuenta con lo presente, y sí solo procura mantenerte en el áspero y trabajoso camino de la virtud, con la esperanza de lo por venir. Prepárate, por medio de unas costumbres puras y el amór de la justicia, un lugar en la eterna y venturosa morada de la paz. *Lib. XIX. pág. 185.*

(*a*) No ha nacido el hombre para ser feliz por mucho tiempo en la tierra. Si en la juventud goza de algunas satisfacciones y placeres, se los desquita la Naturaleza en la vegez con usuras y le hace pagar bien cara una felicidad cuyo precio no conoce hasta que la ha perdido. Lo que se llama bella edad ¿para quántos no suele ser un estado de que deben avergonzarse, ó no acordarse sino con dolor?

Son atormentados en el infierno; ¿por qué razon?

Vió *Telémaco* en el infierno muchos hipócritas impios quienes, aparentando amar la Religion, se habian servido de este sagrado pretexto para saciar su ambicion y burlarse de los hombres crédulos (*a*). Estos hombres, que han abusado de la virtud misma, que es el don mas grande de los Dioses, son castigados como los mas perversos de todos los hombres. Los hijos que hayan dado muerte á sus padres y á sus madres; los esposos que hayan manchado sus manos con la sangre de sus esposas; los traidores que hayan vendido á

(*a*) Nada hay que engañe mas facil é impunemente á los hombres que la falsa virtud; por tanto debe ser mas severamente castigada que ningun otro crímen. El mas virtuoso de todos los hombres dice *Platon*, es el que se contenta con serlo, sin pretender ostentarlo; y el mas criminal aquel que busca su felicidad en el crímen, y su gloria en el falso exterior de la virtud. Un hipócrita es un odioso usurpador de las alabanzas y recompensas debidas á la virtud verdadera.

su patria, despues de haber violado todos los juramentos, sufrirán penas ménos crueles que los hipócritas. Así lo han determinado los tres jueces del infierno, y he aquí la razon. Los hipócritas no se contentan con ser malos, como los demas impios, quieren al mismo tiempo pasar por buenos, y hacen con su falsa virtud que los hombres desconfien de la verdadera. Los Dioses, de quienes ellos se burlan y á quienes han expuesto al desprecio de los hombres, tienen placer en emplear todo su poder para vengarse de sus insultos. *Lib. XVIII. pág. 163.*

INFELICIDAD.

¿Quál de los hombres es mas infeliz?

El mas infeliz de todos los hombres es el Soberano que cree ser feliz, haciendo á los demas desdichados. El es dos veces infeliz por su ceguedad; pues, no conociendo su mal, no puede curarle, y aun teme conocerle. La verdad no puede penetrar por entre la turba de aduladores

para llegar hasta él. Es tiranizado por sus pasiones; no conoce sus deberes; jamás gusta él placer de hacer bien, ni siente los hechizos de la virtud. Es infeliz, y digno de serlo; su infelicidad se aumenta todos los dias; él mismo corre á su perdicion, y los Dioses se preparan á confundirle con un eterno castigo (*a*). *Lib. V. pág. 146.*

INGRATITUD.

Medios que debe emplear un Soberano, para precaverla por parte de su pueblo. ¿Quál es la peor de todas?

Debe contarse con la ingratitud de los hombres, y no por eso se ha de dexar de hacerles bien; es preciso servirles, ménos por amor á ellos, que por amor

(*a*) Mr. Fenelon no se aparta jamas de los principios de su noble Filosofia. El mas infeliz, segun él, es siempre el mas culpable; porque en su sistema no conoce otra felicidad que la virtud; ni mas infelicidad que el crímen. El dolor y el placer no son, en su opinion, sino unos bienes ó males subalternos.

á los Dioses que lo mandan. Jamas es perdido el bien que se hace. Si los hombres le olvidan, los Dioses se acuerdan de él y le recompensan. Además de que si la muchedumbre es ingrata, hay siempre hombres de bien que sabrán apreciar vuestra virtud; y aquella, aunque voluble y caprichosa, no dexará de haceros justicia tarde ó temprano. ¿Mas quereis precaver la ingratitud de los hombres? No trabajeis únicamente en hacerlos poderosos, ricos, temibles por las armas, y felices por los placeres: esta gloria, esta abundancia y estas delicias los corrompen; no serán sino mas perversos, y por consiguiente mas ingratos. Dedicaos á reformar sus costumbres, á inspirarles la rectitud, la sinceridad, el temor de los Dioses, la humanidad, la fidelidad, la moderacion y el desinteres. Haciéndolos buenos, precavereis que sean ingratos (*a*); les dareis el

(*a*) Este era el pensamiento de *Sócrates*, segun nos le ha conservado *Xenofonte*. Trabajad eficazmente, decia aquel, en hacer á los hombres virtuosos, y jamas tendreis que sufrir su ingratitud.

verdadero bien, que es la virtud, y ésta, si es sólida, los mantendrá siempre adheridos á lo que ella les inspire. Así, dándoles los verdaderos bienes, os hareis bien á vos mismo, y no tendreis ya que temer su ingratitud. ¿Qué hay que admirar que los hombres sean ingratos con los Príncipes que jamás los han egercitado sino en la injusticia, en la ambicion sin límites, en los zelos contra sus vecinos, en la inhumanidad, en el orgullo, y en la mala fe? El Príncipe no debe esperar de ellos sino lo que los ha enseñado á hacer. Mas si, por el contrario, trabaja en hacerlos buenos con su egemplo y autoridad, él hallará en ellos el fruto de la virtud, ó, por lo ménos, hallará en la suya y en la amistad de los Dioses con que consolarse en todos los disgustos. *Lib. XXIV. pág. 339.*

Entre todas las ingratitudes la que es castigada como mas fea, es la que se comete contra los Dioses. ¿Qué, decia *Minos*, es tenido el hombre por un monstruo quando no es agradecido á su pa-

dre ó á su amigo, de quien ha recibido algunos auxîlios, y se lisonjeará de ser ingrato con los Dioses, de quienes tiene la vida y todos los bienes que ésta abraza? ¿No les debe mas su nacimiento que al padre y la madre de quienes ha nacido? Quanto mas excusados y ménos castigados son estos crímenes sobre la tierra, tanto mas son en el infierno el objeto de una venganza implacable de la qual nada se libra. *Lib. XVIII. pág. 164.*

IMPACIENCIA.

Caráter del hombre impaciente. Malos efectos de la impaciencia.

Ved, ó mi amado *Telémaco*, decia *Mentor* sonriéndose, ved como son los hombres. Estais desconsolado porque habeis visto á vuestro padre y no le habeis conocido: ¿qué habriais dado ayer por aseguraros de que vivia? Oy estais cerciorado por vuestros propios ojos, y esta certeza, que deberia llenáros de gozo, ós sepulta en la amargura. Así el enfermo

corazon de los mortales; tiene siempre en nada lo que mas ha deseado desde el instante que lo posee, y es ingenioso para atormentarse por lo que no tiene. Los Dioses os tienen en esta suspension, para egercitar vuestra paciencia. Mirais este tiempo como perdido, pues sabed que es el mas útil de toda vuestra vida, porque os egercita en una de las virtudes mas necesarias en los que deben mandar. Es necesario ser paciente, para ser señor de sí mismo y de los demas. La impaciencia, que parece una fuerza y un vigor del alma, no es mas que una debilidad y una impotencia de sufrir la pena. El que no sabe esperar y sufrir es como el que no sabe guardar un secreto. Uno y otro están faltos de firmeza para contenerse, y son semejantes á un hombre que va corriendo sobre un carro, y no tiene bastante firmeza para contener á los fogosos caballos; ya no obedecen al freno, se desbocan y precipitan, y el hombre débil que los dexa escapar cae al fin y es hollado por ellos. El hombre impaciente

es arrastrado por sus indomables y feroces deseos, hasta caer en un abismo de desgracias. Quanto mas ilustre es su nacimiento, tanto mas funesta le es su impaciencia. Nada aguarda, ningun momento se detiene para tomar alguna medida; violenta todas las cosas por satisfacer su deseo; rompe las ramas por coger el fruto ántes de estar maduro; echa á tierra las puertas por no aguardar á que se las abran; quiere segar quando el sabio labrador siembra; todo quanto hace es apresurado, intempestivo, mal hecho, y no puede tener mas duracion que sus ligeros deseos. Tales son los insensatos proyectos de un hombre que cree poderlo todo, y se entrega á sus impacientes deseos, por abusar de su poder. *Lib. XXIV. pág.* 349.

JUVENTUD.

Sus defectos.

La juventud es presuntuosa: ella se lo promete todo de sí misma. Aunque frágil, cree poderlo todo y que jamás tie-

ne nada que temer. Ella confia ligeramente y sin precaucion. *Lib. I. pág. 11.*

LECTURA.

Su elogio, y utilidad.

Para mejor soportar el disgusto de la soledad y el cautiverio, busqué algunos libros; pues me consumia de tristeza, al verme falto de lectura é instruccion con que poder alimentar y fortalecer mi alma. ¡Felices, decia yo, aquellos á quienes desagradan los placeres violentos, y saben contentarse con las dulzuras de una vida inocente! ¡Felices los que se divierten instruyéndose, y se recrean en cultivar su espíritu por medio de las ciencias! Donde quiera que los conduzca la suerte enemiga, siempre lleban consigo en que divertirse. Los que saben ocuparse con qualquiera lectura útil y agradable jamás sienten el tédio que devora á los demas hombres en medio de las delicias. Felices, decia, los que aman la lectura y no se ven, como yo, privados de

ella (*a*). *Lib. I. pág.* 44.

(*a*) No hay cosa mas excelente que las Ciencias. „Ellas son, dice *Cicerón* (pro Arch.) de todos tiempos, para todas las edades y sirven en todos los lugares. Egercitan y forman al hombre en la juventud; le deleytan en la vejez; aumentan sus placeres y satisfacciones, y aun las exâltan y refinan en la próspera fortuna; consuelan en la adversa; divierten en casa, no impiden fuera de ella, ántes bien nos habilitan y ayudan mucho para el desempeño de qualquier negocio; duermen, pasean, caminan con nosotros, nos acompañan y recrean siempre„. El que no lee y medita diariamente *alguna* cosa no debe tenerse por hombre, ó no lo será *sino* á medias: vivirá solo una vida animal, lo mismo que las bestias; egercitará solamente el cuerpo, mas no el alma, que es la parte mas noble. Solo hará lo que ellas, comerá, beberá, vegetará, y disfrutará, si se quiere, de todos los placeres del cuerpo, por lo comun violentos, uniformes, momentáneos, y á los quales sucede inmediatamente el fastidio y la tristeza: ¿mas qué vacío tan inmenso no quedara en su corazon? El hombre consta de cuerpo y alma: esta tiene sus funciones, sus ocupaciones, sus necesidades, y sus placeres lo mismo que aquel; con la diferencia de que estos son mas fáciles, mas puros, mas agradables, mas encantadores, mas suaves, mas variados y mas durables. En efecto ¿quántos y quán imponderables placeres proporcionan al hombre los buenos libros? La Historia, la Filosofia, la Política, la Poesía, la Física, la Astronomía, las bellas Artes, y en fin todo el círculo de las Ciencias ¿quantas ocupaciones útiles y agradables no le ofrecen?

Las buenas deben ser respetadas.

Despues de los Dioses (decian los Ancianos Cretenses), de quienes vienen las buenas leyes, nada debe ser tan sagrado para los hombres como las que estan destinadas á hacerlos buenos, sabios, y felices. Los que tienen las leyes en sus manos, para gobernar á los pueblos, deben siempre dexarse gobernar por ellas. La ley, no el hombre es quien debe gobernar. *Lib. V. pág.* 143.

LIBERTAD.

¿Quién es el mas libre de los hombres?

El mas libre de todos los hombres es aquel que puede serlo en la misma esclavitud. En qualquiera pais que viva, sea qual fuere su condicion, es el mas libre, porque teme á los Dioses, y fuera de estos á nadie. En una palabra, el hombre verdaderamente libre es aquel que, exénto de todo temor y deseo, solo vive sometido

á los Dioses y á la razon (*a*). *Lib. V. pág.* 145.

Luxo.

Corrompe las costumbres. Falsas razones que se alegan par disculparle.

Uno de los males, casi incurables, y que se oponen á la felicidad de un Estado, es el luxo. Así como la demasiada autoridad corrompe á los Reyes, así el luxo empon-

(*a*) El hombre mas libre es aquel cuya libertad se acerca mas á la del ser Supremo, y por consiguiente el que solo obedece á la recta razon. Supuesto este verdadero principio; es preciso convenir en que el esclavo *Epicteto* era mas libre que su Señor *Epaphrodito.* Expliquemos algo mas esta idea con la reflexîon del mismo *Epicteto.* El hombre libre, dice, es aquel que es prudente; que nada desea; que refrena sus pasiones; desprecia los honores; no depende sino de sí mismo; no es esclavo de la fortuna; se sobrepone á todos sus fatales reveses, y sobre cuyo espíritu no tienen dominio la indigencia, las cadenas ni la muerte. El medio mas seguro de vivir libre y tranquilo (dice el Emperador *M. Aurelio* en sus Morales) es hacer cada accion como si hubiese de ser la última de la vida, sin temeridad, sin repugnancia alguna á la razon, sin hypocresía, sin amor propio, y con una perfecta conformidad con las órdenes de los Dioses.

zoña toda una Nacion. Se dice que el luxo sirve para mantener á los pobres á expensas de los ricos; como si los pobres no pudiesen ganar mas útilmente su vida, multiplicando los frutos de la tierra y sin afeminar á los poderosos con voluptuosos refinamientos (*a*). Así toda una Nacion se acos-

(*a*) A medida que la Industria y las Artes mecánicas se propagan y florecen, las Artes mas necesarias, tales como la Agricultura, quedan abandonadas. El hijo del labrador abandona la campiña y dexa casi incultas las tierras, por ir á buscar á la Ciudad el pan que le proporcionan la Industria y las Artes. Tal es el efecto real que resulta de la Industria y del Luxo. Así es como un Estado se enriquece por un lado para empobrecerse por todos los demas; y lo superfluo, preferido á lo necesario, alimenta cien pobres en las Ciudades á expensas de dos mil que perecen en las campañas. El luxo, dicen ciertos Escritores, forma el esplendor de los Estados: ¿mas se puede negar que las buenas costumbres son esenciales á la duracion de los Imperios, y que el Luxo es diametralmente opuesto á ellas? ¿No es la diaria experiencia quien nos acredita esta verdad? El célebre *Pope* observa; que desde que el Luxo empezó á cundir en Inglaterra han sido duplicados los adulterios, en todas las clases Que el Luxo sea un indicio cierto de las riquezas de una Nacion; que sirva, si se quiere, de multiplicarlas; ¿qué se debe inferir de una paradoxa tan autorizada en nuestros dias? ¿Qué será de la virtud si ha de ser preciso enriquecerse á qualquier

tumbra á mirar como necesidades de la vida las cosas superfluas; todos los dias se inventan nuevas necesidades, y ya no se puede pasar sin muchas cosas que treinta años ántes no se conocían. A este luxo se le llama buen gusto, perfeccion de las Artes y cultura de la Nacion. Este vicio, que atrae otros inumerables, es alabado como una virtud, y difunde su contagio hasta las últimas clases de la Monarquía. Los parientes del Rey quieren imitar su magnificencia; los Grandes la de los parientes del Rey; las gentes de una mediana fortuna quieren igualarse con los Grandes, y los mas pequeños con los medianos. ¿Porque quién es el que en tales casos se hace justicia? Todos gastan mas de lo que pueden; unos por fausto y por hacer alarde de sus riquezas; otros por querer evitar una especie de

precio? El mas seguro medio de reducir el Luxo á los límites que prescribe la sana Política es reproducir en el espíritu de los pueblos el gusto por la Agricultura, por medio de honores y recompensas proporcionadas al trabajo y á los adelantamientos de este arte, que es el manantial de las verdaderas riquezas y de los bienes reales.

afrenta mal entendida, y ocultar su pobreza.

Los que tienen la cordura de condenar tan gran desórden, no osan levantar los primeros la cabeza, ni dar egemplos en contrario. Toda la Nacion se arruina; todas las clases se confunden. La pasion de adquirir bienes, para sostener unos gastos superfluos, corrompe hasta las mas puras almas. Ya no se trata sino de ser rico; la pobreza es una infamia. Sed sabio, hábil, virtuoso; instruid á los hombres; ganad batallas; salvad á la patria; sacrificad por ella todos vuestros intereses; sereis despreciado, si vuestros talentos no son realzados por el fausto. Los que no tienen bienes quieren aparentar que los tienen, y gastan como si los tuviesen. Se trampea, se engaña y se usa de mil artificios indignos por conseguirlo (*b*). ¿Y quien remediará estos

(*b*) Es muy dificil que haya rectitud y pureza en ninguno de los ramos de el Estado, quando el Luxo ha llegado á infestar todas sus clases y hacerse una especie de necesidad ó costumbre indispensable. En este caso se ven expuestos los hombres mas rectos y de mejores ideas á cometer, casi por

males? Es preciso mudar el gusto y las costumbres de toda una Nacion; es necesario darle nuevas leyes. ¿Mas quien podrá emprender esta obra sino un Rey Filósofo que sepa con el egemplo de su propia moderacion afrentar á los que aman el fausto y animar á los sabios, quienes vivirán muy contentos viéndose autorizados en medio de una honesta frugalidad (*c*)? *Lib. XXII. pág.* 277.

necesidad, mil prevaricaciones que detestarian en otras circunstancias. El soborno, la corrupcion y el cohecho tienen cabida en tal caso, porque son una conseqüencia inevitable del Luxo; pues para sostenerle no bastan los mas quantiosos sueldos.

(*c*) En efecto solo el Soberano puede poner remedio á los males del Estado con su egemplo; pues este tiene el mas poderoso influxo sobre sus súbditos. Siempre las virtudes, así como los vicios de los Soberanos han tenido casi fuerza de ley entre sus vasallos, quienes suelen hacer alarde de imitar sus modales: y así siempre ha sido y será muy cierta aquella sentencia que dice:

Regis ad exemplum totus componitur orbis.

Al egemplo del Rey se modela todo un pueblo. La Historia y la experiencia de todos los siglos hacen esta verdad incontestable.

MALVADOS.

Su carácter.

Sabed que los malvados no son hombres absolutamente incapaces de hacer el bien; ellos le hacen indiferentemente, lo mismo que el mal, quando puede servir á su ambicion. Nada los cuesta hacer el mal, porque ningun sentimiento de bondad, ningun principio de virtud los contiene; pero tambien hacen el bien sin trabajo, porque su corrupcion los impele á hacerle por parecer buenos y engañar á los demas hombres. Para hablar con propiedad, ellos no son capaces de virtud, aunque la practiquen exteriormente; pero lo son de añadir á todos los vicios el mas horrible de ellos, que es la hypocresía (*a*). *Lib. XIII. pág.* 31.

(*a*) Si los malvados solo hiciesen el mal abiertamente serian ménos temibles, porque cada uno sabria cómo debia guardarse de ellos; pero son tanto mas peligrosos y abominables, quanto que saben bien ocultar sus tramas, y hacer el mas grande mal con apariencias de bien y con la mayor seguridad: ellos siempre son hypócritas, cautelosos, sagaces,

MODERACION.

¿Qué se debe hacer para mantener en ella al pueblo.

Para mantener á vuestro pueblo en la moderacion, decia *Mentor* á *Idomeneo*, es necesario al presente arreglar la extension del terreno que cada familia puede poseer (*a*). Ya sabeis que hemos dividido todo vuestro pueblo en siete clases, segun sus diferentes condiciones. En cada una de ellas no se debe permitir á una familia que pueda poseer mas que la extension de tierra absolutamente necesaria para mantener el número de personas de que se componga. Observándose esta ley inviolablemente, no podrán los Nobles hacer adquisiciones sobre las haciendas de los pobres: todos tendrán tierras; mas cada particular poseerá

y su mayor estudio es el engaño y la sorpresa; de suerte que casi se puede decir con verdad; que lo ménos malo en ellos es el ser malvados.

(*a*) Por medio de este reglamento, autorizado en los sagrados libros, quisiéron los Romanos poner freno á la avidez de los particulares: pero los ricos supiéron eludir la fuerza de esta ley, usurpando á los pobres hasta su nombre.

una corta porcion de ellas, y esto les servirá de un estímulo para cultivarlas bien.

Juzgò asimismo que debeis tener cuidado de no permitir jamas que el vino se haga demasiado comun en vuestro Reyno. El es el orígen de los mas grandes males entre los pueblos; es causa de las enfermedades, de las rencillas, de las sediciones, de la ociosidad, del disgusto al trabajo y del desórden de las familias. Consérvesele como una especie de remedio, ó como un licor muy raro que no se debe emplear sino en los sacrificios ó en las fiestas extraordinarias. Mas no espereis hacer observar una regla tan importante, si vos mismo no empezais dando el egemplo. Por otra parte es necesario hacer observar inviolablemente las leyes de *Minos* sobre la educacion de los jóvenes. Se deben establecer escuelas públicas donde se los enseñe el temor de los Dioses, el amor de la patria, el respeto á las leyes y la preferencia del honor á los placeres y aun á la vida misma. *Lib. XII. pág.* 385.

Moneda.

Su invencion; perjuicios que ocasiona su abuso.

Será preciso que yo te enseñe tambien en este valle al célebre *Ericton*, que inventó el uso de la moneda de oro y plata, facilitando de este modo el comercio entre las Islas de la Grecia. Mas él bien previó los inconvenientes que trahia consigo esta invencion. Dedicaos, decia á todos sus pueblos, á multiplicar entre vosotros las riquezas naturales que son las verdaderas; cultivad la tierra para lograr de este modo abundantes cosechas de granos, vino, aceite y demas frutos. Tened numerosos rebaños que os alimenten con su leche y den para hacer vestidos con sus lanas. De este modo os pondreis en estado de no temer jamas la pobreza. Quantos mas hijos tengais sereis tanto mas ricos, siempre que los enseñeis á ser laboriosos; porque la tierra es inapurable, aumenta su fecundidad á proporcion de los habitantes que cuidan de su cultivo y los paga con liberalidad su tra-

bajo, al paso que se muestra avara é ingrata con los que son negligentes en trabajarla. Aplicaos, pues, principalmente á las verdaderas riquezas que satisfacen las necesidades reales de los hombres (*a*). No hagais caso de la moneda, sino en quanto es necesaria, ó para mantener las guerras inevitables con vuestros enemigos, ó para el comercio de las mercancías necesarias en vuestro pais. Seria de desear que se dexase decaer al comercio por lo que hace á aquellas cosas que solo sirven para mantener el luxo, la vanidad y la afeminacion (*b*). Bien temo, hijos mios, decia *Ericton* con freqüencia, haberos hecho un

(*a*) El oro y la plata no satisfacen por sí mismos alguna de las verdaderas necesidades naturales; y esta es la razon porque no deben colocarse en la clase de verdaderas riquezas. Mas estas riquezas imaginarias son los medios de adquirir las verdaderas; y esto es lo que da á aquellos metales tanto crédito y predominio en el espíritu y el corazon de los hombres.

(*b*) He aquí brevemente indicados los verdaderos límites á que debe ceñirse el Comercio en todas las Naciones que quieran gobernarse con una cuerda y saludable policia, y deseen conservar la frugalidad y pureza de costumbres que tanto interesa al Estado.

funesto presente con daros la invencion de la moneda. Preveo que ella excitará la avaricia, el fausto y la ambicion; que mantendrá una infinidad de artes perniciosas, que no sirven mas que de afeminar y corromper las costumbres; que os hará disgustar de la feliz sencillez que forma todo el reposo y seguridad de la vida, y descuidar la agricultura, que es el fundamento de la vida humana y el orígen de todos los verdaderos bienes. Mas los Dioses son testigos de que he tenido una intencion pura al comunicaros este invento útil en sí mismo. *Lib. XIX. pág.* 194.

NAVEGACION.

Medios de llevar este arte á su perfeccion en un Estado.

Pregunté despues á Narbal por qué medios habian llegado los Tyrios á hacerse tan poderosos en el mar; pues queria instruirme de todo quanto puede servir para el buen gobierno de un Reyno. Nosotros me dixo, tenemos los bosques del Líbano,

que nos proveen de maderas para construir embarcaciones, las quales reservamos para este solo efecto, sin permitir jamas que se corte ningun árbol, sino quando lo exîgen las necesidades públicas. Por lo que hace á la construccion de las naves logramos la ventaja de tener excelentes artífices. Ellos se han ido formando poco á poco en nuestro pais. Quando se recompensa bien á los que sobresalen en las Artes, hay la seguridad de tener pronto Artistas que las lleben á su última perfeccion: pues los hombres de ingenio y capacidad jamas dexan de aplicarse á aquellas Artes á que estan anexas las grandes recompensas (*a*). Aquí se da honor á todos los que se adelantan en las Artes y ciencias útiles á la navegacion. Se aprecia un buen Geometra; se estima mucho á un buen Astrónomo; se colma de

(*a*) En Atenas habia la costumbre de retirar á Prytanea á todos los sugetos beneméritos en las Ciencias y Artes. Allí eran mantenidos á costa de la República, y se tenia por muy gloriosa esta recompensa. ¡Qué medio tan sencillo y tan eficaz para crear hombres grandes en todas las profesiones!

recompensas al Piloto que se aventaja á los demas en su egercicio; no se desprecia á un Carpintero; ántes se le paga y trata bien. Hasta los buenos remeros hallan aquí recompensas seguras y proporcionadas á su servicio: son bien alimentados, se cuida de ellos, quando estan enfermos, y tambien de sus mugeres é hijos, quando ellos estan ausentes. Si perecen en algun naufragio, se procura indemnizar á sus familias; y en fin, se envia á que descansen en el seno de ellas á los que han trabajado cierto tiempo. Así se logra todo quanto se quiere (*b*). El padre se complace

(*b*) *Ciceron* dice que la gloria es la criadora de las Artes: mas puede decirse que en esta parte son iguales á la gloria las recompensas, si es que no la exceden. Los hombres vulgares, y aun los que no lo son, jamas amarian tanto la gloria y las virtudes civiles que se contentasen con un mérito y una reputacion esteril. Los grandes intereses y recompensas son causa de las grandes acciones y virtudes; porque el interes personal es el resorte y gran móvil del hombre, y por consiguiente de la felicidad general del Estado, siempre que sea bien entendido y dirigido, y no degenere en egoismo. No hay mas que seguir al hombre en todas sus acciones hasta las mas mínimas é indiferentes para cerciorarse de esta verdad. Aun en aquellas que se

en educar á su hijo para un ministerio tan útil, y se aplica á enseñarle desde su tierna edad á manejar el remo, á tender los cables y perder el miedo á las borrascas. Así es como por medio del buen órden y de las recompensas se gobierna á los hombres sin violencia. No bastan para lograr el bien la autoridad del Soberano, ni la obediencia de los súbditos; es necesario ganar los corazones, y hacer de modo que hallen su interes particular en aquellas cosas para las quales se quiere que sirvan con su industria. *Lib. III. pag.* 83. *y sig.*

ORGULLO.

Este en los Reyes y en los de las clases privilegiadas es una de las causas de la ruina de un Estado.

La desesperacion de los pueblos, quando son maltratados por el Gobierno; la dureza y el orgullo de los Reyes; la molicie

llaman desinteresadas, obra por su interes, si bien le observa. Hay cierto egoismo útil y saludable, sin dexar de ser justo.

que los hace incapaces de velar sobre los miembros del Estado para precaver las turbulencias; la ambicion é inquietud de los Grandes, quando se les da demasiada licencia, y se permite á sus pasiones una libertad ilimitada; la multitud de Grandes y pequeños que viven en la molicie, en la ociosidad y en el luxo; la muchedumbre de hombres que, por estar dedicados á la milicia, abandonan todas las ocupaciones útiles en tiempo de paz: he aquí lo que causa las revoluciones; no el pan que se dexa comer pacíficamente al labrador y al artesano, que lo han ganado con el sudor de su rostro (*a*). *Lib. XIII. pág.* 29.

(*a*) A estas causas deberian haber acudido los que han escrito de la decadencia de los Estados. Un gran Imperio jamas decae sino por sí mismo. Las armas extrangeras no le pueden subyugar, sino quando está esclavizado por lo ociosidad y la molicie, ó lleno de descontento y divisiones por la dureza y orgullo con que es tratado. En todos tiempos los pueblos mas dulcemente gobernados por sus Príncipes han sido siempre los mas fieles y amantes de estos. ¿Por qué ha visto el Oriente tantas y tan sangrientas revoluciones, sino por la dureza de sus Déspotas?

Pasiones.

Efectos que causan en el hombre.

He aquí el efecto de una ciega pasion. El hombre busca con sutileza todas las razones que le favorecen, y aparta la vista por no ver las que le condenan. Solo es ingenioso para engañarse, y sofocar sus remordimientos (*a*). *Lib. VII. pág.* 185.

Peligros.

¿Cómo debe el hombre conducisrse en ellos?

Antes de exponerse al peligro se le debe temer y preveer; mas quando ya se está en él, no resta mas que despreciarle.

(*a*) Solo las pasiones (dice el Duque *de la Rouche-Foucault*) persuaden siempre lo que quieren. Ellas son como un arte de la naturaleza, cuyas reglas son infalibles. El hombre mas simple, quando está apasionado, persuade mejor que el mas eloqüente que no lo está. Esto es mucho mas cierto respecto del amor, que sin contradiccion es la pasion mas violenta: ella, como dice el citado Autor en otra parte, hace de un fatuo el hombre mas hábil, y á los hombres mas hábiles los vuelve fatuos.

Modo de estenderla y facilitarla.

No tengais pena por la multiplicacion de vuestro pueblo; él se hará pronto innumerable siempre que faciliteis los matrimonios. El modo de facilitarlos es bien sencillo. Casi todos los hombres tienen inclinacion á casarse; solo la miseria es *la* que se lo impide. No los cargueis de impuestos, y ellos vivirán sin pena con sus mugeres é hijos; porque la tierra jamas es ingrata; ella siempre mantiene con sus frutos á quien la cultiva cuidadosamente, y no rehusa sus bienes sino á los que temen emplear en ella su trabajo. Quantos mas hijos tengan los labradores, tanto mas ricos serán, si el Príncipe no los empobrece; porque los hijos desde su mas tierna juventud empiezan á ayudar á sus padres. Los mas jóvenes llevan á pastar los corderos; los mas adultos guardan los grandes rebaños; y en fin los mayores en edad cultivan las tierras, juntamente con sus pa-

dres.... ¡Mas qué horrible inhumanidad no es arrancar á los agricultores, para fines llenos de fausto y de ambicion, los dulces frutos de sus tierras que ellos adquieren de la mano liberal de la naturaleza y del sudor de su rostro! La naturaleza sola sacará de su profundo seno todo quanto fuere necesario para mantener un número infinito de hombres moderados y laboriosos. Mas el orgullo y molicie de ciertos hombres es la que reduce á tantos á una espantosa pobreza. *Lib. XII. pág. 379.*

PLACERES.

¿Cuáles son los que deben gustarse? ¿En qué consisten los verdaderos?

Nadie deseara mas que yo que gusteis de los placeres; pero de unos placeres que no os apasionen ni afeminen. Teneis necesidad de placeres que os alivien, y de los quales gusteis quando los poseais; mas no de los que os arrastren. Yo os deseo placeres dulces y moderados, que no os priven de razon, y hagan semejante á una

bestia enfurecida. Alegraos, *Telémaco*, alegraos. La discrecion nada tiene de austera ni afectada. Ella es la que dá los verdaderos placeres; ella la que los sazona, para hacerlos puros y durables (*a*); sola ella sabe mezclar los juegos y las risas con las ocupaciones graves y serias; ella prepara el placer por medio del trabajo, y alivia éste por medio del placer. La sabiduría no se desdeña de manifestarse alegre quando es necesario. *Lib. VIII. pág. 236.*

Pleitos.

Son embarazosos. ¿Cómo debe portarse en órden á ellos el Príncipe?

Quexábase *Idomeneo* de lo embarazado que se hallaba con un gran número

(*a*) Los placeres momentáneos son mas propios para hacernos desdichados, que para hacernos felices, porque la sensacion agradable que causan dura poco, y dexan una memoria y arrepentimiento duradero. Yo renunciaria á todos los placeres, decia un Sabio de la antigüedad, y aun preferiria á ellos el dolor mismo, si siempre los hubiese de seguir inmediatamente el pesar. Hé aquí el efecto de los placeres criminales.

de pleitos entre particulares que le apremiaban á que juzgase en ellos. Decidid, le respondió *Mentor*, todas las nuevas disputas que tengan relacion con las máxîmas generales de la Jurisprudencia y la interpretacion de las leyes; pero no os encargueis jamas de juzgar las causas particulares; pues de otro modo os vereis abrumado de una multitud de ellas. Sereis el único Juez de vuestro pueblo; los demas Jueces subalternos vendrán á ser inútiles, y os vereis abrumado con los negocios de corta entidad que os robarán la atencion que debeis emplear en los de grande importancia, sin que por esto seais bastante para arreglar aquellos por vos solo. Guardaos bien de meteros en este embarazo. Remitid los negocios de los particulares á los Jueces ordinarios. No hagais sino lo que ningun otro pueda hacer para aliviaros; entónces egercereis las verdaderas funciones de Rey. *Lib. XXIII. pág. 299.*

Estado infeliz del hombre que no la conoce. Felicidad del que la consúlta y la sigue.

Jamas me olvidaré de que un Rey no es digno de mandar, ni feliz en su poder, sino en quanto le somete á la razon (*a*). ¡Hé! ¡qué desgracia para un hombre destinado á causar la felicidad pública, no ser señor de tantos hombres, sino para hacerlos infelices! *Lib. II. pág. 59.*

El que jamas ha visto la pura luz de la razon eterna está ciego como el que lo es de nacion; pasa su vida en una profunda noche, lo mismo que los pueblos á quienes no alumbra el Sol en muchos meses del año. El cree ser sabio, y es un insensato; cree verlo todo, y no vé nada; muere sin haber visto jamas cosa alguna y, quando mas, percibe sombras, falsos resplandores, y fantasmas que nada tienen de realidad. Así son todos los hombres que se dexan

(*a*) La razon conoce el principio y fin de las cosas, y gobierna al universo. *Cic.*

arrastrar por el placer de los sentidos y el encanto de la imaginacion. No hay mas hombres verdaderos sobre la tierra que los que aman, consultan y siguen á esta razon eterna. Ella es la que nos inspira quando pensamos bien; ella la que nos reprehende quando juzgamos mal. De ella tenemos la razon igualmente que la vida. Es como un grande Océano de luz, de quien nuestros espíritus son como unos pequeños arroyos que de él salen, y en él vuelven á perderse. *Lib. IV. pág. 120.*

Reyes.

Felicidad del Rey que gobierna á sus pueblos por el amor.

Feliz, decia *Mentor* á cada paso, feliz el Rey que causa la dicha de tantos pueblos, y halla la suya en su misma virtud. El aprisiona los corazones de sus súbditos con un nudo cien veces mas fuerte que el del temor. No solamente le obedecen, sino que tienen gusto en obede-

cerle. Reina en todos los corazones; y, léjos de desear nadie exîmirse de su autoridad, teme perderle, y daria por él su propia vida. *Lib. II. pág. 35.*

Diferencia del Rey que reina por el temor, al que reina por el amor.

Dichoso el pueblo que es gobernado por un Rey sabio: vive en la abundancia; es feliz, y ama á aquel á quien debe su felicidad. De este modo, añadia *Mentor*, debeis reinar, ó *Telémaco*, y ser la delicia de vuestros pueblos, si es que los Dioses os ponen algun dia en posesion del Reino de vuestro padre. Amad á vuestros pueblos como á vuestros mismos hijos; gustad del placer de ser amado de ellos, y haced de modo que jamas disfruten la paz y la alegría, sin que se acuerden del buen Rey que les hace tan ricos presentes. Los Reyes que no cuidan mas que de hacerse temer, y de abatir á sus vasallos, por tenerlos mas sumisos, son el azote del género humano. Ellos son en efecto temidos como desean; mas tambien son abor-

recidos y detestados, y tienen mucho mas que temer de sus vasallos, que sus vasallos de ellos (*a*). *Lib. II. pág.* 32.

Máxîmas por las quales debe gobernarse un buen Rey.

Quando llegueis á reinar, hijo mio, (dixo por la última vez *Minerva* á *Telémaco*) cifrad toda vuestra gloria en renovar en vuestro pueblo la feliz edad de oro. Escuchad á todos; creed á pocos, y guardaos bien de creeros á vos mismo. Temed engañaros; mas no temais jamas manifestar á otros que os habeis engañado. Amad á los pueblos, no omitais nada para ser ama-

(*a*) *Aborrezcan con tal que teman*: esta era la máxîma del Emperador *Neron*, de aquel monstruo de la naturaleza, y el mas detestado del universo; tanto que su nombre ha quedado por epíteto de los malos Reyes, y aun de qualquier poderoso malvado. Su máxima no debe ser ménos detestada que su memoria. „El temor y el terror, dice *Tácito*, no son vínculos bastante fuertes para contener en su deber á los súbditos: estos no son esclavos, sino ciudadanos acostumbrados á la subordinacion; y así como no se los debe dexar en una plena libertad, tampoco se los debe tener en una entera esclavitud".

do de ellos. El temor es necesario quando el amor falta; mas se le debe emplear siempre con sentimiento, como los remedios mas violentos y peligrosos. Preveed siempre desde léjos todas las conseqüencias de quanto querais emprender, y sus mas terribles inconvenientes. Huid de la molicie, del fausto y de la profusion; cifrad vuestra gloria en la sencillez. *Sean* vuestras virtudes y vuestras buenas acciones el adorno de vuestra persona y de vuestro palacio; sean estas la guardia que os rodee, y aprenda de vos todo el mundo en que consiste el verdadero honor. No olvideis jamas que los Reyes no reynan para su propia gloria, sino para el bien de los pueblos. Los bienes que hacen se extienden hasta los siglos mas lexanos; pero los males que ocasionan se multiplican de generacion en generacion hasta la posteridad mas remota. Un mal reinado causa á veces la calamidad de muchos siglos. Sobre todo velad contra vuestro humor; este es un enemigo que llevais á todas partes con vos mismo hasta la muerte; él en-

trará en vuestros consejos y deliberaciones, y os hará traicion si le escuchais. El humor hace perder las ocasiones mas importantes; da inclinaciones y aversiones de niño, con perjuicio de los mas grandes intereses; hace decidir de los mas grandes negocios por las mas pequeñas razones; obscurece todos los talentos; disminuye el valor; hace al hombre inconseqüente, vil, imbecil é insoportable. Desconfiad de este enemigo. Temed á los Dioses, ¡ó *Telémaco*! Este temor es el tesoro mas grande del corazon del hombre; con él tendreis sabiduría, prudencia, justicia, paz, alegría, placeres puros, verdadera libertad, y gloria sin tacha. *Lib. XXIV. pág. 354 y sig.*

La autoridad de los Reyes es muy penosa; pero bien desempeñada, es la cosa que da mas gloria.

El estado de un Rey, decia *Telémaco* á *Mentor*, es á la verdad bien infeliz; él es esclavo de aquellos á quienes parece que manda; mas parece hecho para ellos,

que para mandarlos; se debe todo entero á ellos, y tiene á su cargo todas sus necesidades. El es el hombre de todo el pueblo, y de cada indíviduo en particular; es preciso que se acomode á sus debilidades, que los corrija como padre, y los haga sabios y felices. La autoridad que parece tiene no es la suya, él nada puede hacer ni por su gloria ni por placer *suyo*; su autoridad es la de las leyes, y es preciso que obedezca á ellas para dar egemplo á sus súbditos. Para hablar con propiedad, él no es mas que el defensor de las leyes para hacerlas reinar; él debe velar y trabajar para mantenerlas; es el hombre ménos libre y ménos tranquilo de su Reyno: es un esclavo que sacrifica su reposo y su libertad á la libertad y felicidad pública.

Es cierto, respondió *Mentor*, que el Rey no es Rey, sino para cuidar de su pueblo, así como un pastor de su rebaño, ó un padre de su familia (*b*): ¿mas

(*b*) El buen Príncipe debe vivir con sus súbditos como un padre de familias con sus hijos y domésticos. *Plinio el menor, en su panegírico de Trajano.*

teneis por infelicidad, mi amado *Telémaco*, el tener que hacer bien á tantas gentes? El corrige á los malvados con castigos; anima á los buenos con recompensas; y representa á los Dioses, encaminando de este modo á la virtud al género humano. ¿No le resulta bastante gloria de hacer observar las leyes? La de sobreponerse á estas es una falsa gloria que solo inspira el horror y el desprecio. Si es perverso, no puede ménos de ser infeliz; porque no podrá hallar paz alguna en sus pasiones ni en su vanidad. Si es bueno, debe hallar el mas puro y mas sólido de todos los placeres en trabajar por la virtud, y esperar de los Dioses una eterna recompensa. *Lib. XXIV. pág. 337.*

Mas á pesar de esta gloria y explendor, la vida privada es preferible, ó, por lo ménos, mas apetecible que la vida de Rey; porque esta es una esclavitud disfrazada.

Excusóse *Mentor* de aceptar la corona que los Cretenses le ofrecian. Dixo que preferia las dulzuras de la vida privada

al esplendor de la potestad Real; que los mejores Reyes eran infelices, porque casi nunca hacian el bien que quisieran hacer y hacian freqüentemente el mal que no quisieran obrar, por la prevencion y sorpresa de los aduladores (c). Añadió; que si la esclavitud es miserable, no lo es ménos el estado de Rey, puesto que es una esclavitud disfrazada. El Rey, decia, depende de todos quantos necesita para hacerse obedecer. ¡Dichoso aquel que no se vé

(c) Los aduladores alaban los vicios, haciéndolos pasar por virtudes, y censuran como vicios y aun como crímines las virtudes de los que estan en desgracia de los Príncipes á quienes ellos adulan. *Tac.*

Todos los aduladores tienen un alma cruel, aunque su boca afecta clemencia. Por condescender á las pasiones de los Príncipes y congratularse con ellos, los precipitan en los mayores crímenes, y aun sacrifican á sus mayores amigos. *Vitelio*, segun *Tácito*, es un buen egemplo de esta verdad. *Mesalina*, muger del Emperador *Claudio*, hizo acusar á *Asiático* de muchos crímenes de Estado, por apoderarse de sus jardines y casas de campo. *Claudio* consulta sobre este asunto á *Vitelio*, confidente de *Mesalina* y acaso uno de sus adúlteros; éste, por mantenerse en el favor de aquella, opina por la muerte de su antiguo amigo. Hé aquí la amistad que se profesa en las Cortes.

obligado á mandar! Nosotros solo debemos á nuestra patria, quando ésta nos confia la autoridad, el sacrificio de nuestra libertad, por trabajar en obsequio del bien público. *Lib. VI. pág. 160.*

No creais, dixo *Hazael* á los Cretenses, que porque desprecio la autoridad Real, desprecie tambien á los hombres, á quienes es preciso gobernar. No, no; sé muy bien quan gran cosa es trabajar por hacerlos buenos y felices: mas este trabajo está lleno de riesgos y penas. Su explendor es falso, y solo puede deslumbrar á las almas vanas. La vida es corta; las grandezas irritan mas que pueden contentar las pasiones. Solo por aprender á conocer estos falsos bienes y saberme pasar sin ellos, no por alcanzarlos, voi viajando por tan distantes paises. Quedaos con Dios. No pienso sino en volver á vivir una vida pacífica y retirada, en la cual alimente la sabiduría mi corazon, y me consuelen en las molestias de la vejez las esperanzas que el hombre saca de la virtud para otra mejor vida despues de la muerte.

Si yo tuviera alguna cosa que desear, no seria por cierto el ser Rey; seria si, no separarme de estos mis dos amigos á quienes veis, *Mentor* y *Telémaco. Lib. VI. pág. 162.*

Tú has nacido, ó *Telémaco*, para reinar despues de tu padre; mas ¡ay hijo mio! ¡Quán engañosa es la autoridad real! Quando se la mira desde léjos, no se vé sino grandeza, explendor y delicias; pero vista de cerca, todo es espinas. Un particular puede, sin deshonor, pasar una vida dulce y obscura; mas un Rey no puede, sin deshonrarse, preferir una vida dulce y ociosa á las penosas funciones del gobierno. No le es permitido jamas vivir para sí, él se debe todo á aquellos á quienes gobierna. Sus menores faltas son de una conseqüencia infinita, porque causan la infelicidad de los pueblos, y á veces por espacio de muchos siglos. El debe reprimir la audacia de los malvados, sostener la inocencia, y disipar la calumnia. No basta que no haga mal alguno, es preciso que haga quantos bienes sea posible y nece-

site el Estado. No basta que haga el bien por sí mismo, debe tambien impedir los males que los demas podrian hacer si no fuesen contenidos. Teme, pues, hijo mio, teme una condicion tan peligrosa; ármate de valor contra tí mismo, contra las pasiones, y contra los aduladores. *Lib. XIX. pág. 185.*

Los Reyes son en cierto modo dignos de compasion; todos son á observar y criticar sus faltas, hasta las mas mínimas, y ninguno á disculparlas.

No pudo *Telémaco* contenerse en manifestar á *Mentor* su sorpresa y aun cierto desprecio por la conducta del Rey *Idomeneo*; pero *Mentor* le respondió con un tono severo. ¿Os admirais, le dixo, de que los hombres mas respetables sean hombres y manifiesten algunos rasgos de flaqueza y humanidad, en medio de las innumerables asechanzas é insuperables obstáculos de que se ve cercada la soberanía? Es cierto que *Idomeneo* ha sido educado entre ideas de fausto y orgullo; ¿mas qué Filósofo ha-

bria podido librarse de la adulacion, si se hubiese hallado en su lugar (e)? Es cierto que se ha dexado preocupar demasiado por los que han logrado su confianza; pero los mas sabios Reyes son engañados freqüentemente; por mas precauciones que tomen para evitarlo. Un Rey no puede pasar sin Ministros que le alivien y de quienes confie; porque él no lo puede hacer todo. Por otra parte un Rey conoce mucho ménos que los

(e) A la verdad son muy disculpables los Príncipes de mucha parte de sus vicios; porque casi todos son inspirados por los que los rodean. Los Príncipes, lo mismo que los demas hombres, no son mas de lo que se quiere que sean por medio de la educacion; pues esta es propiamente una segunda creacion del hombre en el órden moral. La educacion que se daba á los Príncipes en Persia, segun la describe *Platon* (*in Alcib.*) era la mas á propósito para hacer grandes hombres, y buenos Reyes. A la edad de siete años se los acostumbraba á los egercicios del cuerpo, despues que los principales Eunucos ú Oficiales de Palacio habian infundido en su alma los principios de la ciencia de las costumbres. A los catorce se los ponia en manos de quatro hombres distinguidos por su sabiduria. El primero los enseñaba la *Magia* ó la Religion y la ciencia del gobierno; el segundo los enseñaba á decir la verdad y á hacer justicia; el tercero á domar sus pasiones por medio de la templanza; y el quarto á hacerse superiores al temor y á los placeres por medio del valor.

particulares á los hombres que le rodean. Todos se disfrazan quando estan á su lado, y emplean toda clase de artificios para engañarle. Quantos mas pueblos tiene que gobernar tantos mas Ministros necesita para hacer por medio de ellos lo que no puede por sí mismo; y quanta mas necesidad tiene de hombres á quienes confiar la autoridad, tanto mas expuesto está á engañarse en su eleccion. Tal crítica oí sin piedad á los Reyes que gobernaria mañana mucho peor que ellos, y cometeria las mismas faltas, con otras infinitamente mayores, si se le confiase el mismo poder! La condicion privada, quando á ella se une un poco de espíritu para producirse bien, encubre todos los defectos naturales, realza los talentos de falso brillo, y hace parecer á un hombre digno de todos los puestos de que está apartado. Solo la autoridad pública es la que pone los talentos á una rigorosa prueba, y descubre los grandes defectos. La grandeza es como ciertos vidrios de aumento que abultan los objetos. Todos los defectos parece que crecen en los altos

puestos donde las mas mínimas cosas tienen grandes conseqüencias, y las faltas mas ligeras las mas temibles resultas. Toda una Nacion se ocupa en observar á un solo hombre á todas horas y juzgarle con el mayor rigor. Los que le juzgan no tienen conocimiento ni experiencia del estado en que aquel está. Ellos no perciben las dificultades, y no quieren que sea hombre; tal es la perfeccion que exîgen de él. Un Rey, por bueno y sabio que sea, no por eso dexa de ser hombre. Su espíritu tiene límites, lo mismo que su virtud. El tiene su humor y sus hábitos, á los quales no siempre domina enteramente. Está rodeado de personas artificiosas é interesadas. Cada dia cae en alguna falta, ya por causa de sus pasiones, ó ya por las de sus Ministros. Apénas ha reparado una, quando cae en otra. Tal es la condicion de los Reyes mas ilustres y virtuosos. Los mejores y mas largos reinados son demasiado cortos é imperfectos para reparar al fin lo que se ha errado, sin querer, á los principios. La potestad real lleva consigo todas estas miserias.

La imbecilidad humana se rinde á un peso que tanto abruma. Se debe compadecer á los Reyes y disculparlos (*f*). ¿No son á la verdad dignos de compasion por tener que gobernar á tantos hombres cuyas necesidades son infinitas, y que tanto dan que hacer á quien quiera gobernarlos bien? Si se ha de hablar con franqueza y verdad son muy dignos de compasion los hombres que tienen que ser gobernados por un Rey, que no es mas que un hombre semejante á ellos; porque para dirigir á los hombres se necesitaban Dioses (*g*): mas los Reyes, no

(*f*) Puede decirse con verdad que ninguno estudió mas, ni conoció mejor á los Reyes que *Mr. Fenelon*, y que ninguno es mas equitativo, ni mas veraz que él, ya pinte sus defectos, ó ya los excuse. Dotado por la naturaleza de un alma la mas grande y justa, de una sublime penetracion y de un discernimiento el mas delicado, observó muy de cerca y con la mayor atencion la Corte y la Soberanía en tiempo de un *Luis XIV.*, es decir, vió en éste y en su Corte el emblema de todos los Reyes y de todos los Cortesanos. Así que, se deben adoptar sus máximas con la mayor veneracion en esta parte.

(*g*) No por efecto de adulacion hacian descender de *Júpiter* á los Reyes los Poetas antiguos; sino para darles á entender con esto á quien debian parecerse en la sabiduría, equidad y demas virtudes.

siendo mas que hombres, es decir, débiles é imperfectos, no son ménos dignos de compasion por tener que gobernar tanta multitud de hombres corrompidos y engañosos. Buscad en todos los paises, los mas cultos, un Rey que no tenga faltas inescusables. Los mas grandes hombres tienen en su temperamento y en el carácter de su espíritu defectos que los arrastran; y los mas loables son aquellos que tienen el valor de conocerlos y reparar sus extravíos. *Lib. XII. pág. 355. y sig.*

Los Reyes mas sabios son engañados; ¿cómo podrán evitar el serlo?

¡Ay! ¿á qué fraudes no estan expuestos los Reyes? A los mas sabios se los sorprende freqüentemente. Hombres artificiosos é interesados los rodean por lo comun. Los hombres de bien se retiran, porque no son intrigantes, ni lisongeros; esperan que se los busque, y los Príncipes no saben ir á buscarlos. Al contrario los aduladores; son atrevidos, engañosos, solícitos para insinuarse y agradar á los demas, diestros en

el arte de adular, y estan siempre dispuestos á hacer qualquiera cosa contra el honor y la conciencia, por contentar las pasiones del que reina. ¡Oh! ¡que infeliz es el Rey que vive expuesto á los artificios de los aduladores! Es perdido si no desecha la adulacion, y no anima á los que tienen la noble osadía de decir la verdad (h) *Lib. II. pág.* 39.

¿Cómo deben los Reyes establecer y aumentar su poder?

Habeis agotado vuestras riquezas, decia *Mentor* á *Idomeneo*, en hacer obras magníficas, y no habeis pensado ni en aumentar vuestro pueblo, ni en cultivar sus fértiles tierras. ¿Por ventura no deben mirarse como los fundamentos de vuestro poder estas dos cosas, á saber; tener muchos hombres útiles, y tierras bien cultivadas para alimentarlos (i)? No debeis pensar si-

(h) Las almas nobles, dice *Tácito*, bastardean y se hacen estúpidas quando no se permite hablar sin adulacion.

(i) Tales fuéron los primeros principios de la Política Romana desde la fundacion de Roma. Esta Ciudad, que no fué en sus principios mas que una quadrilla de algunos pastores, llegó á formar un

no en la Agricultura y en el establecimiento de las mas sabias leyes. Una vana ambicion os ha llevado hasta el borde del precipicio. A fuerza de querer parecer grande no habeis hecho mas que arruinar vuestra verdadera grandeza. Tratad de reparar estas faltas ; suspended todas esas grandes obras; renunciad á ese fausto que sin duda arruinaria vuestro pueblo ; dexad respirar en paz á vuestros súbditos , y aplicaos á proporcionarles la abundancia, para facilitar los matrimonios. Sabed que no sois Rey , sino en quanto teneis pueblos que gobernar ; y que vuestro poder se debe medir , no por la extension de las tierras que ocupeis , sino por el número de hombres que habitaren estas tierras y vivan adictos á vuestra

pueblo tan numeroso quando *Tulio Hostilio* formó el padron de ella, que cuesta trabajo creer lo que sobre este punto dicen los Historiadores. Es una verdad contextada por todos los Políticos , y autorizada por la Historia de todos los pueblos ; que la sobriedad , el cultivo de las Artes útiles , y en especial el de la Agricultura , son el manantial de la poblacion , de la abundancia y de la felicidad pública ; así como el luxo y la indolencia lo son de la despoblacion , de la miseria y de la corrupcion de las costumbres.

obediencia. Poseed un buen terreno, aunque sea de mediana extension, pobladle de numerosas familias laboriosas y disciplinadas; haced que estas os amen, y vivireis mas poderoso, mas feliz y lleno de gloria que todos los conquistadores que desolan tantos Reynos. *Lib. XII. pag.* 344.

Castigos que vió egecutar Telémaco en los Infiernos con los Reyes que habian abusado de su poder.

Vió *Telêmaco* en los Infiernos á los Reyes que habian sido condenados por haber abusado de su poder. Por una parte les presentaba una furia vengadora un espejo en que los hacia ver toda la deformidad de sus vicios. En él miraban y no podian dexar de ver su vanidad grosera y avida de las mas ridículas alabanzas; su dureza para con los hombres, cuya felicidad deberian haber causado; su insensibilidad por la virtud; su temor á escuchar la verdad; su inclinacion á los hombres infames y aduladores; su desaplicacion, su molicie, su indolencia, su demasiada desconfianza, su faus-

to y excesiva magnificencia, fundada en la ruina de los pueblos; su ambicion por adquirir un poco de vana gloria á costa de la sangre de los Ciudadanos; en fin, su crueldad que busca cada dia nuevas delicias á expensas de las lágrimas y desesperacion de tantos infelices. Veianse incesantemente en este espejo, y se hallaban mas horribles y monstruosos que la *Chimera* vencida por *Belerefonte*, la *Hidra* de *Lerna*, destruida por *Hércules*, y el *Cerbero* mismo, sin embargo de que bomita por sus tres anchas bocas una sangre negra y venenosa capaz de apestar á toda la raza de los mortales que viven sobre la tierra. Al mismo tiempo otra Furia los repetia por otro lado con un aire insultante todas las alabanzas que les habian dado en la vida sus aduladores, y los presentaba otro espejo donde se veian tales como la lisonja los habia pintado. La oposicion de estos dos quadros tan contrarios era el suplicio de su vanidad. Advertiase que los mas perversos de estos Reyes eran á quienes mas magníficas alabanzas se habian dado miéntras viviéron; por-

que los malos son mas temidos que los buenos, y exîgen sin pudor las viles lisonjas de los Poetas y Oradores de su tiempo (*l*). Oiaseles gemir en aquellas profundas tinieblas, donde no pueden ver mas que los insultos é irrisiones que tienen que sufrir. Nada tienen al rededor de sí que no los reprenda, que no les contradiga y los confunda. Por lo mismo que en la tierra jugaban con la vida de los hombres, y pretendian que todo se habia hecho para servirles, son entregados en el Tártaro á todos los caprichos de ciertos esclavos que, en

(*l*) Los Poetas ensalzan con mucha satisfaccion el valor de sus inciensos, y se venden por los distribuidores de la verdadera gloria. ¡He! ¿quien les ha dado semejante autoridad? ¿Ni como la Poesía tan libre en sus conceptos, tan propensa á la exâgeracion, á la ficcion y al hyperbole, podrá establecer por sí una sólida reputacion? La Eloqüencia y la adulacion tienen una gran simpatía: es muy dificil ser hábil adulador sin ser eloqüente, y ser eloqüente sin dar en adulador. Acaso quiso dar á entender esto *Plinio* el menor, quando dixo (*Lib. III. Ep.* 3.) que la Eloqüencia no se podia aprender bien sin las buenas costumbres; para significar que es un talento peligroso en aquellos que no tienen la probidad que se necesita para hacer buen uso de ella. *Mores primum; mox eloquentiam discat.*

cambio, los hacen sufrir una cruel esclavitud. Allí los sirven con la mayor pena, sin que les reste esperanza alguna de poder suavizar jamas su duro cautiverio. Una negra tristeza roe el corazon á estos criminales; tienen horror de sí mismos, y les es tan imposible librarse de él, como de la propia naturaleza. No necesitan mas castigo de sus faltas que sus faltas mismas, las quales ven incesantemente con toda su enormidad. En medio de tal desesperacion llaman en su auxîlio una muerte que pueda extinguir en ellos todo sentido y reconocimiento; piden á los abismos que los traguen, para ocultarse á los rayos vengadores de la verdad que los persigue: mas los infelices estan reservados para una venganza que destila sobre ellos gota á gota, y no se apurará jamas. La verdad que temiéron ver y escuchar es su mayor castigo, y no la ven sino levantada siempre contra ellos. Su vista los hiere, los despedaza y penetra hasta el fondo de sus entrañas.

Entre estos objetos que hacian erizar á *Telémaco* los cabellos, vió muchos

de los antiguos Reyes de Lydia que eran atormentados por haber preferido las delicias de una vida mole al trabajo de aliviar á los pueblos, que es una obligacion inseparable de la potestad real. Reprendianse estos Reyes mutuamente su ceguedad. El uno decia al otro, que habia sido su hijo; ¿no te encargué muchas veces en mi vejez y á la hora de mi muerte que reparases los daños que yo habia causado con mi negligencia? ¡Ah desgraciado Padre! decia el hijo, vuestro egemplo es el que me ha inspirado el fausto, el orgullo, la voluptuosidad y la dureza para con los hombres. Viéndoos reinar con tanta molicie, con tantos viles aduladores al rededor de vos, me fuí acostumbrando á la adulacion y á los placeres. Yo creí que el resto de los hombres era, respecto de los Reyes, lo mismo que los caballos y las demas bestias de carga respecto de los hombres; es decir, animales de quienes no se hace caso sino en quanto sirven y proporcionan comodidades. Yo lo crei; vos fuisteis quien me lo hicisteis creer; y aora sufro todos

estos males por haberos imitado. A estas reconvenciones añadian las mas horribles maldiciones, y parecia que solo estaban animados de la rabia para destrozarse. Al rededor de estos Reyes volaban, como los murciélagos por la noche, las crueles sospechas, los temores, las desconfianzas que vengan á los pueblos de la dureza de sus Reyes, el hambre insaciable de riquezas, la falsa gloría siempre tiránica, y la infame molicie que redobla todos los males que se sufren, sin poder dar jamas sólidos placeres. Vió muchos Reyes, que eran severamente castigados, no por el mal que habian hecho, sino por el bien que habian dexado de hacer. Todos los delitos de los pueblos, que provienen de la negligencia con que se hacen observar las leyes, se les imputaban á los Príncipes, que no deben reinar sino para que las leyes reinen por medio de su ministerio. Imputábaseles tambien todos los desórdenes que provenian del fausto, del luxo y de todos los demas excesos que ponen á los hombres en un estado violento y en la tentacion de violar

las leyes para adquirir el bien. Sobre todo se castigaba allí rigorosamente á los Reyes que, en lugar de ser buenos y vigilantes pastores de los pueblos, no habian pensado sino en destrozar su rebaño, como unos lobos carniceros, por medio de las sangrientas guerras.

Mas lo que consternó mucho á *Telémaco* fué ver en este abismo de tinieblas y de males un gran número de Reyes que, habiendo pasado en la tierra por muy buenos, habian sido condenados á las penas del Infierno por haberse dexado gobernar de hombres malvados y artificiosos. Eran castigados por los males que habian dexado hacer por medio de su autoridad. Los mas de estos Reyes no habian sido buenos, ni malos; tan grande habia sido su debilidad. Ellos es verdad que no habian temido conocer la verdad; mas no habian gustado de la virtud, ni cifrado su placer en hacer bien. *Lib. XVIII. pág.* 168. *y sig.*

SECRETO.

Quan gran defecto es no saberle guardar. Caráter de un hombre que no sabe guardar secreto. Modo de adquirir el talento de guardarle.

El que no sabe callar es indigno de gobernar á otros. (a) *Lib. III. pág.* 64.

Adrasto, que repartia el dinero á manos llenas para saber el secreto de sus enemigos, supo la resolucion de estos,

(a) El silencio es el alma de los negocios; mas para imitar perfectamente la naturaleza de esta es necesario no hacerse visible, como ella, sino por los efectos. El imprudente ignora la utilidad de una palabra por decir, y los malos efectos de otra dicha fuera de propósito; y el hombre de un espíritu débil no puede callar lo que le importa tener oculto. La conducta de la mayor parte de los hombres en este punto llega á ser tan injusta y contradictoria que quieren exigir de otros la religiosidad que ellos no han tenido en sus mismos secretos. Fué por tanto muy edificante y chistosa la respuesta de aquel á quien habiendo uno confiado un secreto, encargándole al mismo tiempo que no le revelase, *contad conmigo*, le dixo, *por lo ménos seré tan sigiloso como vos.* ¿Cómo queremos (dice el Duque de *la Rocbe Foucault*) que otro guarde nuestro secreto, si no podemos guardarle nosotros mismos?

porque *Nestor* y *Philoctetes*, estos dos Capitanes tan sabios y experimentados por otra parte, no eran bastante sigilosos en sus empresas. *Nestor* en su edad abanzada tenia mucha complacencia en contar quanto podia atraerle alguna alabanza. *Philoctetes* naturalmente hablaba ménos; pero era de genio pronto, y á poco que provocasen su vivacidad le hacian decir quanto habia resuelto callar. Las personas artificiosas habian hallado la llabe de su corazon para sacar de él los mas importantes secretos. No habia mas que irritarle; entónces, fogoso y fuera de sí mismo, se manifestaba por medio de sus amenazas. Hacia alarde de tener medios seguros para lograr lo que meditaba, y à poco que aparentase qualquiera dudar de ellos, se empeñaba en explicarlos inconsideradamente, y sacaba de este modo el secreto mas íntimo del fondo de su corazon (*b*): semejante

(*b*) Dexar traslucir un secreto, es muchas veces dexar escapar una victoria. Una palabra dicha indiscretamente ha costado la vida á muchos millares de hombres, y á grandes Capitanes la pérdida de su reputacion.

á un vaso precioso, pero hendido, del qual se salen todos los licores mas deliciosos, nada podia guardar en su corazon este gran Capitan.

Los traidores, corrompidos por el dinero de *Adrasto*, no perdian ocasion de aprovecharse de la debilidad de estos dos Reyes. Lisongeaban á *Nestor* con vanas alabanzas, recordábanle sus victorias pasadas, admiraban su prevision, y nunca dexaban de aplaudirle. Por lo que hace á *Filoctetes*, continuamente tendian redes á su humor impaciente. No le hablaban mas que de dificultades, de contratiempos, de peligros, de inconvenientes, y de faltas irremediables. Inflamada con esto su natural viveza, le abandonaba su prudencia, y ya no era el mismo hombre.

Mucho mas prudente era *Telémaco* para guardar un secreto. Habianle acostumbrado á esto sus trabajos, y la necesidad en que se habia visto desde su infancia de tratar con reserva á los amantes de su madre *Penelope*. Sabia callar un secreto sin decir mentira alguna, y sin manifestar

aquel aire reservado y misterioso que tienen ordinariamente las personas cautelosas. Parecia que no estaba encargado del secreto que debia guardar; siempre se le hàllaba libre, nàtural, franco, y como un hombre que tiene el corazon en los labios: mas al mismo tiempo que decia quanto podia decir sin riesgo, sabia contenerse precisamente y sin afectacion en aquellas cosas que podian dar que sospechar, ó hacer traslucir su secreto. De este modo era su corazon inaccesible é impenetrable. Sus mayores amigos no sabian mas de lo que él juzgaba útil descubrirles para que le diesen sus consejos. Graduaba con estos su confianza, á proporcion de las mayores pruebas que tenia de la amistad y prudencia de cada uno. *Lib. XVI. pág. 107 y sig.*

SOBRIEDAD.

Necesidad de observarla en un Estado.

Mentor, semejante á un hábil jardinero que corta de los árboles fructíferos las ramas inútiles, se dedicó á cercenar el lu-

xo que corrompe las costumbres, reduciendo todas las cosas á una noble y frugal sencillez. Arregló asimismo las comidas de los ciudadanos y las de los esclavos. ¿Qué vergüenza, decia, que los hombres de alta esfera hagan consistir su grandeza en los manjares exquisitos, con los cuales afeminan su alma, y arruinan insensiblemente la salud de sus cuerpos (*a*)? Solo deben cifrar su felicidad en la moderacion, en su poder y autoridad para hacer bien á los demas hombres, y en la reputacion que debe resultarles de sus buenas acciones. La sobriedad hace muy sabrosa la comida mas simple; ella es la que da, junto con la salud mas vigorosa, los mas puros y sólidos placeres. Es, pues, preciso que reduzcais vuestras comidas á las mejores viandas, pero sin mucho condimento. El mo-

(*a*) *Pausanias*, concluida la batalla de Plutea, hizo servir dos mesas con aparato bien diferente en la tienda del General de los Persas. En la primera ostentó toda la profusion del luxo Asiático, y la segunda no tenia mas manjares que la simple vianda de los Lacedemonios. La diferencia de estas dos mesas, dixo el Capitan Griego, es la que ha decidido la batalla á favor nuestro.

dode emponzoñar y corromper á los hombres, es irritar su apetito con mas comidas que las verdaderamente necesarias.

Comprehendió *Idomeneo* quán mal habia hecho en dexar corromper las costumbres de los habitantes de su nueva Corte, violando las leyes de *Minos* acerca de la sobriedad. Pero el sabio *Mentor* le hizo notar que las mismas leyes, aunque renovadas, serian inútiles, si el egemplo del Rey no les daba una autoridad que no podian tener de otra suerte. Inmediatamente arregló aquel su mesa, y no admitió en ella sino pan exquisito., el vino del pais que es fuerte y agradable, mas en corta cantidad, con otras viandas sencillas, tales como las que comia con los demas Griegos en el sitio de Troya. Nadie se atrevió á quejarse de una regla que el Rey mismo se habia impuesto, y cada uno empezó á corregirse de la profusion y delicadeza en las comidas que habia empezado á cundir entre todas las clases.

Cercenó asimismo *Mentor* un prodigioso número de mercaderes, que vendian

estofas trabajadas en paises lexanos; bordados de un precio excesivo; vasos de oro y plata con figuras de Dioses, de hombres y animales; y varios licores y perfumes. Quiso tambien que los muebles de cada casa fuesen sencillos y de dura; y así los Salentinos, que se quejaban altamente de su pobreza, empezáron á conocer quantas riquezas tenian; que aquellas no eran mas que unas falsas riquezas que los empobrecian, y que vendrian á ser efectivamente ricos á medida que tuviesen valor para despojarse de ellas. Es enriquecerse, decian, despreciar semejantes riquezas que aniquilan al Estado, y disminuir su necesidad; reduciéndolas á las verdaderas necesidades de la Naturaleza (*b*). *Lib. XII. pág. 370 y sig.*

(*b*) Este es el grande objeto de la Filosofia de *Mr. Fenelon* en todo su Poema; reducir las leyes, los usos, las costumbres y al hombre mismo á los principios, á las necesidades y á las leyes de la Naturaleza.

TRABAJO.

Es el manantial de la abundancia.

La tierra nunca dexa de derramar sus bienes sobre los que la cultivan. Su fecundo seno es inagotable; quantos mas habitantes hay en un pais, tantos mas gozan de la abundancia, siempre que sean laboriosos, y jamas tienen zelos unos de otros. La tierra, esta buena madre, multiplica sus dones á proporcion del número de sus hijos que se hacen acreedores á sus frutos por medio del trabajo (*a*). *Lib. V. pág. 126.*

(*a*) El trabajo es la cosa mas necesaria al hombre, y la Naturaleza le ha reducido á la necesidad de hacer lo que le es efectivamente mas útil y glorioso. Empleado en las Artes, hace al hombre por su actividad soberano del mundo; y en la Agricultura le da la subsistencia y la vida, juntamente con la abundancia de los frutos necesarios para vivir felizmente, si tiene la cordura de atemperar sus deseos á las necesidades naturales.

VALOR.

¿En qué consiste? ¿Cómo debe ser gobernado?

El verdadero valor halla siempre algun recurso. No basta estar pronto á recibir tranquilamente la muerte; se debe, sin temerla, hacer todos los esfuerzos posibles para evitarla (*a*). *Lib. VI. pág. 171.*

El valor no puede ser una virtud, sino en quanto es gobernado por la prudencia de otra suerte es un desprecio insensato de la vida y un ardor brutal. El valor impetuoso nada tiene de seguro. El que no se posee á sí mismo en los peligros, es mas fogoso que valiente; necesita salir fuera de sí para sobreponerse al temor, porque no puede superarle por la situacion natural de su corazon. En semejante estado, si es que no huye, se turba por lo ménos, y pierde la libertad de espíritu tan necesaria para dar buenas órdenes, aprovecharse de las ocasiones, derrotar al enemigo, y ser-

(*a*) Esta es la gran máxima que tanto inculca *Homero* en boca de sus héroes; *el medio mas seguro de salir del peligro es no temerle.*

vir á su patria. Tendrá todo el ardor de un Soldado; mas no el discernimiento de un Capitan: ni tampoco el verdadero valor del simple Soldado; porque éste debe conservar en el combate la presencia de espíritu y la moderacion necesaria para obedecer (*b*). El que se expone temerariamente turba el órden de la disciplina de las tropas, da un egemplo de temeridad, y expone á cada paso á un egército entero á grandes desgracias. Los que prefieren su vana ambicion á la seguridad de la causa comun merecen mas bien ser castigados que recompensados. *Lib. XII. pág.* 352.

El verdadero valor consiste en preveer

(*b*) Con el valor sucede, poco mas ó ménos, lo mismo que con las armas; su suerte depende de la mano que las dirige. Los mas grandes Capitanes Romanos miraban las acciones mas sobresalientes como las mas peligrosas, quando en ellas se contravenia á la exâctitud de la disciplina; no los deslumbraba el buen éxito que todo lo autoriza en el concepto del vulgo. Mas de una vez fuéron castigados entre ellos soldados valientes por sus mismas proezas, solo porque obráron temerariamente, ó hiciéron mas de lo que estaba prescrito por la disciplina militar ó las órdenes de los Generales.

todos los peligros y despreciarlos quàndo llegan á hacerse inevitables. El que nò quiere preveerlos, no tiene bastante valor para soportar tranquilamente su presència. El que los prevee todos evita quantos puede evitar y explora los demas sin conmoverse, este solo es el sabio y mágnánimo. *Lib. XXIV. pág. 355.*

Quanto es superior *Minerva* á *Marte*, tanto excede el valor discreto y previsivo al impetuoso y feròz. No se grangeó *Ulyses* en el sitio de Troya tan gran reputacion entre los Griegos, sino porque manifestó mas prudencia y moderacion que los demas. *Aquiles*, aunque invencible é invulnerable, aunque tenia la seguridad de llevar el terror y la muerte donde quiera que combatia, no pudo tomar la ciudad de Troya: murió al pie de los muros de esta Ciudad, la qual logró triunfar del vencedor de *Hector*. Mas *Ulyses*, en quien la prudencia dirigia al valor, introduxo el fuego y las armas en medio de los Troyanos: á él es á quien se debe la ruina de sus altas y soberbias torres, que amenazá-

ron por espacio de diez años á la Grecia toda (c). *Lib. X. pág. 287.*

Viejos.

Suelen ser incorregibles. Carácter de un viejo sabio y amable en la persona del Sacerdote Termosiris, *y de los ancianos Cretenses, elegidos por* Minos *para Jueces del pueblo.*

La vejez nada tiene de docil; los hábitos inveterados la tienen endurecida y como encadenada. Nó hay para ella recurso contra sus defectos. Los hombres, en llegando á cierta edad, no pueden domarse á sí mismos, ni vencer ciertos hábitos que han envegecido con ellos y penetrado hasta la médula de sus huesos; son semejantes á los árboles, cuyo tronco fuerte y nudoso se ha endurecido á fuerza de

c) Si hay alguna qualidad superior al valor, esta es el arte de saberle dirigir. Los Romanos eran valientes; mas no fué su valor, sino su buen consejo y su paciencia, quienes sugetáron las Provincias de España, dice el Autor del Lib. I. de los Machabeos, cap. 8.

años, y no se los puede enderezar. Muchas veces conocen sus defectos, pero muy tarde. Ellos gimen en vano. La tierna juventud es la única edad en que el hombre lo puede todo sobre sí mismo para corregirse (*a*). *Lib. XVI. pág. 109.*

Acercóse á mi cariñosamente el venerable anciano *Termosiris*, y luego entramos en conversacion. Sus palabras eran

(*a*) Los viejos son tercos, desdeñosos, ásperos en el trato y casi insociables, quando no estan adornados de un buen talento y mucha prudencia. „Paréceme (dice en sus Ensayos un Filósofo, que ha sabido pintar perfectamente al hombre) que nuestras almas estan sujetas en la vejez á imperfecciones y enfermedades mas importunas que en la juventud. Una estúpida y caduca fiereza; una locuacidad enfadosa; un humor espinoso é insociable; mucha superstición; una ridícula avaricia por las riquezas, quando ya no pueden usar de ellas; mas envidia, mas injusticia, mas malignidad que en la juventud, y ninguna deferencia por esta: tales son los defectos ordinarios de los viejos. Suelen estos querer colorearlos dando el nombre de sabiduría y de prudencia á la pesadez de sus humores y al disgusto por las cosas presentes: mas procedamos de buena fé, dígase que no tanto dexamos los vicios en la vejez, como los mundanos, y acaso en peores„. Quien quiera ver una exâcta descripcion de esta edad, vea lo que dice *Horacio* en su Arte Poética, hablando de las quatro edades del hombre.

sencillas y amables. Contaba tan bien las cosas pasadas, que me parecia estarlas viendo (*b*); pero las referia concisamente, y así sus narraciones jamas me eran enojosas. Preveia lo porvenir con su profunda sabiduría, la qual le hacia conocer en los hombres los designios de que son capaces. Aunque tan prudente y circunspecto, era tan jovial y placentero que la juventud mas alegre no tiene tanta gracia como conservaba este hombre en una edad tan avanzada. Amaba tiernamente á los jóvenes quando veia en ellos docilidad y amor á la virtud. *Lib. II. pág. 45.*

Los viejos que *Minos* habia destinado para Jueces del pueblo y guardas de las leyes, nos lleváron á todos los combatientes á un bosque antiguo y sagrado, apar-

(*b*) Un viejo que haya vivido en la Corte, y tenga buen juicio y una memoria fiel, es un tesoro inestimable. El está lleno de hechos y máximas; en él se encuentra la historia del siglo revestida de circunstancias muy curiosas que no se leen en ninguna parte: de él se aprende experiencia para el arreglo de la conducta y costumbres del hombre, y reglas las mas ciertas y seguras, por estar sacadas de una continuada observacion y experiencia.

tado de la vista del vulgo profano. Veíase resplandecer en sus graves semblantes una sabiduría dulce y tranquila ; no se apresuraban para hablar, ni decian mas de lo que habian pensado y resuelto decir. Quando discordaban en sus pareceres los sostenian con tal moderacion , que se creeria que todos eran de una misma opinion. Una larga experiencia, de las cosas pasadas y el hábito al trabajo los habia enseñado á adquirir grandes miras sobre todas las cosas : pero lo que mas perfeccionaba su razon era la calma de sus espíritus exêntos de las locas pasiones y de los caprichos de la juventud. La prudencia obraba solamente en ellos ; y el fruto de su larga virtud era haber domado tan bien sus genios, que gustaban sin trabajo del dulce y noble placer de escuchar la razon. Causáronme tanta admiracion que llegué á desear se acortase mi vida , para llegar quanto ántes á una vejez tan apreciable. Entónces conocí quán desgraciada es la juventud por ser tan impetuosa , y estar

tan distante de una virtud tan ilustrada y tranquila. *Lib. V. pág. 142.*

Virtud.

En qué consiste la verdadera.

Viendo *Telémaco* á los tres Jueces del Infierno que estaban pronunciando sentencia de condenacion contra un hombre, se determinó á preguntarle quáles eran sus delitos. Inmediatamente tomó el condenado la palabra, y dixo; yo jamas he hecho mal alguno; he tenido toda mi satisfaccion en hacer bien; he sido benéfico, liberal, justo, compasivo, ¿qué es lo que se me puede reprehender? Entónces le dixo *Minos*; nada hay que reprehenderte por lo que toca á los hombres, ¿mas á estos les debes mas que á Dios? ¿Cuál es, pues, esa tu justicia que tanto ensalzas? Tú no has faltado á ningun deber en órden á los hombres que son nada, tú has sido virtuoso: mas toda tu virtud te la has adjudicado y referido á tí mismo, y no á los Dioses de quienes la tienes; porque

has querido gozar del fruto de tu propia virtud, haciéndote centro de tí mismo. Tú has sido tu propia divinidad; mas los Dioses, que todo lo han hecho y que nada han obrado sino por sí mismos, no pueden renunciar á sus derechos: tú los has olvidado; ellos te olvidarán; ellos te entregarán á tí mismo, puesto que has querido ser todo para tí y no para ellos. Busca ahora, si es que puedes, tu consuelo en tu propio corazon. Ya quedas para siempre separado de los hombres á quienes has querido agradar. Solo quedas contigo mismo que has sido tu propio ídolo. Sabe que no hay verdadera virtud sin el respeto y amor á los Dioses, á quienes todo es debido. Tu falsa virtud, que por tanto tiempo ha deslumbrado á los hombres fáciles de engañar, va á ser confundida. Los hombres, como no juzgan de los vicios y de las virtudes sino por lo que los choca ó acomoda, son ciegos en órden al bien y al mal. Aquí una luz divina destruye todos sus ligeros juicios; ella condena, por lo comun, lo que ellos aman,

y justifica lo que ellos condenan.

Al oir estas palabras quedó el Filósofo como si hubiera sido herido por un rayo, y sin poder soportarse á sí mismo. La complacencia que en otro tiempo habia tenido en contemplar su valor y sus inclinaciones generosas, se mudó en desesperacion. La vista de su propio corazon, enemigo de los Dioses, vino á ser su verdugo. Veíase, y no podia dexar de verse. Su conciencia, cuyo testimonio le habia sido tan dulce, se reveló contra él, y le reprehendia amargamente el extravío é ilusion de todas sus virtudes que no tuviéron por principio y fin el culto de la Deidad. Quedó turbado, consternado, lleno de vergüenza, de remordimientos y de desesperacion. No le atormentaban las Furias, porque le bastaba quedar entregado á sí mismo, y su propio corazon vengaba bastantemente á los Dioses á quienes tanto despreció en otro tiempo. ¡Insensato! se decia á sí mismo, yo no he conocido ni á Dios, ni á los hombres, ni á mí mismo. No; nada he conocido, pues que nunca

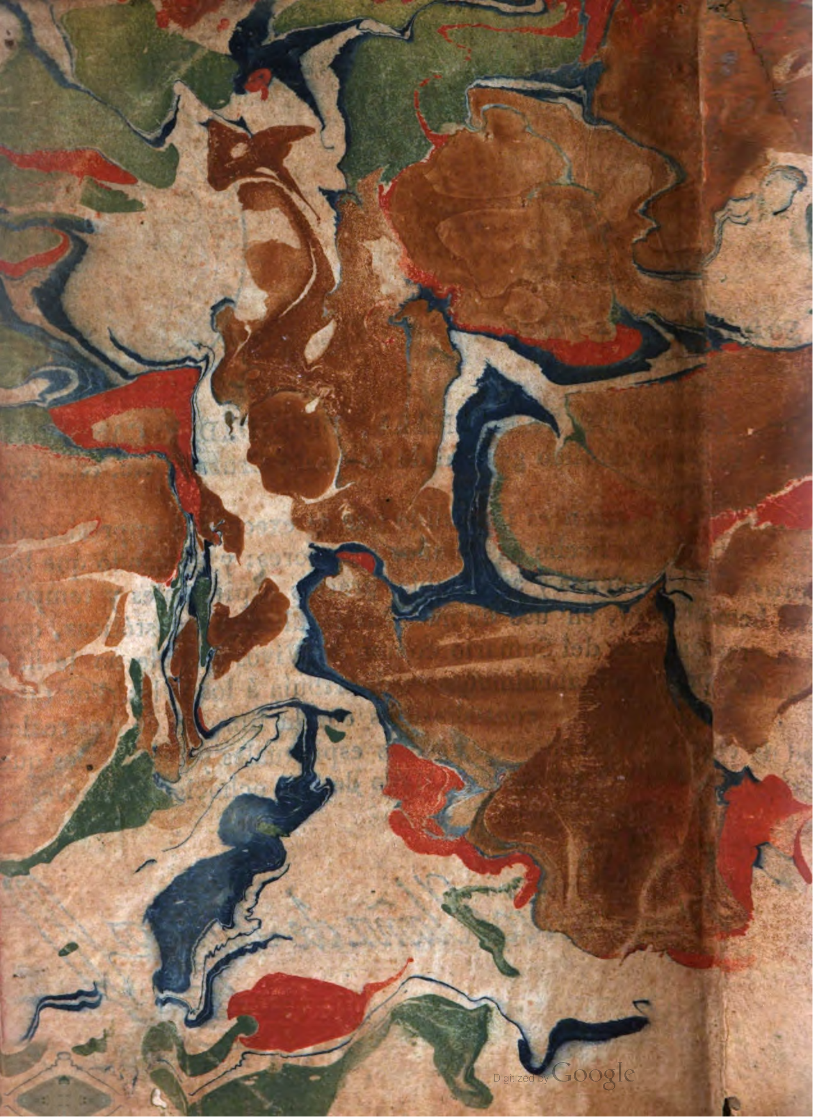
he amado el único y verdadero bien. Todos mis pasos han sido extravíos ; mi sabiduría una locura ; mi virtud un ciego é impio orgullo (*a*) ; solo he sido el ídolo de mí mismo.

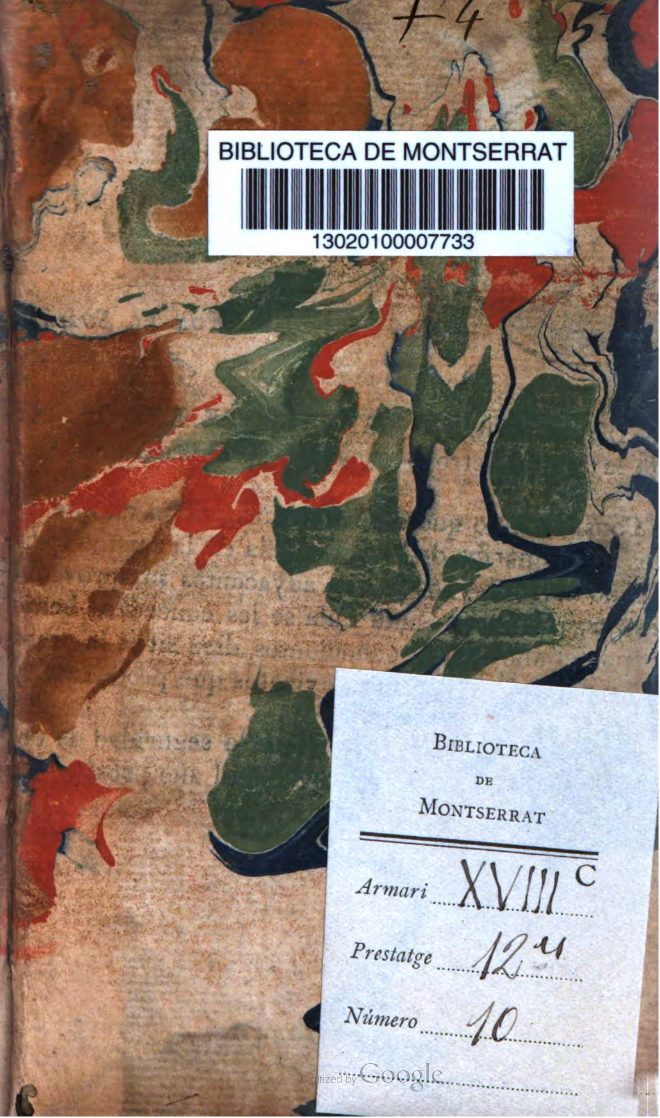
(*a*) Es bien sabido á que exceso llegó el monstruoso orgullo de los Filósofos. Pueden pedirse á los Dioses, decian , los bienes exteriores , como la salud, las riquezas, &c. ; mas por lo que toca al mas precioso de todos los bienes, esto es, la virtud, es preciso buscarla en nuestro propio fondo. Si ellos hubiesen sabido leer en su propio corazon, habrian raciocinado mejor sobre la debilidad del hombre.

IN-

INDICE

de los Artículos que contiene este *Espíritu*, por órden alfabético de materias.




+4
BIBLIOTECA DE MONTSERRAT
13020100007733
BIBLIOTECA
DE
MONTSERRAT
Armari XVIII C
Prestatge 12
Número 10
Digitized by Google

